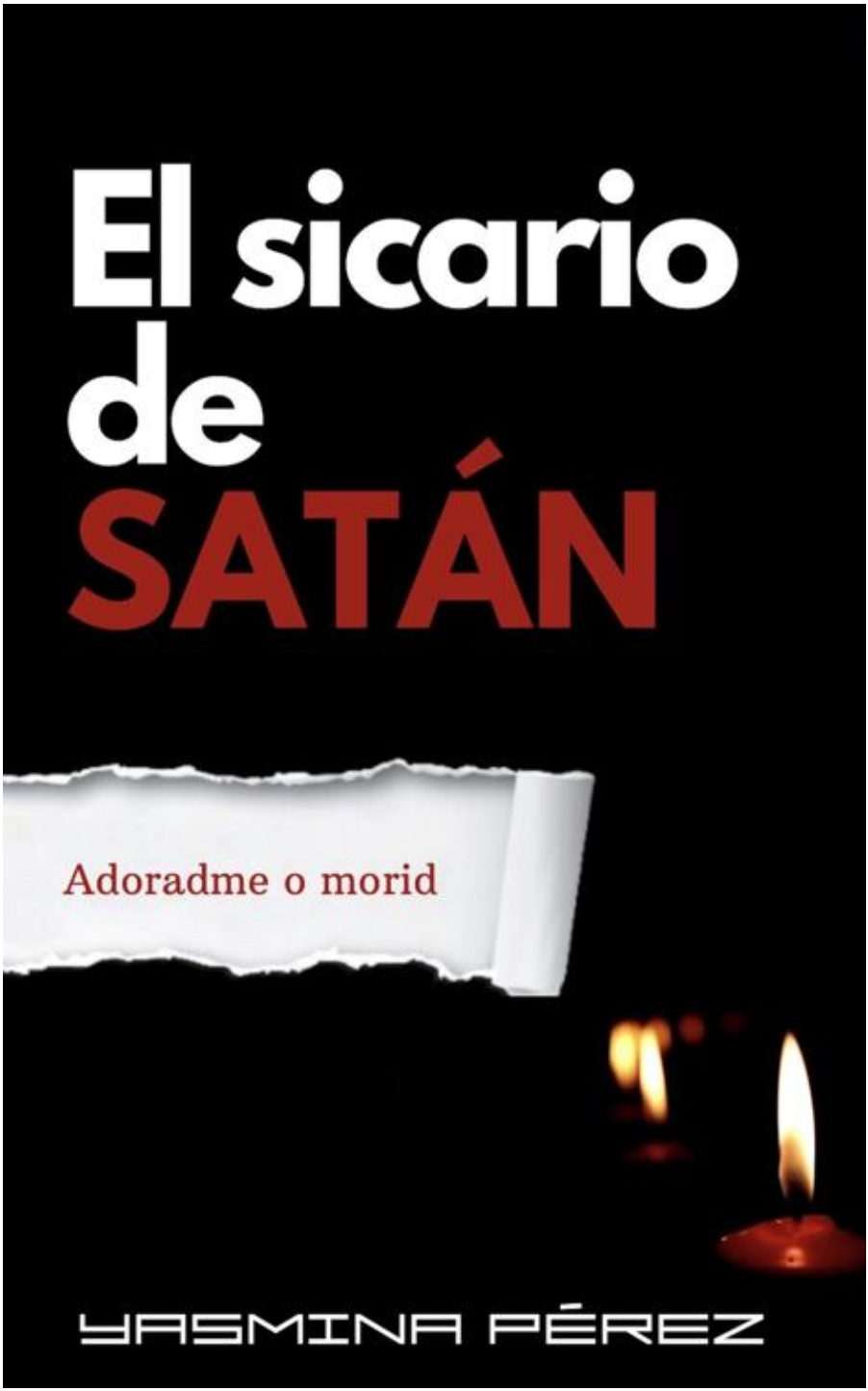
El sicario de SATÁN

Adoradme o morid

YASMINA PÉREZ



EL SICARIO DE SATÁN

Yasmina Pérez

Para mis padres

Solo yo existo.

Adoradme o morid.

1

El sacrificio

Va a morir. Lo sabe, lo siente. Percibe la presencia inequívoca de la muerte. Morirá en cuestión de minutos o de horas. Su agonía puede prolongarse incluso durante días, depende de si al hombre se le antoja la tortura o la muerte. Está convencida de que escogerá la segunda alternativa y hasta ella misma, en esos momentos, también se decanta por ella.

Se quiere morir.

Mantiene los ojos cerrados, apretando los párpados con las fuerzas que le restan, negándose a que su última imagen sea el rostro de su futuro verdugo, como si con ello pudiera eludir los instantes angustiosos que le esperan.

Las sogas que le sujetan las muñecas y los tobillos a cuatro estacas desollan su piel. El suelo pedregoso y la alfombra de hierbajos rasgan su cuerpo desnudo. Las lágrimas se derraman una tras otra, luego caen todas a la vez.

Lágrimas de pánico, de impotencia y de resignación. Sollozos ahogados por la risa diabólica del hombre. Después, un silencio salpicado de pasos que se alejan.

Oye el sonido de una cremallera y el tintinear de objetos metálicos entrechocando.

—Aquí está —lo escucha hablar—. El bolígrafo de Satán.

«¿El bolígrafo de Satán? ¿Con eso planea matarme? ¿Qué es el bolígrafo de Satán?».

Hace acopio de valor y abre los párpados a la muerte. Ve el cielo, una noche cerrada, sin luna y sin estrellas, como si augurara su destino mortal y se hubiera vestido de luto por ella. Un pentáculo de velas rojas se derrite a su alrededor, protegido por paredes de espejos que le devuelven su imagen desgarradora. Contempla su piel magullada, los rizos negros apelmazados a su cabeza, su rostro desfigurado y esos ojos desbordados de espanto que la llenan de miedo. El horror se ha instaurado en su mirada; la escudriña, le murmura y se burla de ella.

Pentagramas, estrellas, cruces y planetas. Cráneos de cabra, gatos despellejados y gallinas decapitadas; recipientes llenos de sangre

animal y

carne picada. Los objetos pululan en torno a ella envueltos en una bruma de sombras, como en un mal sueño. Pero no se trata de ninguna pesadilla. Es real, como la sangre que borbotea de los arañazos que emborronan su piel.

Los pasos regresan y con él, la amenaza de muerte.

El hombre emerge de la negrura y se planta frente a ella. Viste una túnica negra y utiliza una cuerda como cinto. Sus ojos, inyectados de fuego y odio, la observan a través de las hendiduras que se abren en la capucha que oculta su cabeza. La escrutan. La atraviesan.

Alza la mano y dibuja una cruz en el aire. La mujer se estremece. Nota la calidez de la orina en su entrepierna y el hedor de sus propias heces. El hombre se sienta a su lado, desata la soga que inmoviliza su brazo derecho y le coge la mano. Primero la olisquea y luego chupetea sus dedos como si fueran piruletas.

Ella se deja hacer sin oponer resistencia, como hipnotizada, como muerta.

Observa cada movimiento de su agresor como la espectadora de una película en la que no encarna el papel de protagonista. Un cuerpo que no le pertenece, un cuerpo que le desobedece. Un cuerpo rendido a la muerte.

Un miedo atroz se extiende como el fuego por sus venas y sus esperanzas de salir viva de allí se pulverizan en su mente.

La muerte. Su muerte. Ese es el desenlace de su vida.

Ya no podrá reencontrarse con Rocío. Perdió el avión hace horas. Se disponía a subirse en su coche para desplazarse hasta el aeropuerto cuando reparó en que algún idiota había escrito «DEP» en la luneta del piloto. Un augurio amenazante que desoyó. Lo borró con la manga del abrigo y examinó el resto de la puerta. Al menos el idiota no rayó la chapa.

La embargó una sensación anómala cuando se sentó al volante. Primero notó una tufarada a rancio y cebolla. Después detectó una respiración que se solapaba con la suya.

No estaba sola.

El rostro encapuchado de su acompañante se asomó en el retrovisor interior al tiempo que un objeto frío y punzante le rozaba el cuello.

«No te muevas o te rajo como a una gallina».

Esa voz ronca le resultaba familiar. Estaba convencida de que la había oído antes en algún lugar, meses o años atrás. La conocía, pero no lograba asociarla con ninguna persona.

¿Quién era y por qué la amenazaba con un cuchillo?

El hombre le ordenó que condujera. Le indicaba sobre la marcha la dirección a seguir y luego retornaban al punto de origen. Pasaron frente a la estatua de Colón en más de diez ocasiones. El coche se calaba cada vez que paraban en un semáforo o *stop*. Callejearon por la mitad de los barrios de Barcelona antes de partir hacia el pueblo abandonado de Jafra.

Cuando llegaron a su destino y la mujer apagó las luces y el motor, sintió una mano de hielo arañándole la espalda. Estuvo allí con su novio días antes de su fallecimiento. Sabía lo que ese pueblo fantasma evocaba, sabía por qué estaban allí.

Esa noche sería sacrificada.

Tenía que huir. Pensó en echarse a correr y esconderse entre los árboles que engullían las casas en ruinas, después ya vería cómo se las apañaba para llegar hasta la aldea más cercana. Mientras trazaba su plan de escape, un movimiento en el suelo distrajo su atención.

Una sombra.

El contorno del hombre se acercaba con sigilo por su espalda con los brazos en alto. Sujetaba algo entre las manos, un objeto alargado con la forma de un bate de béisbol.

Intentó volverse, pero sus músculos se agarrotaron como piedras y desobedecían a su cerebro. Mientras su mente y su cuerpo petrificado se debatían en un duelo a vida o muerte, los brazos del hombre descendieron cortando el aire y el bate se precipitó con fuerza sobre su cabeza.

El cráneo le repiqueteó como una campana y la sangre se desparramó sobre su rostro. Una balacera de dolor le acribilló el cuerpo y el bosque y los sueños de huida se desplomaron junto a ella.

Cuando se despertó, estaba desnuda en el suelo y atada a cuatro estacas de madera. Su agresor, de pie frente a ella, se desvestía con calma.

Después comenzó el infierno.

El hombre aferra el pequeño objeto de acero que dejó en el suelo cuando se sentó a su lado. La mujer observa horrorizada la cuchilla que se entierra en el dorso de su mano. El bolígrafo de Satán. Un bolígrafo de tinta permanente. El bolígrafo que firmará su cuerpo. Cientos de firmas, cortes infinitos. 666 en las manos, en los brazos y en el cuello; 666 en el abdomen, en los muslos y en los pies. 666 en cada milímetro de piel y la impronta del autor grabada en el antebrazo: EL SICARIO DE SATÁN.

La mujer escupe los últimos estertores. Ya no le quedan gritos en la garganta. El hombre permanece absorto dibujando el número 666 en cada

poro de su cuerpo, entumecido por el dolor y el desangramiento. Un corte vertical le atraviesa el pecho, luego dos escisiones horizontales, cruzando la parte superior, y el símbolo del infinito adosado en la inferior. Una cruz satánica.

Cierra los ojos y sonríe. Puede descansar en paz.

El diablo está con ella.

2

Rocío

Rocío se asoma entre las cortinas anaranjadas de la ventana mientras presiona la tecla de rellamada.

«¡Maldito buzón de voz!».

¿Dónde está Lilit? La ha llamado más de veinte veces. Ya debería haber llegado. Comprobó su vuelo y no había sufrido retraso. El avión aterrizó en Madrid hacía horas.

Tiene tantas ganas de verla y de estrecharla en su pecho. Han pasado seis años desde la última vez que se abrazaron. Demasiado tiempo, demasiado dolor acumulado, demasiadas ausencias.

Se acerca a la chimenea, atiza el fuego y coge uno de los portarretratos del alféizar. Se le enturbia la vista mientras contempla los rostros sonrientes de las tres muchachas. Siente nostalgia y pérdida. Nostalgia de aquella época, pérdida de más momentos junto a Lilit.

«¿Dónde estás?».

—¿Cenamos ya? Las tripas no paran de sonarme. Parece que tengo *La quinta sinfonía* de Beethoven metida en la barriga —dice su marido, que asoma la cabeza por la puerta.

Rocío deja el portarretrato bocabajo sobre la repisa y se vuelve hacia él. Se ha puesto el pijama y huele a *aftershave*. No alcanza el metro setenta de estatura, padece de sobrepeso y su cabeza está cubierta por una mata de canas, pero lo sigue amando con la misma intensidad que el día que se casaron. Es tan bondadoso y tan comprensivo. Si pudiera contarle su secreto… Si pudiera desahogarse con él y sacar la angustia que lleva dentro… Pero no puede lastrarlo con su peso. Además, hay una promesa de por medio y debe mantenerla. Tiene que actuar con cautela y más en esos momentos cruciales para su familia.

Una simple indiscreción se traduce en un peligro de muerte.

—No tengo hambre.

—Hoy no tienes ganas de nada. ¿Vas a contarme de una vez qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada.

—Te conozco mejor que a mí mismo. Sé que algún asunto te preocupa y que está relacionado con la llamada que recibiste hoy.

Rocío lo mira con el semblante estupefacto.

—Ya son unos cuantos años a tu lado, bella. ¿Nos sentamos y me lo cuentas?

—No es nada. Es solo que estoy nerviosa por la boda de Eva —miente, para apartar el foco de atención de su verdadera preocupación: Lilit.

—Así que se trata de eso —dice mientras le posa las manos sobre los hombros—. No la vas a perder, bella. Canarias está a menos de tres horas en avión. Iremos a visitarla siempre que quieras. Eres demasiado protectora con tu sobrina. Déjala que haga su vida. Yo también me iría a vivir a Fuerteventura si mi trabajo me lo permitiera.

—Me costó mucho acostumbrarme a su ausencia cuando se trasladó a Barcelona y ahora se va todavía más lejos. Parece que huyera de mí.

—No digas tonterías —dice mientras le enmarca el rostro con las manos y la atrae hacia su pecho—. Sabes que Eva te quiere como si fueras su madre.

—Es que no lo entiendo… ¿Canarias?

—No tienes que entender nada. Es su vida y ella decide cómo, con quién y dónde. Podría ser peor. Imagina que le hubiera dado por irse a vivir a otro país. Además, no estará sola. Su marido cuidará de ella.

—Lo sé, pero la voy a echar muchísimo de menos.

—Hasta que te acostumbres, como todo en esta vida. Es cuestión de tiempo.

Venga, alegra esa cara que no me gusta verte así.

—Solo necesito un par de semanas para hacerme a la idea.

Tan solo unas semanas… Unas semanas que le deparan sorpresas sangrientas.

El inspector David Castillo

Lo despierta Bon Jovi cantando *It's my life* desde su iPhone. David aparta las latas de cerveza dispersas en la mesa de noche y lo alcanza. Los primeros síntomas de la resaca se desvanecen de un plumazo cuando su interlocutor pronuncia una sola frase.

—Ha vuelto.

Cuelga la llamada y se queda observando la pantalla. Tres meses esperando esa noticia y nada sucede como imaginaba. La euforia inicial quedó opacada por la incertidumbre. Sus inseguridades sobrealimentan sus temores más profundos y le apisonan la confianza.

¿Y si no logra atraparlo? ¿Y si se le escapa otra vez?

La sábana se mueve a su lado.

—¿Ocurre algo? ¿Quién era a estas horas? —le pregunta la mujer rubia que conoció esa noche.

—No pasa nada, pero tienes que irte.

La mujer le echa un vistazo a la pantalla del móvil.

—¿Estás de broma? Son las tres de la mañana.

—Me importa una mierda la hora que sea. Quiero que te vayas.

La rubia enciende la luz de la lámpara y lo mira con ojos escrutadores. La expresión impávida de David disipa cualquier duda.

«¡Qué hijo de su puta madre!».

Se arranca la sábana que le cubre el cuerpo y se levanta de mala gana. Lo maldice mientras recoge su ropa del suelo: «¡Me cago en tu puta madre!…

¡Serás hijo de la gran puta!… Eso te pasa por acostarte con el primer gilipollas que te suelta las mismas gilipolleces que todos… A ver si aprendes a ser un poquito más selectiva, mi hija, que así te va… ¡Pero qué hijo de puta!… ¡Las tres de la mañana!…».

David se pone los gayumbos y se sienta en la cama dándole la espalda. Se acoda en las piernas y esconde las orejas entre las manos, con la

cabeza gacha y los ojos cerrados. Está en modo *off*. Unos minutos más y la rubia gritona se marchará dando un portazo. La cotilla de su vecina estará

vigilando el vestíbulo y cuando se la tropiece al día siguiente, le preguntará si se ha enfadado con su nuevo ligue: «¿Cuántas van ya? ¿Dos o tres en una semana, putero?».

—Que sepas que eres un picha floja, gilipollas —grita la rubia desde la puerta—. Y que sepas también que fingí. Follas de pena.

Y suena el portazo de despedida. Nunca falla. David aguza el oído y oye las bisagras chirriantes de la puerta contigua.

«¡Puta vieja! Es más fiable que una alarma. ¿A ella qué cojones le importa con quién me acuesto? Debería tomar ejemplo. Si follara más, no dedicaría el día entero a vigilar el rellano».

Se levanta y se prepara una taza de café que endulza con tres cucharas de azúcar. Abre la puerta corredera y se sienta en la terraza. Las agujas góticas de la Sagrada Familia horadan la noche y se encumbran sobre el bosque de tejados enterrados en la niebla.

Las plantas esmirriadas que cuelgan de las macetas traen de vuelta a su mente las observaciones tendenciosas de su vecina: «Me gustaba más Cati».

A él también. Cati era la que se ocupaba de las plantas. Las había traído ella, igual que la mecedora en la que está sentado, que al principio le parecía horrenda y ahora se ha convertido en su mueble favorito. Le recuerda a ella. Esos colores chillones que nunca faltaban en sus prendas.

Cati llevó la luz a su vida y ahora reina una oscuridad imperecedera a su alrededor.

Cati ya no lo despierta con un beso en la mejilla y un «buenos días, amor».

Ya no lo riñe por echarle tres cucharadas de azúcar al café y tampoco le deja en el espejo un corazón dibujado con pasta de dientes. Ya no lo espera los miércoles para almorzar un buen chuletón en su restaurante favorito ni se perfuma y se pinta los labios de rojo para salir a cenar los sábados. Ya no lo sorprende en la ducha para pedirle un baño de sexo y tampoco salta sobre él y lo recibe con un abrazo y un beso. Cati ya no está para calmarlo cuando está malhumorado o para arroparlo

cuando el mundo le pesa demasiado.

Tampoco está ya para prometerle a diario que lo hará el hombre más feliz del mundo. Promesa cumplida. Lo hizo el hombre más feliz del mundo y ahora es el más desdichado.

«Te echo de menos, mi amor».

Deposita la taza en el fregadero, junto a la pila de platos sucios, y se dirige al baño. Las duchas frías le despejan la mente. Hoy no. Anda tan despistado que se lava los dientes con el cepillo rosa que le compró a Cati. Todavía lo

conserva, pese a ser consciente de que ella nunca lo volverá a usar. Es un gesto masoquista, una hostia de frente con la cruenta realidad. Le recuerda su ausencia, pero también es su forma de tenerla presente.

Se atrajeron de inmediato, se complementaban y se leían con la mirada.

Una compenetración perfecta. Nadie lo conocía como ella, nadie lo había hecho sentir lo que ella, a nadie había amado como a ella y nadie era como ella. Y eso es lo que más le duele. No volverá a encontrar a nadie igual, nunca volverá a experimentar nada igual. Su ausencia había dejado un vacío imposible de llenar.

Su móvil emite un pitido y le echa un vistazo a la pantalla. Un mensaje de su compañero Jordi con la ubicación del lugar del crimen.

Apoya las manos sobre el lavabo y se estudia en el espejo. Las canas se esparcen a sus anchas entre los tres pelos castaños que despuntan en su cabeza rapada. La barba rasposa y unas ojeras abultadas y acentuadas. El negro abismal de sus ojos se ha ensombrecido, luce cada día más apagado, cada vez más abatido. Ve un despojo en añicos, un alma deshecha en mil pedazos. Sus pensamientos descienden hasta su mirada. Se acabaron las noches de copas, los días de resaca y el trasiego de mujeres anónimas desfilando en su cama.

Han pasado tres meses desde que encontraron el último cadáver. Ese cuerpo mutilado que incursiona cada noche en sus sueños y lo tortura con su recuerdo.

El Sicario de Satán ha vuelto a matar.

«El cazador será cazado».

El Sicario de Satán

El inspector de homicidios David Castillo se incorpora a la C-32 en dirección a la comarca costera del Garraf. En una colina arbolada, situada a ciento ochenta y nueve metros sobre el nivel del mar, se dispersan las ruinas del pueblo abandonado de Jafra. Uno de los lugares malditos de Cataluña, el aliciente macabro que propició su elección como escenario del crimen.

Un puñado de escombros sobre el que circulan multitud de leyendas escabrosas. David había oído hablar del fantasma de Melinda, la pequeña que se ahogó en el pozo del cementerio cuando huía de su padre, que había enloquecido tras la muerte de su esposa durante el parto de Melinda, y al que también se le atribuye la muerte por envenenamiento de sus otros tres hijos. Vecinos y testigos aseguran que el espectro de la niña corretea por el cementerio, merodea por el bosque y por las curvas del Garraf y que sus lamentos al atardecer desgarran el cielo.

También se rumorea que los piratas que huían de los árabes se escondían en las cuevas que se abren en las entrañas de la montaña. Psicofonías, sesiones de espiritismo, misas negras, avistamiento de ovnis y hasta una casa encantada, habitada por presencias fantasmagóricas susurrantes y asediada por cambios bruscos de temperatura, haces luminosos y golpes reiterados.

David aparca su viejo Mercedes negro en el *parking* de tierra y recorre el sendero entre árboles que conduce hasta el pequeño y desolado cementerio.

El viento que agita las ramas brama murmullos y amenazas.

«Es el Sicario de Satán… El Sicario de Satán… Satán…».

Sigue en la oscuridad el destello de los focos que iluminan la escena del crimen. Los agentes de la científica, enfundados en monos blancos, examinan el lugar con la ayuda de linternas. Evitan estorbar a la fotógrafa, que está de malhumor porque la sacaron de la cama y anda maldiciendo a los fantasmas.

El subinspector Jordi Pérez conversa con el forense junto al cadáver. Viste unos vaqueros y un chaquetón negro y se ha engominado el pelo en una cresta ridícula que le recuerda que su compañero está

atravesando la crisis

de los cuarenta. A él le faltan todavía dos años y espera no comportarse de la misma forma patética.

«Parece un gilipollas con ese pelo y esas deportivas rosas».

Jordi se le acerca en cuanto lo ve llegar.

—Me alegro de verte —le dice mientras se funden en un abrazo.

—Solo he venido a echar un vistazo. Todavía tengo que hablar con el jefe.

Ya sabes la que monta cuando «nos pasamos por el arco del triunfo los trámites burocráticos»; no quiero problemas. Mi doctora me soltó tres gritos y no sé cuantos insultos por haberla despertado, pero me aseguró que en un par de horas enviará mi parte de alta a la comisaría.

—Ya está todo arreglado. Vuelves a estar al mando.

—¿Cómo que…?

Jordi le responde con un guiño de ojo. Llevan trabajando juntos desde hace solo un año, pero se conocen como si fueran hermanos. El subinspector contaba con la reincorporación de su jefe desde que se enteró del regreso del Sicario de Satán.

Tienen un asunto pendiente.

—¿Por qué has tardado tanto? Pensé que te encontraría aquí cuando llegara.

David fuerza una sonrisa. Cuando estaba en activo, solía llegar a las escenas entre los primeros, mientras que Jordi siempre encabezaba el listado de los más rezagados. Hoy le ha costado una batalla contra sus demonios personarse en el lugar del crimen. Desvía la vista hacia el suelo y golpetea con la zapatilla una piedra que sobresale en la tierra.

Jordi capta al vuelo la respuesta. Su compañero se estaba mentalizando para enfrentarse al germen de sus pesares y la causa de sus tres meses de baja.

El asesino que le acuchilló la vida en su mejor momento.

—¿Qué se sabe? —pregunta el inspector mientras señala el cadáver.

—Todavía no hemos identificado el cuerpo. Es una mujer de entre treinta y cinco y cuarenta años. La encontraron un par de flipados de los fantasmas que vomitaron hasta la comida de la comunión. No hemos dado ni con su ropa ni con su bolso. Encontramos impresiones de neumático de varios vehículos, pero teniendo en cuenta que esta zona es frecuentada por espiritistas y senderistas, dudo que nos sirvan de momento. Aparte de las huellas de calzado de los dos flipados, sensibles de estómago, solo hay unas pisadas recientes, lo que refuerza nuestra teoría de que el Sicario de Satán actúa en solitario y no se trata de sacrificios humanos, obra de una secta

satánica. Y ahora una buena noticia: tenemos su ADN. Violó a la víctima.

Solo tenemos que compararlo con el…

Enmudece como si la voz se le apagara de pronto y baja la vista. A David también se le cae la mirada al suelo junto con el alma. Se traga las emociones que le abrasan el pecho y se encamina hacia el lugar donde se encuentran los restos de la mujer.

Un escalofrío le recorre el espinazo cuando observa el cadáver en el interior de un pentáculo invertido, la imagen de la negación del bien. El cuerpo decapitado y desmembrado, el 666 acuchillado en la piel, la firma del Sicario de Satán en el antebrazo y la cruz satánica rasgada en el pecho. Dos aspas horizontales y un palo vertical con el símbolo del infinito, delineado por una serpiente, acoplado en la zona inferior. Los nombres de los tres príncipes coronados: Satanás, Belial y Leviathan. Estrellas, cruces y planetas, dibujados en la tierra, junto a cráneos de cabra y cadáveres de gatos sin piel y gallinas sin cabeza.

Mismos lugares malditos, mismos símbolos satánicos y la misma firma, grabada a cortes en la piel, que en las víctimas que el Sicario de Satán había dejado a su paso.

Cuatro muertos en menos de un mes. Un cadáver cada seis días. Sus objetivos los integraban vagabundos y prostitutas, personas que podían esfumarse cualquier día sin que alguien denunciara su desaparición o tan siquiera se percatara de su ausencia. Víctimas fantasmas.

El Sicario de Satán se estrenó con un mendigo. Ocultó sus restos en el interior de la iglesia de San Miguel de Marmellar, el pueblo de las tumbas vacías. Un lugar siniestro alimentado por oscuras leyendas. Misas negras, aquelarres, ritos satánicos y el misterioso asesinato de

dos mujeres durante la década de los 90.

El segundo cuerpo despedazado pertenecía a una mujer de la calle y apareció dentro de una maleta en la torre Salvana del denominado Castillo del Infierno, una fortaleza datada del siglo X, diseñada por Gaudí, con una historia maculada por los fenómenos paranormales que se originan entre sus paredes y que han catapultado al pueblo hasta los primeros puestos en el *ranking* de los lugares más embrujados de Cataluña.

Le siguió el turno otra prostituta. Sus restos mutilados se esparcían por la acera, bajo la mirada pétrea de las cabezas diabólicas que engalanan la fachada de la Casa del Diablo, situada en el número 20 de la calle Josep Torres. El hogar de un exitoso empresario que vendió su alma al diablo a

cambio de que lo salvara de una ruina inminente. Ambos cumplieron su parte del pacto. Al hombre le tocó la lotería y reformó su vivienda en homenaje a su salvador.

Otro mendigo fue el cuarto en morir. Apareció en el pueblo tarraconense de Mussara, un enclave encantado y despoblado del que se dice que simboliza una puerta de entrada a mundos paralelos.

Ese último hallazgo ocurrió cinco días antes de la partida definitiva de Cati.

Tres años como compañeros de trabajo, dos de relación a escondidas del resto del equipo y una propuesta de matrimonio que nunca llegó a pronunciar.

Se despidieron el viernes a la salida del trabajo y quedaron luego para cenar. David llegó al restaurante con veinte minutos de antelación para organizar la velada con el encargado del local: la ubicación de la mesa, la serenata con un violín, el ramo de flores, la elección del menú sorpresa y el champán con el que brindarían después de la proposición. Una petición de boda en la que faltó un detalle imprescindible: la futura novia.

Cati no se presentó.

Jordi se le acerca y le pasa el brazo por encima del hombro. Sabe lo que su compañero está pensando. Él también la echa de menos.

—La vengaremos.

El hombre

El hombre guarda en la caja fuerte los quinientos euros que el Mago le pagó por el coche de la víctima. Pudo haberle sacado más pasta, el Yaris estaba como nuevo, pero ese día el Mago andaba malhumorado y no quiso tentar a la suerte y arriesgarse a volver a su casa sin Yaris y sin dinero.

El Mago era capaz de hacer desaparecer un vehículo en cuestión de horas y se rumoreaba que también a cualquier persona que osara desafiarlo o amenazara sus negocios. Sus talleres clandestinos operaban en varias provincias españolas. Se dedicaba al robo de coches para su posterior venta por piezas en el mercado negro. Se había forrado, pero mantenía un perfil bajo. Seguía viviendo en el barrio de siempre y conducía el mismo BMW

de segunda mano de siempre.

Antes de desconectar el ordenador contempla la imagen de la mujer que llena la pantalla. El cabello negro y ensortijado, los ojos rasgados, el lunar en la nariz y ese vestido rojo que se ciñe a su cuerpo como un guante. Un ramo de rosas negras en la mano y la cruz satánica de fondo.

«Voy por ti».

Apaga la luz y cierra la puerta con llave. Allí oculta los dos congeladores en los que guarda las gallinas y los gatos muertos y donde almacena decenas de espejos que ha ido adquiriendo en comercios desperdigados por la provincia catalana. Entra en el cuarto de baño, enciende las velas rojas dispuestas alrededor de la bañera y se sumerge en el agua templada y rosácea. Las cabezas de seis gallinas reemplazan los patitos de plástico.

Cierra los ojos y rememora emocionado su actuación de esa noche.

Acondicionó el escenario como su madre le enseñó. Los seis cráneos de cabra al pie de seis espejos; los seis gatos negros desollados y su sangre y carne distribuida en seis cuencos; el degüello de seis gallinas para consagrar el lugar; el pentagrama de velas rojas, las estrellas de seis puntas, los planetas y las cruces…

El ritual no contemplaba la violación, pero cuando observó a la mujer desnuda y despatarrada en el suelo, indefensa por las sogas que la

sujetaban

a las cuatro estacas, con esa mirada desvalida y el cuerpo tembloroso, se rindió a esa supremacía que ejercía sobre ella y, persuadido por sus impulsos más primitivos, la violó.

Ella era diferente a las víctimas anteriores. Fue elegida a conciencia. A ella no la cosificó como a los vagabundos ni a las prostitutas. Era especial.

Era Lilit, la famosa Lilit.

Su sacrificio anuncia el avenimiento de una batalla entre los demonios del infierno. Todavía faltan unas cuantas semanas para el esperado evento, pero lleva preparándose toda la vida y los acontecimientos se están desarrollando según lo previsto. Todo irá bien. Él es el Sicario de Satán y ha venido a incendiar el mundo.

Después del estimulante baño de sangre, seguido de una ducha fría, se dirige a la cocina y se sirve un plato de caldo de gallina. Mientras cena, se lamenta de haberse olvidado la cruz satánica que colgaba del cuello de Lilit.

Se le antojaba tenerla; la utilizaría durante el rito supremo. Pese a ser consciente de que regresar al lugar del crimen suponía una imprudencia temeraria que podía costarle la cárcel y arruinar sus planes, el aroma estimulante de la adrenalina lo instigó a volver por el colgante. Pero cuando llegó al escenario del sacrificio, los policías ya estaban allí metiendo las narices.

Los espió entre los árboles durante un rato. Un imbécil, con una cresta en la cabeza y unas deportivas rosas, vociferaba por teléfono fuera del perímetro acordonado mientras el forense contemplaba su obra como si tuviera enfrente una pintura de Miró. Los cuatro bultos ataviados con monos blancos perdían el tiempo buscando pruebas inexistentes y la desquiciada de la fotógrafa maldecía a los muertos de todo el pueblo.

Cuando se marchaba, vio llegar a otro policía que le resultó conocido. Un tipo rapado, alto y barrigudo. Le sonaba esa cazadora marrón desgastada.

Estudió su semblante y sus gestos hasta que se convenció de que, en efecto, era él.

El exjefe y expareja de su idolatrada Cati.

La había visto en las noticias informando sobre los avances del caso cuando aparecieron los primeros cadáveres. Rubia, de mediana estatura, bendecida con un físico que aparentaba diez años menos y unos ojos grandes y oscuros que lo cautivaron. Y se encaprichó de ella. La deseaba para él, la quería para él. La perseguía de día y de noche evocaba sus ojos negros mientras se masturbaba.

La idolatría se transformó en una obsesión descontrolada y los seguimientos se intensificaron. Necesitaba verla, necesitaba sentirla cerca, necesitaba olerla, aunque no pudiera tocarla, por ahora…

Durante las sesiones de espionaje descubrió que su musa se estaba acostando con su jefe. Al principio pensó que eran simples *follamigos* y subestimó a su oponente, hasta que, pasado un tiempo, la vio entrar en el edificio de su presunto *follamigo* con una bolsa de viaje rosa que no llevaba cuando lo abandonó a la mañana siguiente. Desde ese día, Cati empezó a quedarse a dormir allí con frecuencia. La pareja salía por la mañana entre arrumacos y llegaba por la noche prodigándose caricias atrevidas en la penumbra del portal.

Y entonces él también pasó a formar parte de su fijación. Empezó a seguirlo y hasta le reventó los cristales del Mercedes una noche que lo dejó aparcado en la calle.

En uno de sus seguimientos lo vio entrar en una joyería. Intuyó al momento el motivo que lo había llevado hasta allí. ¡Qué diablos! ¡No podían casarse!

¡Cati era suya! Esos ojos negros le pertenecían.

Y dos días más tarde, mientras la seguía hasta el restaurante donde se había citado con su jefe para cenar, cometió un error. Presentía que ese era el día.

Esa noche Cati se comprometería y la perdería para siempre. Esa tarde la había seguido por decenas de comercios. Se había comprado el vestido blanco largo en el que se embutió para la cita y el abrigo rojo de corazones que llevaba encima, y había sustituido las botas por unos zapatos de tacón.

También se había maquillado y estuvo alrededor de dos horas en una peluquería. Estaba preciosa. Caminaba como flotando en el aire, con los ojos brillantes y la sonrisa de alguien que espera que le pidan matrimonio ese día.

Los celos lo cegaban, abucheaban sus pensamientos y se carcajeaban

de sus emociones. Le fallaba la concentración y al torcer en una callejuela solitaria, Cati lo sorprendió.

—¿Por qué me sigues?

Antes de que pudiera improvisar una excusa creíble, la mujer entornó los ojos y escrutó su rostro.

—No es la primera vez que te veo… Eres tú… Llevas días siguiéndome…

¿Quién eres?…

La agarró del pelo y se apresuró a taparle la boca. Los gritos de auxilio sonaron amortiguados. Segundos después le había asestado un golpe en el

cuello y la sostenía dormida entre los brazos. Después la drogó, forzó la cerradura del Fiat aparcado enfrente y la recostó en la parte trasera. Recobró la conciencia cuando él ya se estaba subiendo los pantalones.

Desnuda y atada a cuatro postes clavados en el frío suelo de cemento de un tétrico sótano de techos altos despintados. La risa sardónica del hombre, sus ojos de infierno y esa cucharilla de postre que se acercaba a su mirada y se adentraba en ella.

Un fogonazo de dolor le golpea las sienes y le dinamita el cerebro. Un segundo fogonazo de estremecimiento eterno y el mundo desaparece bajo un telón negro. No ve la cuchilla que penetra en su piel y tampoco el hacha que el hombre deja caer junto a su cabeza, pero puede oír los pasos sigilosos de la muerte danzando a su alrededor y su mano petrificante rozando cada poro de su cuerpo.

Cuando el hombre terminó de grabar el número 666 en su piel, todavía agonizaba, y también cuando le abrió la cruz satánica en el pecho. Cati expiró la última bocanada de vida y sufrimiento en el instante en el que su verdugo cerró con una exclamación el mensaje que había acuchillado en su frente.

¡Adoradme o morid!

El subinspector Jordi Pérez

—Traje unos churros de la Granja Dulcinea. Te vas a chupar los dedos —dice Jordi cuando David abre la puerta.

—Bienvenido seas entonces.

—¿Invitamos a la tocahuevos de tu vecina? —bromea Jordi en cuanto entra—. ¿Cuántos años tiene esa vieja? Pensaba que ya la habría palmado.

—Esa vieja nos tumbará a ti y a mí.

—Todavía no había puesto un pie fuera del ascensor y ya estaba asomada en el rellano con los rulos en la cabeza.

—Creo que ha pegado el sillón a la puerta para que no se le escape ningún detalle. Me estoy planteando pagarle el Netflix para que se entretenga.

—Se acordó de mí: el amigo mariquita del poli putero.

—¿Te dijo eso?

—Como lo oyes, y también me contó que te habías peleado con tu último ligue, una rubia con unos zapatos de tacón rojos, que parecía una yonqui, y que salió dando gritos por el pasillo. Dice que es la cuarta mujer en dos días. Ah, y que dijo que eras un picha floja y que follas de pena. Lo estás dando todo, eh, machote.

—¡Puta vieja!

Aparta las latas de cerveza vacías que se amontonan sobre la mesa de comedor e invita a Jordi a tomar asiento en lo que va a la cocina por servilletas. Cuando regresa, Jordi sigue de pie. Está mirando el contenido de la cajita roja que lleva meses sobre la mesa. La cajita que porta el anillo de compromiso que pensaba entregarle a Cati el día que el Sicario de Satán la mató.

Jordi nota unos ojos en la nuca y se gira. Cierra la cajita y la devuelve a su sitio.

—Lo siento… No sabía que… ¿Ya se lo habías pedido…?

Era el único que conocía el romance que había surgido entre sus compañeros, pero no tenía ni idea de que los sentimientos hubieran llegado tan lejos.

—Iba a hacerlo la noche que murió.

Suelta las servilletas sobre la mesa y sirve el desayuno en silencio.

—¿Vas a comer de pie? —le pregunta a Jordi, que no le ha quitado los ojos de encima desde que volvió de la cocina.

David podrá engañarse a sí mismo y también a las mujeres que se lleva a la cama, pero a él no. Conoce esa actitud de falsa indiferencia que traiciona su mirada apenada y refuerza el estado deplorable en el que se encuentra la casa. Cinco o seis cajas de *pizza*, otros tantos envases de comida china y una veintena de latas de cerveza por doquier; bolas de servilleta, ceniceros enterrados en colillas y cajas de tabaco vacías sobre las mesas; muebles ocultos bajo capas de polvo, un ejército de pelusas conquistando el suelo y ese olor a tristeza y soledad que desprenden las paredes.

—¿Estás bien? —pregunta cuando se sienta.

—Lo llevo lo mejor que puedo, Jordi —dice mientras moja un churro en el chocolate—. Han pasado tres meses, pero lo recuerdo como si fuera ayer.

—Sabes que cuentas conmigo para lo que sea.

—Lo sé, pero es algo que necesito superar solo.

—Como quieras, pero no te ahogues en los recuerdos.

«Los recuerdos son los que me mantienen a flote».

—No me apetece hablar de eso. ¿Qué tenemos? ¿Alguna novedad?

—Es el Sicario de Satán. El semen coincide… —Esa frase sale de su boca en palabras arrastradas. Evita pronunciar el nombre de Cati, su difunta compañera; la mujer con la que David deseaba compartir el resto de su vida, su futura esposa perdida—. Todavía no hemos podido identificar a la víctima y no hay denuncias de desapariciones con esas características.

Tampoco parece encajar en el perfil de las anteriores. Dudo que fuera una prostituta o una mendiga; hubo violación y sin protección. ¿Te

acostarías sin condón con alguna de ellas?

—En la mente enfermiza de un asesino serial puede suceder cualquier cosa por muy disparatada que parezca. Quizá planea inmolarse en honor a Satán cuando finalice la cadena de sacrificios humanos que le está ofreciendo y se la trae al pairo contraer una enfermedad venérea, o quizá está convencido de que Satán no permitirá que se le caiga la polla en pedazos. O puede que simple y llanamente le importe una mierda porque el calentón del momento pudo más que el sentido común y ni siquiera se le pasó por la cabeza que pueda pillar una gonorrea. Vete tú a saber… Aparte de la violación, no

observé ningún elemento fuera de lo común. El cuerpo despedazado en seis partes, el 666 en la piel, la firma en el antebrazo…

—Le he cogido manía al número seis. Todo gira en torno a él. Los cadáveres anteriores aparecieron cada seis días…

—¡Eso es! ¡Son seis víctimas! Ocurrió algún imprevisto después del cuarto asesinato y tuvo que demorar sus planes durante tres meses. Volvió para completar su obra.

—Puede que se diera cuenta de que cometió el error de su vida cuando mató a nuestra compañera y decidió desaparecer por un tiempo porque sabía que removeríamos cielo y tierra hasta dar con él.

—Lo que importa ahora es que ese hijo de puta ha vuelto y tenemos una última oportunidad para atraparlo. La víctima número seis.

—¿Crees que se trate de la mujer de la foto? —pregunta Jordi mientras mastica un churro.

David visualiza la imagen plastificada que encontraron entre las tripas de la víctima: la mujer de cabello negro y ensortijado, el lunar en la nariz, los ojos rasgados y ese vestido rojo que se ceñía a su cuerpo como un guante.

Un ramo de rosas negras en la mano y la cruz satánica de fondo.

—Es posible. Esa foto es un mensaje. Sea cual sea su papel en esta historia, esa mujer está relacionada con el caso de alguna u otra forma. ¿La hemos identificado?

—Estamos en ello. Por cierto, ¿avisamos a los *mossos*?

—Que les den por culo a los *mossos*. Que se las apañen con el jefe si

quieren. Yo tengo más cosas que hacer que estar lidiando con esos gilipollas.

—El Gruñón les quitará las ganas de tocar los huevos. ¿Sabes cuándo se retira? Debería estar jubilado desde hace una eternidad.

—Cuando estire la pata. El jefe es de los que se quedan tocando los cojones hasta el final.

Terminan de desayunar y abandonan el domicilio. Cuando pasan frente a la puerta de la vecina fisgona, oyen chirriar las bisagras. Jordi posa la mano en la nuca de su compañero y la desliza por su espalda hasta llegar a las nalgas, que manosea con descaro. Se oye una exhalación de asombro y la puerta se cierra de un portazo.

Jordi suelta una carcajada y David menea la cabeza.

—Gracias, compi. Ahora serás el amigo mariquita del poli mariquita.

—Prefiero ser mariquita antes que una vieja cotilla.

—Te doy toda la razón.

—¿Te pasas a mi acera entonces?

—Las ganas tuyas, y como me vuelvas a magrear el culo, te suelto una hostia.

—No te flipes, guapo, que no eres mi tipo. A mí me gustan machos.

—¿Qué insinúas, pedazo de gilipollas? ¿Y me lo dices tú con esas zapatillas rosas? A lo mejor te piensas que esa cresta es mágica y te confiere el poder de andar eligiendo novios y todo. ¡¿Te has mirado en un espejo?! ¡Pareces un gilipollas!

Bon Jovi entona *It's my Life* y David mira extrañado su móvil y después a Jordi.

—¿Por qué has puesto el mismo tono que tengo yo?

—Porque te echaba de menos, soplapollas, y sí, me miro en el espejo todos los días. ¿Cómo crees que mantengo esta cresta mágica por la que me paso la mitad del día quitándome a los hombres de encima? —dice el subinspector con ironía antes de atender la llamada.

Aquel fatídico día, Jordi perdió a una compañera de trabajo y también a su mejor amigo. David no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

Se había desencantado de la vida. Arrancó la alegría de su interior y se abandonó a la rabia y al dolor.

—Han identificado a la mujer de la fotografía —dice Jordi cuando cuelga.

7

Eva

—No abras los ojos hasta que te diga —dice Adara mientras le atusa el cabello.

—¿Me estás dejando guapa?

—Serás la novia más guapa del mundo. ¿Se te pasó ya el dolor de cabeza?

—Un poco. ¿Por qué tardas tanto? ¿Qué te falta?

—¡Ya puedes abrirlos!

Eva contempla su reflejo en el espejo. Su dama de honor le recogió el cabello en un moño bajo y le decoró la cabeza con una diadema de rosas negras.

—¿Te gusta?

—Me encanta —exclama Eva palmoteando.

—Me alegro. Tendrás que recompensarme con el pedazo de tarta más grande. Y date prisa que todavía tienes que vestirte. Vamos con retraso.

—¿Ya está? —grita Dolors desde el salón.

—¡Le falta vestirse! —contesta Adara.

—¡¿Podemos verla?! —pregunta Helena.

Antes de que a Adara le dé tiempo de negarse, la novia se escabulle del baño y corre al encuentro de sus dos damas de honor. La emoción que las embarga les arruina el maquillaje.

—¿Estáis contentas? —las riñe Adara—. ¿Y ahora qué? Por esto que acaba de ocurrir fue por lo que os pedí que no os movierais de aquí y que estuvierais quietecitas y calladitas, que parecéis niñas. Llevo más de una hora maquillándote, Eva. Pon un poco de tu parte, por el amor de Dios, que te casas hoy.

El timbre interrumpe el sermón y las cuatro vuelven la cabeza hacia la puerta.

—La limusina —dice Adara—. Y tú sin vestirte. Genial. ¡Vaya desastre de boda!

Helena abre la puerta y frunce el ceño. El hombre rapado que tiene delante no tiene aspecto de chófer. Viste vaqueros y una cazadora marrón que carga

unos cuantos inviernos encima.

—Buenos días. Pregunto por Eva Reyes Puigdemont.

La aludida se asoma a la puerta y repasa al hombre de arriba abajo.

—¿¿¿Tú eres el chófer???

David reconoce a la mujer retratada en la imagen que el Sicario de Satán dejó entre las tripas de su última víctima. Ese cabello negro y ensortijado, los ojos rasgados y el lunar en la nariz. En su DNI figura que tiene treinta y siete años, pero aparenta unos diez menos.

—Soy policía. ¿Podría dedicarme unos minutos a solas?

La mujer se vuelve hacia sus damas de honor y sacude la cabeza en señal de reprobación.

—¿Estáis idiotas? ¿Me habéis traído un estríper el día de mi boda? Lo quería para la despedida de soltera, no para minutos antes de casarme. ¡¿En qué diablos estabais pensando?!

Las tres mujeres se miran con cara de circunstancia.

—Señora Reyes, no soy un estríper. Trabajo en la Brigada de Homicidios.

Eva observa la placa que le muestra el hombre y ladea la cabeza con los ojos entornados.

—¿Policía? ¿Por qué…?

—¿Podría dedicarme unos minutos, por favor? Solo serán unas preguntas.

—¿Y tienen que ser ahora? —interviene Adara—. Se casa hoy. ¿Le va a amargar el día?

El inspector le lanza una mirada suplicante a la novia y ella le devuelve una expresión recelosa e intrigada.

—Está bien. Le concederé unos minutos, pero le ruego que vaya directo al grano. Llego tarde a mi boda.

David asiente con la cabeza y la sigue hasta un recodo del salón, frente a una ventana cubierta con unas tupidas cortinas rojizas que contrastan con el negro que viste la decoración. Toman asiento en dos sillones orejeros dispuestos junto a una mesa de cristal sobre la que reposa el ramo de novia de Eva: seis rosas negras y seis rojas sujetas con dos lazos en ambos tonos.

Negro y rojo. Muerte y pasión.

Vaya papelón. ¿Por qué no envió a Jordi? Más de quince años ejerciendo como policía y todavía no ha aprendido a soltar una mala noticia sin escupirla. Él es partidario de recibir las hostias de frente y sin sutilezas.

Cero vaselina. Cuanto más claro esté todo, mejor.

—Iré directo al grano, pero no quiero que se asuste por lo que le voy a decir.

El semblante de la mujer se desencaja.

—Sí que me va a amargar el día, ¿verdad?

Y tanto, pero no puede esperar. Deben protegerla. Si sus conjeturas son acertadas y su instinto policial le dice que así es, la mujer asustada que tiene enfrente es la siguiente víctima del Sicario de Satán.

«Te voy a amargar el día de tu boda, pero también te voy a salvar la vida.

Para ti, hoy seré el diablo y Dios a la vez».

Suspira hondo y suelta la noticia sin ningún tipo de aderezo, así, a su manera.

—Estoy aquí porque barajamos la hipótesis de que sea el siguiente objetivo de un asesino en serie.

El tono sonrosado que tiñe las mejillas de Eva desaparece bajo una máscara mortecina.

—¿Un asesino en serie? ¿Yo? ¿Qué diablos…?

—Encontramos su foto en el cadáver de la última víctima. Es solo una

posibilidad, pero no debe temer por su vida. La protegeremos.

David saca del bolsillo de su cazadora la fotografía del rostro de la víctima mientras le da tiempo a Eva para que digiera la noticia.

—¿La conoce?

La mujer observa la imagen durante unos minutos. El inspector no pierde un detalle de su reacción. Ese sobresalto que sacude su cuerpo, la frente cada vez más sudorosa, las pupilas desencajadas y esos labios rojos que se abren de golpe.

Eva entorna los ojos y pestañea varias veces, aturdida, abrumada, mareada de *flashbacks*. Un bombardeo de imágenes penetra a fogonazos en su mente: los rizos negros al viento, las carcajadas, las carreras alocadas por el parque, la caída del columpio, la cicatriz en la barbilla, el pentáculo, las estrellas, los gatos y las gallinas, los cráneos de cabra, las velas rojas, la soledad, las noches de lágrimas…

De repente, todo cobra sentido. Las piezas extraviadas de su memoria emergen de las telarañas del olvido y reconstruyen sus recuerdos. Reconoce a la víctima. Sabe quién es.

—¿La conocía? —insiste el inspector Castillo.

—¿De verdad está muerta? —pregunta sin separar la vista de la fotografía.

—Por desgracia, sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Esperaba que usted nos lo dijera.

Eva clava sus ojos llorosos en él.

—¡¿No saben quién es?!

—No. ¿Y usted?

«Lilit».

Eva no despega los labios. Su mirada desconcertada torna en suspicaz.

Luego pasa a un estado caviloso para, finalmente, volverse impenetrable como una roca.

—Lo siento, pero no la conozco de nada —dice en un tono categórico que intenta enmascarar su desasosiego.

—Señora Reyes, le suplico…

—Es el día de mi boda, inspector. No quiero seguir con esto. Las preguntas tendrán que esperar hasta que vuelva de mi luna de miel —zanja mientras se levanta y se recoloca su bata negra.

—Pero su vida corre peligro…

—Es una posibilidad, usted mismo lo ha dicho. Tendría muy mala suerte si ese asesino me mata el día que me caso y que estaré rodeada de personas todo el rato. Mañana temprano me voy de viaje de luna de miel. Estaré fuera del alcance de ese psicópata durante dos semanas. Espero que lo atrapen en ese plazo. Y ahora debo terminar de arreglarme. Llego tarde a mi boda.

Se despide con un gesto de la cabeza y corre al encuentro de Adara. Se la lleva del brazo entre cuchicheos y en una actitud bastante alterada.

El inspector David Castillo se queda sentado en la misma posición, bajo las miradas curiosas de las otras dos damas de honor. Parecen dos lechugas con esos vestidos verdes que se ensanchan a partir de la cintura. Jamás en la vida entenderá a las mujeres. Se encasquetan cualquier disfraz que desfile en una pasarela y ahí van, en fila india, con sus indumentarias horteras y tan contentas.

Al cabo de unos minutos decide salir a fumarse un cigarrillo mientras reflexiona sobre cómo reconducir la situación. Está convencido de que Eva reconoció a la víctima.

¿Por qué lo niega?

Está a punto de cerrar la puerta cuando lo detienen unos gritos.

—¡Ayuda!

La que vocifera es Adara, que regresa al salón con su vaporoso vestido verde manchado de sangre.

Samuel

Samuel contempla el semblante adormecido de su prometida. Pasea la vista por los rizos negros que asoman entre el vendaje que le cubre la cabeza, sigue por el respirador estrepitoso que la mantiene con vida y termina en las vías que se hunden en su brazo. Ha permanecido junto a su cama desde que se enteró del ingreso. Se encontraba camino de la playa donde contraerían matrimonio y acabó en dirección al hospital.

La visita del inspector Castillo provocó en Eva un estado de sobrexcitación que derivó en un desmayo. Se golpeó la cabeza contra el lavabo durante el desplome. Una caída desafortunada que la dejó postrada en una cama y conectada a una máquina.

Adara cruza la puerta. Viste su uniforme de enfermera y lleva su melena pelirroja recogida en una trenza.

—¿Todavía sigues aquí? El inspector te está esperando en la cafetería desde hace un rato.

—No me apetece hablar con él —dice Samuel.

—Pero debes hacerlo. Tenemos que estar al tanto de lo que pasa con Eva.

—Que está en coma. Eso es lo que pasa.

—Tranquilo. Todo saldrá bien. ¿Cuándo te fuiste que no me di cuenta? —pregunta mientras lo repasa de arriba abajo.

—Esta ropa no es mía, me la trajo un amigo.

—Un amigo que pesa la mitad que tú —dice con la vista clavada en los botones que se aferran a duras penas a los ojales deformados de la camisa.

—¿Me estás llamando «gordo»?

—Estoy llamando «flacucho» a tu amigo —responde con un guiño.

El rostro ojeroso de Dolors aparece por la puerta. Su media melena rubia está despeluzada y el traje de chaqueta negro, que se insinúa por debajo de su abrigo de cuadros, luce arrugado. Los saluda con una sonrisa apagada y se acerca a la cama.

—¿Se sabe algo? —pregunta mientras observa el semblante dormido de su amiga.

Samuel baja la mirada y Adara niega con la cabeza.

—Sigue igual, pero debemos confiar en su fortaleza. Estoy segura de que se despertará de un momento a otro. Por cierto, ¿y Helena? ¿No iba a venir contigo?

—Al final, no. Como es la asesora de Eva, en unas horas vuela a Madrid para que su tía le firme la autorización para trasladarla a un centro privado.

—Ya tenemos a Helena, la enterada metomentodo, haciendo de las suyas porque su vida es tan sumamente aburrida que necesita entrometerse en la de los demás. ¿Desde cuándo la sanidad privada es mejor que la pública?

Con razón la noté rara cuando me llamó para preguntarme por Eva. Me parece una traición por su parte. No me lo esperaba de ella.

—Puede que no te lo contara porque conoce a Adara, la dictadora implacable, y sabía cómo te ibas a poner.

—Vete a la mierda. ¿Tú lo sabías, Samuel?

—Me suena que me comentó algo sobre una atención más personalizada, pero tampoco le hice mucho caso. Me da igual dónde la lleven con tal de que despierte y podamos continuar con nuestros planes.

—Así que lo sabía todo el mundo menos yo. La idiota de Adara, que está para todos, pero a la que nadie tiene en cuenta.

—Vamos, no te lo tomes como algo personal —la consuela Dolors—. Helena solo quiere lo mejor para Eva.

—¡¿Y yo no?! ¡Es mi mejor amiga! Ninguna enfermerucha de ninguna clínica privada la cuidará mejor que yo.

—Lo sé.

Se aferra a su brazo y apoya la cabeza sobre su hombro, un gesto que parece apaciguar la irascibilidad de la enfermera, que aparca su berrinche y le sonríe a su amiga. Los seis ojos se centran en el cuerpo letárgico de Eva.

—Voy a ver qué quiere el policía ese —dice Samuel—. Nos vemos luego.

Adara, avísame de cualquier cosa.

—Vete tranquilo.

El inspector David Castillo está hablando por teléfono en una mesa blanca ubicada al fondo de la cafetería del hospital.

—Lo único que Eva le contó a su dama de honor, antes de desmayarse, fue que reconoció a la víctima, pero no le llegó a decir quién era. Te tengo que dejar, Jordi —dice cuando ve al prometido de Eva entrar por la puerta.

Cuelga la llamada y estudia a Samuel mientras se acerca. Alto y moreno, rondando entre los treinta y siete y los cuarenta años de edad. Otro gilipollas, como su compañero Jordi, con el cabello encrespado y engominado. Baja la mirada hasta sus zapatillas. No son rosas, pero ese naranja estridente le chirría en la vista. Al menos los vaqueros, la camisa y la chaqueta son discretos, aunque sean un par de tallas menos.

La forma desganada en la que el prometido de Eva retira la silla denota la alegría infinita que le provoca ese encuentro.

—¿Le apetece tomar algo? Le recomiendo una botella de agua —dice David mientras le echa una mirada asqueada al café al que le dio un solo sorbo y al sándwich refrigerado del que probó un único mordisco.

Los ojos parduzcos de Samuel se le clavan como garras. David se muerde la lengua. Él y su maldita falta de tacto. Mal momento para ironías. Está bromeando con un hombre que debería estar disfrutando de su luna de miel, tumbado en una cama de hotel mullida y kilométrica y, por el contrario, está pasando las horas en un sillón destartalado en la habitación donde yace en coma la mujer con la que iba a casarse unos días antes.

—Dejemos las bromas para otro momento. ¿Qué quiere y por qué fue a interrogar a mi prometida? Debería decir «mi esposa», pero por su culpa, no me llegué a casar.

Al inspector le lleva unos segundos encajar el golpe, directo a la mandíbula.

—Siento mucho lo ocurrido, pero los dos sabemos que fue un

accidente.

—¿Un accidente? Si usted no se hubiera presentado en su casa, ese accidente nunca habría ocurrido.

David se le queda mirando con los ojos entornados y el semblante pensativo. Él tampoco cree en las casualidades.

—Tenía que suceder… —suelta, tragándose el sentimiento de culpa que le martillea la conciencia. Negarlo es su manera de silenciarlo.

—Cosas del destino, ¿no? Entonces vale. Me quedo más tranquilo. Gracias por la aclaración; es un policía cojonudo. ¡¿Qué quiere?!

David recibe de buena gana los comentarios irónicos y el tono chulesco empleado en la última frase. En su lugar, él le habría reventado la cabeza. A hostia limpia lo habría echado de allí y de buena gana habría pagado la multa por agredir al gilipollas que le arruinó el día de su boda.

Decide ir al grano. Ninguno de los dos desea estar allí más tiempo del estrictamente necesario, Samuel con el responsable de su situación deplorable y él sintiéndose culpable.

—¿Podemos tutearnos?

—Me da igual —dice Samuel encogiéndose de hombros.

David saca un sobre del bolsillo de su cazadora y le muestra la imagen de la última víctima del Sicario de Satán.

—¿La conoces? ¿Te suena que fuera amiga de Eva?

El hombre observa a la mujer durante unos segundos. Los rizos negros, los labios finos y la cicatriz en la barbilla.

—No me suena de nada. ¿Le preguntaste a las chicas?

—Tampoco la conocen.

—¿Quién es?

—La última víctima de un asesino en serie.

—¿Y qué tiene que ver con Eva?

—Encontramos su foto en la escena del crimen.

—¡¿Que qué?!

David deja sobre la mesa una copia de la imagen. Samuel la coge y arquea las cejas. Reconoce la fotografía.

Sabe quién la sacó.

9

El portarretrato

Helena se pide un café mientras espera que abran la puerta de embarque. Desbloquea el móvil y se entretiene chateando con sus pretendientes en Tindle. Recurre a la aplicación de citas cuando se aburre y necesita un chute de autoestima. Nunca ha quedado con nadie ni tiene intención de hacerlo. Sabe de sobra que los mensajes de cortejo y los halagos que recibe fueron, son y serán reenviados de forma indiscriminada a otras tantas mujeres, pero le gusta coquetear. Sigue el juego con el único propósito de ver hasta dónde son capaces de llegar los buitres que asedian las redes. Siempre lo mismo, pero al menos resulta más entretenido que jugar al solitario con los naipes. En este caso, no juega sola. Otra forma de pasar el rato.

Se percata de que está a punto de quedarse en tierra cuando la megafonía vocifera la salida de su vuelo por última vez. Recorre el avión de forma presurosa y torpe, con las mejillas sonrojadas y la cabeza gacha, y se hunde en su asiento junto al pasillo.

No repara en el hombre de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde, sentado cinco filas más atrás, que vigila cada uno de sus movimientos.

Deja el bolso en el hueco vacío que la separa del pasajero despatarrado que ocupa el asiento de la ventanilla y comprueba por quinta vez que trae los documentos que necesita que le firme la tía de Eva para trasladarla a un hospital privado. Los devuelve a la carpeta y saca del bolso un ejemplar de *Tuareg*, de Vázquez-Figueroa. Se pasa el viaje entero enfrascada en sus páginas, fascinada con la historia de esa tribu musulmana de leyes ancestrales en la que los hombres se cubren el rostro, mientras que las mujeres lucen la cara destapada y gozan de libertad sexual plena y sin ningún tipo de prejuicio hasta que contraen matrimonio.

Un taxi la deja frente al portón de madera de un lujoso chalet en el exclusivo barrio de La Moraleja, donde reside la tía de Eva. Unos metros más abajo se apea de otro taxi el sujeto, de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde, que no le quitaba el ojo de encima en el avión. Entra a

hurtadillas detrás de ella antes de que se cierre la puerta automática y se escabulle entre los arbustos que rodean la vivienda.

Helena recorre el camino de lajas, flanqueado de setos recortados, que conduce hasta la puerta de entrada y pulsa el timbre. Mientras espera que le abran, contempla la hilera de dinteles con motivos florales que embellecen la fachada. Las contraventanas están abiertas y unas cortinas anaranjadas se recortan detrás de unos cristales arañados por la lluvia.

Está olisqueando un jazmín que custodia la entrada cuando oye unos pasos que se acercan desde el interior de la vivienda. La puerta se abre. Es la primera vez que ve a la tía de Eva y la sorprende el enorme parecido que comparte con su sobrina. Ese cabello negro ensortijado y los ojos rasgados.

Podría pasar por la madre de su amiga. Su difunto hermano debía parecerse mucho a ella.

Rocío la recibe con una sonrisa desanimada y un cálido abrazo. Acogió a su sobrina Eva cuando perdió la memoria tras el accidente de tráfico en el que fallecieron sus padres y su hermana melliza. Ese trágico incidente que erradicó su pasado. Sus únicos recuerdos se remontan a los últimos seis años. Su vida entera se reduce al espacio de seis míseros años.

Helena estudia a Rocío mientras la mujer sirve el café. Los tonos alegres de su vestido desentonan con la angustia anclada en su rostro. Su mirada esconde años de sufrimiento y sus ojeras delatan noches enteras sin dormir.

Rocío se muestra conforme con el traslado de su sobrina a un hospital privado y firma los papeles. Acuerdan que Helena la mantendrá informada sobre cualquier imprevisto o cambio en el estado de salud de Eva y deciden tomarse una tercera taza de café en lo que llega el taxi que llevará a Helena de vuelta al aeropuerto.

El hombre de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde presencia la escena agazapado en una ventana.

Mientras Rocío se encuentra en la cocina, Helena le echa un vistazo al salón. Mobiliario barroco, tonalidades anaranjadas y moradas, plantas y jarrones en cada esquina, murales de libros y una chimenea con un alféizar atestado de portarretratos. Se incorpora y contempla las fotografías. Rocío y su marido son los protagonistas en todas menos en la del portarretrato que descansa bocabajo.

Reconoce ese lunar en la nariz.

Es Eva, unos quince años más joven. Está abrazada a dos muchachas morenas. Sus rostros le resultan conocidos. Mueve los ojos entre ellas

buscando alguna pista que le desvele sus identidades, un indicio que se enciende de repente en su cabeza como un relámpago en la noche.

«Esa cicatriz en la barbilla… ¡Es la chica muerta!».

Un segundo fogonazo atraviesa su mente y le ilumina los pensamientos.

«¡Y esta es la psicóloga Puig! ¿Conocía a Eva?».

—¡Puta mentirosa!

El sonido de un bocinazo la saca de su estado de estupor. Inmortaliza con la cámara del móvil la imagen del portarretrato y abandona la casa a la carrera.

—Tengo que irme, Rocío. Mi taxi llegó. Gracias por todo. Estamos en contacto —grita desde la puerta.

—¿Puta mentirosa? ¿Quién es una puta mentirosa? —repite Rocío cuando vuelve al salón.

Desvía la vista hacia la chimenea y los portarretratos del alféizar le brindan la respuesta.

El que yacía bocabajo ahora está de pie.

Coge el móvil de la mesa y marca un número al que lleva seis años sin llamar.

—La asesora sospecha.

Adolf

—Esta imagen pertenece a un artículo del periódico para el que trabajo —dice Samuel mientras observa la fotografía de Eva que el Sicario de Satán ocultó entre las tripas de su última víctima—. No se llegó a publicar. ¿Cómo acabó en manos de un asesino?

—¿Estás seguro de que ese artículo no se publicó? —le pregunta el inspector David Castillo.

—La editorial se incendió la noche anterior y todavía no ha abierto las puertas. Solo está activa la edición *online* y todos los artículos pasan por mis manos.

—¿Cuándo ocurrió ese incendio?

—Hace unos tres meses.

Tres meses, la misma época en la que el Sicario de Satán dejó una estela de cadáveres y luego se esfumó.

—¿Y quién tenía esa foto?

—Se la sacó Adolf, un simpatizante del diablo que trabajaba en las ediciones impresas. A mí no me caía bien. Lo detuvieron unas cuantas veces por profanar tumbas y asaltar iglesias para utilizar los huesos y las hostias en esas misas negras que celebran para adorar al diablo y humillar a Jesús. Era amigo y fan de Eva. Me la presentó en una cena de empresa a la que lo acompañó. Adolf la adoraba. Publicó varios artículos sobre ella elogiando su faceta como diseñadora de ropa de corte satánico. Eva es considerada un icono de la moda entre los espiritistas y los satanistas.

Vende sus diseños por internet. Esta es su firma como diseñadora. —Señala la cruz satánica que ocupa el fondo de la fotografía.

—¿Pertenece a una secta satánica?

—Ni de broma. Adolf intentaba reclutarla cada vez que podía, pero no consiguió convencerla. Lo acompañó a algunas de esas misas negras, pero siempre llegaba a casa diciendo que estaban como cabras y que nunca en la vida volvería a asistir a esos encuentros.

—Sin embargo, fue a más de uno y diseña ropa para los grupos

sectarios.

—Fue a esas misas para darle el gusto a su mejor fan y que la siguiera adulando en sus artículos. Adolf le hacía muchísima publicidad y le traía clientes nuevos. Eva dio el salto a la fama con un vestido negro estampado de cruces rojas. Usa el negro en todos sus diseños porque era el color favorito de su madre. Vendió la línea entera en unas cuantas semanas y empezó a recibir mensajes de clientes pidiéndole prendas similares. Vio un filón de oro en esos lunáticos y la jugada le salió redonda, pero se trata de simples negocios. Ni comulga con el diablo ni con las ideologías de las sectas que se visten con sus diseños.

—¿Sabes cómo se llama la secta de Adolf?

—No sé nada de ese tema, siempre me ha dado repelús. Ni siquiera dejaba que Eva me contara lo que habían hecho en las misas negras a las que acudía de vez en cuando.

David pierde la vista en la fotocopia. Una fotografía, hecha por un fanático del diablo, que acabó en manos de un asesino en serie.

¿Y si Adolf es el vínculo entre Eva y la víctima? ¿Y si el Sicario de Satán pertenece a una secta satánica, aunque actúe en solitario? ¿Y si Eva también pertenece a esa secta y le mintió a Samuel? Su firma como diseñadora la representa la misma cruz satánica que el Sicario de Satán acuchilla en el pecho de sus presas, idéntica a la que pendía del collar que encontraron junto a la cabeza de su última víctima.

¿Y si Adolf es el Sicario de Satán?

—¿Dónde puedo encontrar a ese periodista?

—En el cementerio. Murió en el incendio de la editorial. Fue la única víctima mortal. Tuvo muy mala suerte esa noche. Siempre era el primero en marcharse, pero ese día se quedó hasta las tantas para repasar el artículo que saldría a la mañana siguiente en la portada y al que le había dedicado años de investigación. Se pasó los últimos días alardeando de que lo lanzaría a la cúspide del periodismo. Pobre chaval.

—¿Sobre qué trataba el artículo?

—Sobre las sectas satánicas. Su adoración por el diablo se plasmaba en todos los ámbitos de su vida y en el trabajo no iba a ser distinto.

—¿Y por qué salía Eva si no pertenece a ninguna secta?

—Porque esos fanáticos se visten con su ropa, te lo acabo de decir.

David se muerde la lengua antes de que su boca impulsiva verbalice sus pensamientos. Está cada vez más convencido de que Eva no fue sincera con Samuel en cuanto a sus escarceos con las sectas satánicas.

—¿Tienes una copia de ese artículo o sabes cómo puedo conseguirla?

—Ni lo leí ni tengo nada y, como te dije, la editorial ardió. Dudo mucho que puedas hacerte con una copia.

—¿Me dejarías echarle un vistazo a las pertenencias de Eva?

—Por supuesto que no.

—¿Y podrías hacerlo tú?

—Tampoco. Jamás invadiría la privacidad de Eva sin su consentimiento.

Tendrás que esperar a que despierte del coma.

Tras un duelo de miradas, David decide echar mano del as que guarda en la manga: el corazón, que no atiende a razones cuando de sentimientos se trata. Una dualidad en la que tu mayor fortaleza interactúa como tu peor debilidad.

—Lo que está en juego es su vida. Podría ser la siguiente víctima.

El semblante endurecido de Samuel se desinfla y sus ojos desafiantes acaban claudicando.

—¿Qué tengo que buscar?

—Cualquier indicio relacionado con alguna secta satánica. Entra en su ordenador y no dejes ni un solo archivo sin abrir. Repasa el historial de internet y céntrate en las búsquedas recientes. Revisa sus redes sociales y el correo. Averigua si ha hecho amistades nuevas o si está asistiendo a algún taller o a alguna actividad de los que no te hablara. Asegúrate de que conoces a todas las personas con las que se ha relacionado últimamente, pero, sobre todo, revisa sus conversaciones con Adolf. Puede que en alguna hablen sobre el artículo que iba a publicar o la secta a la que pertenecía o se mencione el nombre de la persona a la que le pasó la foto de Eva. Fíjate también en sus últimas conversaciones con mujeres que no figuren entre sus amistades habituales. Puede que alguna sea la víctima. Eva la conocía. A mí me

lo negó, pero a Adara le reconoció que sabía quién era.

—¿Y por qué iba a mentirte?

—Eso es lo que intento averiguar.

—Está bien. Haré lo que me pides. ¿Y… qué pensáis hacer con ella?

—Protegerla —dice, convencido.

El cadáver de Cati, su compañera de trabajo y de vida, pesa demasiado sobre su conciencia. Sus intenciones de cargar más muertos se reducen a cero.

Después de su reunión con Samuel, ya de regreso al coche, llama a Jordi y le pide que averigüe todo lo que pueda sobre el tal Adolf en lo que llega a la

comisaría.

Algo no le termina de encajar en esa historia.

El difunto periodista pertenecía a una secta satánica y era amigo de Eva. Le sacó la fotografía que el Sicario de Satán dejó entre las tripas de su última víctima y que, supuestamente, solo él tenía. Murió la víspera de publicar un artículo sobre las sectas satánicas en el que la imagen de Eva ocupaba la portada y que, según él, lo consagraría como el periodista del año.

¿Y si no fue un accidente, sino un homicidio encubierto? ¿Y si ese artículo sobre las sectas satánicas le costó la vida? ¿Y si descubrió quién es el Sicario de Satán y por eso está muerto?

Helena

Durante el viaje de vuelta, Helena no consigue apartar de su mente la imagen del portarretrato que descubrió en la casa de Rocío, la tía de Eva. Su amiga, la psicóloga Puig y la mujer muerta de la fotografía que le mostró el inspector Castillo. Los tres rostros gravitan en torno a su cabeza y se entrometen en su lectura. En esos momentos, *Tuareg* le parece el bodrio de los bodrios. Sus pensamientos están desatados y sus emociones le juegan una mala pasada tras otra.

Primero le recrimina a la azafata el precio desorbitado de una «maldita chocolatina», tras obtener su confirmación previa de que no estaba envuelta en papel de oro. Su compañero de asiento también se lleva lo suyo:

«¿Puedes respirar más bajo? Pareces un burro, así no hay quien lea. Si no puedes dormir porque molestas, pues no duermes, hostias, que no estás en el sofá de tu casa y ni yo ni el resto de los pasajeros tenemos que aguantar tus rebuznos. Ya está bien de tanta hipersensibilidad y tanta tontería, que hoy hay que decirlo todo con pinzas o te lapidan. Parece que vivimos en el mundo de los ofendidos y los amargados y que todos están esperando a que abras la boca para sacarle la puntilla a cada palabra. Una buena hostia les daba para quitarles la tontería. Libertad de expresión… ¡Y una mierda!».

Cuando termina de amedrentar al pobre hombre, que no sabe dónde esconder la cabeza, siente un subidón de adrenalina y se viene arriba. Se pasa el resto del trayecto despotricando sobre el mundo distópico que nos rodea; que si somos todos unos egoístas insensibles, que si nos vestimos de hipocresía y nos perfumamos de envidia, que si la amistad es una gran mierda llena de buenos deseos de mentira y que su falsa amiga es una puta mentirosa, pero que eso no se va a quedar así. Llegará al fondo del asunto.

En la fila de los taxis acaba discutiendo con una guiri que intenta colarse y a la que tilda de « *fucking* espabilada». Hace tres llamadas en lo que aguarda su turno.

Primero llama a la psicóloga Puig. Le salta el contestador.

Buenas tardes. Supongo que estás pasando consulta o repasando el libro *Cómo ser una puta mentirosa*. Llámame cuando termines. Vengo de la casa de la tía de Eva, la paciente que te llevé para que la

ayudaras con sus problemas de amnesia; creo que las dos sabemos de quién te hablo, la conoces mejor que yo. Estás muy favorecida en la fotografía en la que salís juntas en la época de la Reconquista. Me debes unas cuantas explicaciones.

—Puta mentirosa —murmura cuando cuelga.

La segunda llamada se la hace a Samuel y también le salta el contestador.

Samuel, llámame en cuanto puedas. He descubierto algo sobre Eva que te interesará.

Dolors es la última persona a la que llama. Su móvil sí da tono, pero su amiga no responde.

¿Por qué nunca coges el maldito teléfono? Ya estoy en Barcelona.

Paso por mi casa para darme una ducha y tiro para la tuya. Tengo que contarte algo. Deja lo que quiera que estés haciendo y corre para tu casa.

El taxi se adentra en el barrio marinero de la Barceloneta y recorre sus calles de edificios antiguos y fachadas oscurecidas por los lametones marinos. Aparca en la trasera de la plaza del mercado, Helena paga al taxista y corre hacia su domicilio. El coche reanuda la marcha y otro taxi ocupa su lugar. Se apea el hombre de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde.

—¡Puta mentirosa! —exclama Helena mientras cierra con un portazo.

Deja las llaves y el móvil sobre la mesa de entrada y se queda observando la fotografía que descansa encima, en la que posa sonriente con Eva, Dolors y Adara en su último viaje juntas. Fue en agosto. Se emborracharon una noche durante la cena y antes de que les sirvieran el postre, ya habían reservado por internet los billetes de avión y el hotel en Ibiza. Siete días en los que recorrieron cada escondrijo de la isla. Jornadas de excursiones y playa, tardes de cervezas y siesta y noches de cenas y fiesta.

Durante una semana volvieron a sentirse unas adolescentes. «Complejo de Peter Pan», lo llaman unos; «vivir», dicen otros. Habían disfrutado como

niñas y como niñas enfurruñadas abandonaron la isla. Ninguna se quería marchar.

Ese viaje afianzó la amistad que las unía. Helena y Eva se conocieron en el gimnasio dos semanas después de que Eva cambiara Madrid por Barcelona.

Un deseo impulsivo de volver a empezar, tras un idilio que acabó en desamor, la llevó hasta allí; el lugar donde conoció a Samuel unos meses más tarde. Un flechazo de cine, una atracción instantánea que derivó en una petición de matrimonio un par de años después.

Adara se unió a ellas entre sudor y pesas y Dolors apareció en sus vidas de casualidad. Adara la atendió en la enfermería por un corte en la mano y congeniaron tan bien que almorzaron juntas ese día y quedaron luego para cenar con el resto del grupo.

A Helena la conmovía la ternura que caracterizaba a Dolors y admiraba la fortaleza arrolladora que desprendía Adara, pero su debilidad era Eva. Se le cayó el alma a los pies cuando le contó que sus padres y su hermana melliza fallecieron en un accidente de tráfico y que sus únicos recuerdos se reducían a ese día en adelante. Percibía ese vacío que llenaba su mirada, esa falta de amor que gritan los ojos y nadie ve.

Ella también conocía esa nada, sus ojos también clamaban atención, también mendigaban afecto. Ella también se sentía perdida por momentos.

Su padre pasó por su vida como un fantasma y su madre falleció cuando la trajo al mundo. Su abuela lo hizo lo mejor que pudo, pero la disciplina estricta de antaño hizo mella en ella y estaba incapacitada para darle cariño.

No sabía hacerlo, desconocía lo que era el amor.

Helena padecía de carencias; traumas de la infancia que se enraízan en lo más profundo del alma y envenenan su esencia. Inseguridades y temores que la mortificaban y dominaban su personalidad y que proyectaba en los demás, culpabilizándolos de su propia infelicidad. Le costó años comprender que para amar, antes hay que amarse. Primero me quiero y después te quiero, siempre.

La psicóloga Puig la había ayudado a conocerse a sí misma. Ahora entendía sus actitudes e interpretaba sus reacciones, reconocía sus problemas y se enfrentaba a sus frustraciones. Su doctora y amiga la había rescatado del pozo de los miedos y ahora la había arrojado en un charco de confusión.

¿Por qué le mintió? ¿Por qué le ocultó que conocía a Eva del pasado? ¿Qué ocurrió entre ellas?

—Te prometo que llegaré al fondo del asunto, amiga —dice mientras acaricia la fotografía—. Despierta pronto, por favor. Ojalá podamos hacer otro viaje las cuatro algún día.

Enfila el pasillo en dirección al baño y abre el grifo de la ducha. Mientras el agua se calienta, busca en Spotify su lista Rap y comienza a sonar la canción *Nadie me comprende*, de Shé.

Se está enjabonando el cuerpo cuando repara en que, debido al disgusto que se llevó por la mentira de su amiga, se le olvidó llamar al inspector Castillo para informarlo de que la tía de Eva y la psicóloga Puig conocían a la última víctima del Sicario de Satán, ese asesino implacable que, supuestamente, anda tras el rastro de Eva. Lo telefoneará cuando se termine de duchar.

Se está aclarando el cabello cuando suena el timbre. Se apresura a salir de la bañera, resbala con el agua y flota en el aire durante unos instantes antes de estamparse contra el suelo.

La psicóloga Puig

Buenas tardes. Supongo que estás pasando consulta o repasando el libro *Cómo ser una puta mentirosa*. Llámame cuando termines. Vengo de la casa de la tía de Eva, la paciente que te llevé para que la ayudaras con sus problemas de amnesia; creo que las dos sabemos de quién te hablo, la conoces mejor que yo. Estás muy favorecida en la fotografía en la que salís juntas en la época de la Reconquista. Me debes unas cuantas explicaciones.

La psicóloga Puig escucha tres veces el mensaje que Helena le dejó en el contestador. Su amiga descubrió que forma parte del pasado de Eva, esa vida en tinieblas de la que Eva no se acuerda, esa que es mejor que no recuerde jamás.

Por su bien. Por su vida.

La psicóloga Puig estuvo vigilando a Eva cuando Rocío la informó de que su sobrina se había trasladado a Barcelona. Así supo de su amistad con Helena, que le sirvió de baza para acercarse a ella. Contrató los servicios de asesoría de Helena y logró hacerse un hueco en su agenda. Entre almuerzos, cafés y cenas se ganó su confianza, empezó a tratarla en su consulta y en menos de un mes, Helena ya le había presentado a Eva, que solo tardó un par de semanas en convertirse en su paciente. Si empezaba a recordar, podrían actuar de inmediato. Cuanto menos personas involucradas, menos se arriesgarían a que los descubrieran.

Su marido la abraza por la espalda, le restriega sus partes íntimas por las nalgas y le besuquea el cuello. Lo aparta con brusquedad.

—Hoy no tengo ganas.

—¿¿¿Otra vez te duele la cabeza???

—No tengo ganas. Te lo acabo de decir.

—¿Y cuándo vas a tener ganas? Llevamos no sé ni cuantas semanas sin hacerlo.

—Pues cuando tenga ganas, qué quieres que te diga.

—¿Tú crees que esas son maneras de hablarme?

La psicóloga rebufa con cara de hastío. No le apetece entrar en una discusión en la que su marido acabará pagando su mal día. El mensaje de Helena la ha dejado desconcertada y con quien único echaría un polvo ahora mismo es con su amante. Son sus manos las que desea sentir recorriendo su piel, su lengua lamiendo cada recodo de su cuerpo, su miembro erecto corriéndose dentro. Esa atracción irresistible que la arrastra hacia él y la pasión que le insufla a sus días no las ha sentido en sus casi diez años de matrimonio.

Quizá sea eso, que es demasiado tiempo, que se aburrió, que quiere volver a empezar, que quiere vivir, que es plenamente consciente de que debe sincerarse con su marido, pero ese arrojo que le pide a sus pacientes que saquen de las entrañas para tomar las riendas de su vida, ahora le falta a ella.

—Lo siento mucho. Estoy muy estresada en el despacho. Hay un paciente que está pasando por un mal momento y me tiene preocupada —miente.

—¿Eduard?

Su mujer lo mira con el ceño fruncido.

«¿De qué conoce a Eduard?».

—¿Quién?

—El de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde que ya ha venido un par de veces. Creo que me dijiste que era un paciente cuando te pregunté por él.

—No me acordaba —dice tras unos instantes que dedica a recogerse el cabello en un moño—. Es ese. Lo está pasando fatal. Me tiene preocupada.

—Ya… ¿Y no te preocupa que yo también esté pasando un mal momento?

¿Cómo crees que me siento cada vez que me rechazas? Ya no me besas ni me abrazas cuando llegas o te vas y tampoco me preguntas cómo me ha ido el día. Ya no te importa si le echo demasiada sal a la carne ni me preparas mi comida favorita. Ya no haces nada conmigo, solo tratarme mal. ¿Es que tengo que coger una cita contigo para que te pongas en mi piel? ¿Qué consejo me darías si fuera uno de tus

pacientes?

«Que estás tardando en mandarme a la mierda, o yo a ti. Quizá debería poner las cartas sobre la mesa ahora mismo y decirte que no eres el único que es infiel. ¿Quién se atreverá a dar el paso? ¡Cobarde! Llevas meses engañándome. Me decías que te ibas de viaje de negocios y estabas

revolcándote en un hotel con la zorra de tu secretaria. Te odio, pero también te quiero… Estoy tan confundida ahora mismo… Lo siento…».

Se cubre el rostro con las manos y permanece en silencio, como actúa cada vez que desea rematar una discusión. Observa entre los dedos cómo su marido abandona el salón cabizbajo. No puede seguir comportándose como si no ocurriera nada; debe afrontar la realidad, pero ya pensará en eso otro día. Ahora la apremia otro asunto mucho más importante que su matrimonio agonizante.

Coge su móvil de la mesa de comedor y llama a la tía de Eva. Ella le aclarará el asunto de la fotografía.

Es entonces cuando Rocío se percata de que el portarretrato desapareció del alféizar.

13

El artículo

David examina la información que Jordi recopiló sobre Adolf, el difunto periodista, compañero de trabajo de Samuel, que le sacó a Eva la fotografía que encontraron entre las tripas de la última víctima del Sicario de Satán.

Acababa de cumplir los treinta años cuando falleció en el incendio de la editorial en la que trabajaba. Un incidente controvertido que había sentado en el juzgado a la empresa frente a la aseguradora, que afirmaba que el incendio fue provocado.

Le echa un vistazo a sus artículos.

[…] La policía investiga ritos satánicos y sacrificios animales en cementerios y santerías de Madrid. Ofrendas con carne picada y sangre en una tumba de la Almudena […].

[…] Gallos decapitados a los pies de tres árboles en el parque forestal de Julio Alguacil Gómez. Se recogieron más de nueve kilos de carne animal, que se utiliza en los rituales de iniciación, para alcanzar los sueños o con fines de venganza […].

[…] Gallinas decapitadas, corderos degollados y una oveja, abierta en canal, colgada de un árbol y sus tripas esparcidas por las ramas en Camí de Es Comellà des Betzers, en el municipio mallorquín de Santa Eugènia […].

[…] Las sectas satánicas han logrado captar en España a miles de adeptos. En cuanto a posibles sacrificios humanos, un sacerdote exortista se pronuncia al respecto: «Habría que investigar cuántas personas, en especial niños pequeños de madres sin papeles o indigentes, desaparecen a lo largo del año y a cuántas de ellas se encuentra. El problema es que, en estos casos, nadie denuncia la desaparición» […].

[…] El objetivo que se persigue en una misa negra es satirizar la crucifixión de Jesucristo. Se roban las hostias de las iglesias para pisotearlas, mezclarlas con droga o utilizarlas en orgías sexuales. La misa finaliza con la llegada del diablo con el rostro cubierto con una cabeza de chivo […].

Sigue con los artículos que protagoniza Eva. En ninguno se menciona que pertenezca a alguna secta o esté vinculada con ellas. Él persevera

en su convicción de que su relación con los grupos sectarios va más allá de sus negocios textiles.

Samuel no pudo acceder ni a su ordenador ni al teléfono porque Eva cambió las contraseñas. Las mantuvo hasta solo un par de semanas antes, que fue la última vez que su prometido utilizó su móvil y porque Eva le pidió desde la ducha que llamara a su psicóloga para avisarla de que llegaría tarde.

¿Por qué cambió las contraseñas después de cuatro años?

¿Y si Adolf, la mujer descuartizada y Eva pertenecían a la misma secta y durante la investigación para su artículo, Adolf les habló sobre el descubrimiento que le costó la vida y que convertiría a sus dos amigas en objetivos del Sicario de Satán? Explicaría que ninguna fuera una prostituta ni una mendiga y que Eva le negara que conocía a la víctima cuando le mostró su fotografía. Protegía a la secta.

—¿Qué descubriría ese flipado? ¿La identidad del Sicario de Satán o sus crímenes? —dice Jordi mientras se despereza y encarama las piernas a la mesa—. ¿Y si el Sicario de Satán es el gurú de la secta a la que pertenecía Adolf? En ese caso, estamos bien jodidos. Los compañeros de Información llevan meses intentando infiltrarse en las sectas satánicas por un chivatazo que recibieron sobre sacrificios humanos. Son un mundo aparte. Forman grupos secretos casi herméticos en los que solo se puede ingresar por invitación de un miembro.

—Tendremos que tirar del artículo que Adolf escribió. Sea lo que sea que descubrió, se encuentra en esas líneas. El asesino incendió la editorial para evitar que esa información saliera a la luz.

—Entonces estamos de acuerdo en que la muerte de ese periodista no se trató de un accidente fortuito, sino de un asesinato deliberado y que el autor es el Sicario de Satán.

—No me he quitado esa idea de la cabeza desde que me enteré de que está muerto. Hay que rescatar ese artículo de las cenizas si hace falta.

—Entonces todas las personas que conocen el contenido del artículo se encuentran entre los posibles objetivos del Sicario de Satán.

—Eso me temo.

—¿Y por qué no se los cargó hace tres meses? ¿Por qué desapareció después de matar a Adolf?

—Puede que en esa época no supiera quiénes eran o se enteró ahora de que hay más personas que conocen el artículo.

—¿Y por qué ninguno ha denunciado?

—Por miedo a acabar igual que Adolf o porque también pertenecen a la secta y le deben fidelidad. Adolf los traicionó, se convirtió en la oveja descarriada y su deslealtad le costó la vida.

—¿Y por dónde empezamos?

—Tú te reunirás con el dueño de la editorial. Quizá tenga una copia del artículo. Yo hablaré con su madre. Espero que Adolf tuviera un ordenador en su casa y guardara en él todo lo que publicaba. Le pediré ayuda a Samuel para que me oriente sobre los compañeros con los que Adolf tenía más trato. Puede que compartiera con ellos parte de la información.

Lo llama por teléfono, pero no consigue contactar con él y le deja un mensaje en el buzón pidiéndole que le devuelva la llamada.

—Pues vámonos a descansar. Mañana será otro día.

—¿Y si nos acercamos a Las Ramblas y nos tomamos unas copas? —propone Jordi.

—¿En serio te apetecen unas copas?

—No, pero las necesito.

—¿Qué te pasa?

Jordi suspira hondo y lo mira a los ojos.

—Lo mismo que a ti.

Evitan mencionar el tema, pero los dos saben que no se enfrentan a una investigación como las demás. El Sicario de Satán dista de ser un asesino cualquiera. Violó y descuartizó a su compañera y el caso se ha extrapolado al plano personal. Tienen una deuda pendiente.

Una deuda de sangre.

El silencio de Helena

Las ocho y media. Solo hace dos minutos que consultó la hora. Se acabó. No aguanta ni un segundo más. Helena ya debería haber llegado hace rato.

¿Dónde está? ¿Por qué no contesta el teléfono? ¿Y qué quería contarle?

¿Por qué su voz sonaba tan exaltada?

Coge su bolso de la mesa de entrada y busca en el cajón el juego de llaves que se repartieron entre las cuatro amigas por si perdían las suyas. Sigue intentando localizar a Helena camino del Tiguan. Los atascos continuos le desquician los nervios y se pasa la mitad del trayecto con la mano pegada en la bocina.

«¡Vais pisando huevos!… ¡Si queréis contemplar el paisaje, aparcad y bajaos del coche, cabrones!… ¡Tardarías menos a la pata coja, señora Tortuga!… ¿Sabes lo que es el indicador? No consume gasolina y nos sirve mucho a los conductores que no tenemos telepatía para leer la mente de los capullos como tú».

«Pero bueno, ¿qué me pasa? Si mi madre me viera… —se dice Dolors tras el octavo bocinazo—. ¡Me parezco a Helena! Esa loca conseguirá que me vuelva como ella».

Deja el Tiguan en una zona de carga y descarga. No tiene tiempo ni ganas de buscar aparcamiento. Si la multan, le pedirá el dinero a Helena; la culpa es suya por no coger el teléfono.

Se encuentra con el prometido de Eva en la puerta.

—¿Estabas con Helena? —le pregunta.

—No está —responde Samuel—. Me dejó en el buzón de voz un mensaje diciéndome que tenía que contarme algo y me pidió que la llamara, pero no contesta. Estaba cerca tomando algo con un amigo y, de camino al coche, decidí pasarme por aquí a ver si estaba.

—A mí también me dejó un mensaje. Me dijo que iba para mi casa, pero no apareció. ¿Qué querría contarnos? Me dejó intrigada.

—Ni idea. Yo también me quedé bastante intrigado. Ya nos

enteraremos cuando venga. ¿Te parece si la esperamos y nos tomamos algo mientras? —propone Samuel a la par que señala la cafetería situada en la acera de enfrente.

—Primero entremos en su apartamento y asegurémonos de que no está allí —dice Dolors mientras hurga en su bolso y extrae un manojo de llaves—. Me dejó bastante preocupada, la noté superalterada. Helena es epiléptica. No es la primera vez que sufre un ataque cuando algo la sobrepasa y nos da un buen susto.

Samuel sigue a Dolors escaleras arriba. Se detienen en la segunda planta.

Pulsan el timbre varias veces antes de abrir la puerta. No está cerrada con llave.

Nada más entrar, oyen una sintonía de rap. Procede del fondo de la casa.

Hay alguien.

—¡¿Helena?!

—Te voy a llevar a un garito nuevo que siempre está a reventar, da igual si es lunes o domingo —dice Jordi mientras bajan las escaleras de la comisaría.

—Espero que no estés pensando en llevarme a un local de ambiente de los tuyos donde haya más como tú, con crestas en la cabeza y zapatillas de colores —le advierte David.

—¿Y que me vean contigo? ¿Te volviste loco? Tengo una reputación que mantener, guapo.

—Ese comentario y el del otro día, en el que puntualizaste que no soy tu tipo porque te gustan machos, te pueden costar unas cuantas horas extra de trabajo. Lo sabes, ¿no? Te la estás jugando.

—Yo no tengo la culpa de que te falten unas cuantas horas de gimnasio, o años, mejor dicho —rectifica tras pellizcarle la barriga.

—Y a ti te faltan un par de hostias —lo increpa mientras le aparta el brazo de un manotazo—. Y peínate esa cresta, que pareces un gilipollas.

—Envidioso. Eso lo dices porque no tienes pelo y te tienes que rapar

esa cabeza de huevo.

—Hasta los mismísimos huevos estoy de ti.

—Y yo de ti, a lo mejor te piensas que es divertido trabajar contigo.

—Al menos estoy ubicado y no voy por la vida creyéndome un puto milenial. Tienes cuarenta tacos. ¿De qué cojones vas?

—¡¿De qué cojones vas tú?!

David abre la boca para contratacar, pero la vuelve a cerrar. ¿Qué le ocurre?

¿Por qué la ha cogido con Jordi? En solo un segundo la respuesta aporrea su mente.

El Sicario de Satán. El violador y asesino de Cati. Cati muerta. Cati descuartizada en seis partes. Cati sin cabeza y sin ojos. El 666 en la piel. La cruz satánica en el pecho. La firma en el antebrazo. El mensaje grabado en la frente: «¡Adoradme o morid!».

Bon Jovi empieza a cantar y atiende la llamada. Es Samuel, el prometido de Eva.

—Helena está muerta.

15

Helena

Samuel y Dolors se están fumando un cigarrillo en la entrada del portal cuando David y Jordi llegan al domicilio de Helena. Todavía no saben con certeza lo que ha ocurrido. El prometido de Eva les habló sobre un accidente, pero tuvo que colgar para atender a Dolors, que estaba a las puertas de sufrir un ataque de ansiedad.

—¿Qué ocurrió? —pregunta David.

Dolors hunde el rostro en un pañuelo del que se escabullen sus sollozos.

Samuel le pasa el brazo por encima y la estrecha con fuerza.

—Encontramos a Helena tirada en el baño. Parece que se resbaló en la ducha y se abrió la cabeza —dice.

La camilla donde yace el cuerpo, cubierto por una mortaja, abandona el edificio detrás del forense y desaparece en una ambulancia. David le hace un gesto con la cabeza a Jordi para que suba al apartamento y eche un vistazo.

—¿Y si vamos a la cafetería de enfrente y me contáis con calma lo que ocurrió? Aquí fuera hace un frío de muerte y los rellanos de los edificios tienen ojos y oídos, y sé bien de lo que hablo —dice, haciendo alusión a la vieja cotilla de su vecina.

Cruzan la calle y entran en el local. Coloridos listones de madera forran las paredes y la parte posterior de la barra; taburetes amarillos y naranjas se reparten entre mesas verdes y azules, flanqueadas de plantas artificiales en macetas rojas y blancas. Varios grupos de clientes charlan animadamente en la zona de la barra.

Ocupan una de las mesas cercanas a la entrada. Dolors se pide una tila; Samuel, una caña y David se decide por un café. Después de darle varios sorbos a la infusión, Dolors se relaja y le cuenta a David su parte de la historia. Luego le llega el turno a Samuel.

Mientras escucha los mensajes que Helena les dejó en el buzón de voz, David observa al hombre que acaba de entrar en la cafetería besuqueando a una morena con cara de hartazgo. La mujer deja un ramo de tulipanes rojos

sobre la mesa y él le retira el abrigo y la silla. Cuando se dirige a su asiento, el hombre desvía la vista hacia la mesa en la que se encuentran. Detiene la mirada en Dolors, que lo observa con los ojos llenos de lágrimas. Se miran durante unos instantes, hasta que el hombre se sienta y devuelve su atención a la mujer morena que tiene enfrente.

—Me voy ya —dice Dolors mientras se lleva un pañuelo a los ojos.

—¿No te acabas la tila? —pregunta Samuel—. Te ayudará a dormir.

—No creo que pueda dormir esta noche. ¿Me acompañas al coche?

—Claro, y si prefieres, te sigo hasta tu casa y me quedo contigo un rato.

—Gracias, pero me apetece estar sola. ¿Nos vamos? —dice al tiempo que se levanta.

Se despiden de David, que decide pedirse un segundo café en lo que espera por Jordi. La voz de Helena resuena en su mente como una cantinela. Esos mensajes intrigantes que les dejó a Samuel y Dolors. Dos conversaciones pendientes para siempre.

…Tenemos que hablar… He descubierto algo sobre Eva que te interesará…Tengo que contarte algo…

¿Por qué su voz sonaba tan alterada? ¿Y qué descubrió sobre Eva? ¿Estaría relacionado con el caso?

El cambio radical en la actitud del hombre que entró besuqueando a la morena lo saca de su estado de elucubración. Siguió con la vista a Dolors hasta que salió por la puerta seguida de Samuel. Minutos después alega un dolor de cabeza repentino, abona la cuenta y él, la mujer morena y el ramo de tulipanes rojos abandonan el local de forma presurosa y con una actitud desapegada. Los arrumacos se quedan en la mesa junto con las copas llenas.

¿Quién es ese hombre y qué sucedió entre él y Dolors? Esa conversación que mantuvieron sus miradas cuando se cruzaron y sus reacciones posteriores dan a entender que se conocen.

¿Por qué no se saludaron?

La psicóloga Puig

—¿Seguro que no está? —insiste la psicóloga Puig mientras olisquea el ramo de tulipanes rojos con el que su marido se presentó en su consulta.

«El pobre. Está intentando coser los últimos hilachos de un matrimonio en jirones desde hace años».

—Te acabo de decir que no. Estuve buscándolo por toda la casa. Estoy segura de que estaba sobre la chimenea cuando Helena se marchó —dice la tía de Eva.

—¿Y quién estuvo en tu casa después de ella?

—Nadie.

—¿Y entonces? ¿Desapareció por arte de magia? Búscalo bien, Rocío.

—Te digo que no está y que no he tenido visitas.

—¿El de Correos? ¿Algún repartidor?

—¿Estás sorda? Te estoy diciendo que no.

—Pues alguien entró en tu casa y se llevó el portarretrato.

—Eso ya lo sé, lo que intento averiguar es quién y por qué.

—¿Crees que corremos peligro? —pregunta la psicóloga tras un silencio.

—Nuestras vidas corren peligro desde hace seis años. Nadie está a salvo.

Nadie. —El timbre suena—. Tengo que colgar, están llamando a la puerta.

Seguro que es mi marido, que salió a tirar la basura y, como siempre, se olvidó las llaves. No se le cae la cabeza al suelo porque la tiene pegada, si no, andaría todo el día con lumbago por estarse agachando a recogerla a cada paso. Hablamos mañana.

La psicóloga Puig cuelga el teléfono y se deja caer en el sillón con la vista perdida en los tejados que sobresalen en la ventana.

¿Helena le habría contado a alguien que conoció a Eva antes del accidente de tráfico que borró sus recuerdos? ¿Hay alguien husmeando ahora mismo en su pasado? ¿Alguien está espiándola en la sombra?

Se reincorpora y se asoma a la ventana, escruta la oscuridad lluviosa que barre las calles y una sensación de miedo le encrespa la piel y estremece su

cuerpo. El sobresalto que le produce la voz de su marido intensifica el erizamiento.

—Me voy a mi partida de póker. Nos vemos luego.

La psicóloga lo despide y consulta el reloj. Las diez. La hora a la que su marido se reúne con sus amigos los jueves, el único día de la semana que ella se cita con su amante en su domicilio. El resto de los encuentros ocurren en la consulta, durante las sesiones y, alguna que otra vez, en el despacho de su casa. Primero hablan y luego follan. A veces follan primero y hablan después. Y otras solo follan. Hoy le apetece más que nunca uno de esos encuentros de follar sin hablar. Follar sin pensar que puede morir de un momento a otro.

Se adecenta el cabello en el espejo colgado en el vestíbulo, descuelga su abrigo y el bolso del perchero y abandona el piso. Se sienta al volante de su Citroën Picasso y conduce hacia el barrio multicultural del Raval.

Un todoterreno azul la sigue a unos kilómetros de distancia.

Aparca en una de las calles estrechas que entraman el pintoresco barrio obrero y se apresura hacia la vivienda de su amante, que la recibe sin camiseta. Se abalanza sobre él en cuanto se abre la puerta. Se arrancan la ropa sin separar las lenguas y se acarician como si fuera la primera y última vez. La coge a horcajadas, la lleva hasta el salón y la tumba en el sofá.

Lame cada rincón de su cuerpo mientras ella gime y se retuerce hasta que estalla en placer. Luego la gira de espalda y se acuesta sobre ella.

—Todavía no he terminado contigo —dice al tiempo que la penetra.

—Hazme lo que quieras.

«Matarte, eso es lo que te haría, hija de la gran puta», se dice el sujeto que los está espiando a través del boquete abierto en la persiana.

Escupe en el suelo mientras contempla asqueado la fogosa escena. Minutos después vuelve a su todoterreno, saca el móvil del bolsillo del pantalón y llama a Dolors.

17

Dolors

—¿Seguro que no quieres que te acompañe a tu casa y me quede contigo un rato? —pregunta Samuel cuando llegan al Tiguan de Dolors—. No me importa. Desde que Eva está en coma, apenas duermo un par de horas.

—Gracias, pero necesito estar sola.

—Te noto rara. ¿Helena te contó algo que yo no sepa?

—Ojalá fuera solo eso. Las desgracias me persiguen —dice mientras busca las llaves en el bolso—. ¡Mierda! Otra vez me traje su iPhone. Lo cogí de la mesa de entrada cuando salimos. Pensé que era el mío, como tienen la misma funda; me la regaló ella. Mañana se lo…

El llanto retorna a sus ojos y se apresura a abrir la puerta del Tiguan. No se despide de Samuel. Conduce entre ráfagas de lágrimas, roza el coche al aparcarlo y está a punto de irse de bruces tres veces mientras recorre el camino de entrada hasta su casa. Suelta el abrigo y el bolso en el suelo y se deja caer en el sofá, bocabajo, con la cabeza enterrada en los cojines.

—¿Por qué? ¡Qué estúpida he sido! ¿Cómo me he dejado engañar? Eva,

¡despierta, te necesito! Helena, ¿por qué estás muerta?

Se levanta y enfila el pasillo en dirección al dormitorio. Abre el armario, tiende sobre la cama su maleta de flores y la llena de ropa. Está introduciendo un par de zapatos en una bolsa cuando oye un pitido en el salón. Procede del móvil de Helena. Es un mensaje de Rocío, la tía de Eva, que se visualiza en la pantalla de bloqueo.

Tenemos que hablar de la fotografía. EN PERSONA. Ven cuando quieras. Te espero.

¿Qué fotografía? ¿Qué es lo que sale en esa fotografía que no pueden hablar por teléfono? ¿Tiene que ver con lo que Helena quería contarle? ¿Esa fotografía es la causa de que estuviera tan alterada cuando la llamó?

La curiosidad gana la partida y Dolors acaba desbloqueando el teléfono.

Helena pertenecía a ese grupo de personas que pronuncian las contraseñas en voz alta mientras las teclean. Si estabas un rato con ella, te la aprendías a

base de oírla, aunque contaras con la memoria de un pez. Sus manos sudorosas y esa obsesión enfermiza por las gafas de sol gigantes le impedían el uso efectivo y práctico del reconocimiento táctil o facial.

Accede a la aplicación de imágenes y busca en el álbum de fotos recientes.

La ubicación de la última es en Madrid, horas antes de su muerte. Aparecen tres muchachas.

«¿Por qué tanto misterio con esta fotografía?».

Presiona el *zoom*. Lo primero que reconoce es el lunar en la nariz de Eva, unos quince años más joven. Se fija en sus dos acompañantes.

—Esta se parece a la mujer de la foto que me enseñó el policía… Tiene la misma cicatriz en la barbilla… ¡¿Y esta es la psicóloga?!

Está tan ensimismada en la pantalla que no se percata de que alguien lleva un rato observándola a través de la ventana. Segundos después suena su móvil. Es él. Reprime con lágrimas el impulso de contestar.

«Se acabó. Este día tenía que llegar y llegó. A mí no me vacilas más», piensa mientras sujeta el teléfono entre las manos con la vista clavada en la pantalla.

A la primera llamada le sigue una segunda y luego una tercera. El mismo autor. Está a punto de ceder y descolgar cuando llaman al timbre. Deja el aparato sobre la mesa, se limpia las lágrimas con la manga del jersey y se apresura hasta la puerta.

¿Será él?

El forense

El hombre conduce frente al edificio y observa las ventanas alargadas que tachonan la fachada grisácea. Todavía hay luz. Tiene suerte, el médico de muertos sigue allí.

Aparca en una calle paralela y recorre las inmediaciones hasta dar con el Opel amarillo al que vio subirse al forense, frente al domicilio de Helena, cuando observaba cómo se llevaban el cadáver. Escudriña las ventanas de los edificios colindantes y las calles silenciosas engullidas por la noche.

Comprueba la ausencia de cámaras por los alrededores y busca un lugar estratégico para llevar a cabo el ataque. Lo agredirá frente al portal número 13, unos metros antes del Opel.

Ahora solo le queda esperar. Se sienta en uno de los bancos de madera situados al otro lado de la calle donde se ubica el edificio que alberga el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Se acomoda la gorra e introduce las manos en los bolsillos de su chaqueta de camuflaje verde. Qué ganas tenía de fundar las nalgas. Vaya día ha tenido. Por esta noche está hastiado de muertos.

El forense cierra el cadáver de Helena y lo guarda en la cámara frigorífica. Le echa un último vistazo al informe preliminar: traumatismo craneoencefálico severo debido a una caída desde una altura de entre 1,20 y 1,50 metros. Un golpe contra el suelo en la zona parietal izquierda de la cabeza.

La mayor parte de las livideces se concentraban en las extremidades y no se apreciaban contusiones ni lesiones de lucha o defensa. Tampoco encontraron rastros de tejidos ni ADN debajo de las uñas, solo una punción reciente en el brazo izquierdo, un detalle bastante factible considerando que la muerta seguía un tratamiento contra la epilepsia.

La víctima carbonizada que llegó hace un rato tendrá que esperar hasta mañana. Los párpados le escuecen y las sienes lo amenazan con un ataque de migrañas. Necesita descansar.

Se asegura de que todo esté en orden antes de marcharse. Verifica las etiquetas de las muestras de sangre, orina, humor vítreo y las de contenido gástrico. Coloca junto al informe las fichas que contienen las huellas dactilares, apaga la luz de la sala y abandona el edificio.

Está deseando llegar a su casa. Rulfo se estará preguntando dónde está y por qué todavía no está el pienso en su cacharro. Si todavía estuviera casado, su mujer ya lo habría llamado unas veinte veces para acusarlo de

«estar revolcándose con alguna guarra». Qué pesada era y menudo favor le debe al vecino por quitársela de encima.

En la vida pensó que se tomaría los cuernos con tanta deportividad. El bajón le duró tres días, hasta que llegó el sábado por la mañana y nadie lo despertó a gritos. El domingo tampoco ni el lunes ni el martes... No había nadie siguiéndolo por toda la casa para recriminarle tonterías.

Si no hubiera sido por aquel mocoso musculado, su día a día continuaría siendo un infierno y él seguiría convencido de que su vida era maravillosa y que los enfados repetitivos con su ahora exmujer formaban una constante ineludible en las relaciones entre parejas.

«¡Gilipollas!».

Consulta el reloj. Las cuatro de la mañana. Porque David le prometió un almuerzo en su restaurante favorito si se apuraba con la autopsia, de lo contrario, ahora estaría maldiciéndolo. Su simpatía por el inspector Castillo databa de unos meses. El carácter autoritario que mostraba David, y que se acrecentó durante la época en la que el Sicario de Satán se dedicó a sembrar cadáveres por los rincones de Barcelona, colisionaba con la personalidad rebelde del forense. Los desencuentros entre ellos surgían como hormigas, uno detrás de otro.

Bastó un solo día para que sus impresiones cambiaran y comprendiera que David también sangraba. Fue cuestión de instantes. Recuerda esa escena como si en vez de tres meses, hubieran pasado tres días. La tristeza desfiguraba el rostro del inspector. Su aura de invulnerabilidad se había desvanecido. Solo era un hombre con el alma en carne viva. Y cuando siguió su mirada rota hasta el origen de su desdicha, él también se hundió en el infierno.

Cati desperdigada por el suelo, sus extremidades amputadas atadas a cuatro postes, el 666 cubriendo la desnudez de su cuerpo, la cruz acuchillada en el pecho, la cabeza suelta con las cuencas vacías, la firma del Sicario de Satán impresa en el antebrazo y ese mensaje en la frente que helaba la sangre.

¡Adoradme o morid!

Se sube el cuello del abrigo y se apresura hacia su Opel. El aliento húmedo de la noche le estremece los huesos. Un vacío sombrío atraviesa las calles y cruza con el semáforo en rojo. Camina concentrado en el sonido de sus pasos, con la mirada fija en el suelo. No repara en la rama con la que está a punto de tropezar y tampoco en la sombra que se escabulle del portal número 13 y se funde con la suya.

Todo sucede en segundos.

La rama lo golpea en la frente. Levanta la cabeza y un garrotazo se la vuelve a bajar. Mientras se tambalea, observa las gotas de sangre que se estrellan en el suelo antes que él. Le sigue un aluvión de golpes. Un latigazo de dolor le tritura las costillas, luego otro en el pecho, en las piernas y en el cuerpo entero. El último golpetazo le adormece el cerebro.

Está inconsciente cuando su agresor lo apuñala.

El entierro

—No entiendo qué coño hacemos aquí, plantados en la puerta como dos soplapollas —protesta el subinspector Jordi Pérez mientras golpea las hojas de uno de los cipreses que flanquean la entrada del cementerio—. ¿No deberíamos estar coordinando el dispositivo para proteger a Eva? Mañana se cumple el plazo. Es el sexto día.

—El Gruñón ya lo organizó con los compañeros de las unidades especiales —dice David—. Nosotros dos estaremos junto a su cama, a ver si ese hijo de puta se atreve a entrar en la habitación. Aunque si te soy sincero, tengo la impresión de que no aparecerá. El coma de Eva lo ha complicado todo. Lo más probable es que el Sicario de Satán retrase sus planes hasta que Eva esté fuera de nuestro alcance. Después irá a por ella.

—¿Y me lo dices ahora? Creía que éramos compañeros de trabajo, ¿o solo cuentas conmigo para operaciones chorras como obligarme a venir a un puñetero entierro para quedarnos en la puerta del cementerio como porteros? ¿Se puede saber qué coño hacemos aquí? Helena era la amiga de una supuesta víctima, no la nuestra.

Tiene razón. Sus presencias son innecesarias, pero allí está enterrada Cati y ahí radica el dilema. La última vez que David pisó ese lugar fue el día que su compañera de trabajo y pareja desapareció bajo la capa de cemento. El entierro de Helena supone la excusa perfecta para comprobar si ya está preparado para aceptar que Cati se ha marchado para siempre.

No ha podido pasar de la puerta.

—¡Esto es de locos! —exclama Jordi con las manos abiertas hacia el cielo—. ¡¿Y tú qué coño miras?! —le grita al sujeto, de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde, que los está observando desde el otro lado de la calle.

—Es Eduard —dice Adara, que acaba de salir por la puerta acompañada de Samuel, el prometido de Eva—. No entiendo qué hace aquí. No ha visitado a Eva en el hospital, que es su verdadera amiga, y se presenta en el entierro de Helena, a la que apenas conocía.

—No es amigo de Eva —la corrige Samuel—. Van a la misma psicóloga y a ella le da pena, por eso lo invita a venir con nosotros de

vez en cuando.

—Es un tipo de lo más raro. Solo le cae bien a Dolors, pero ella hasta se tomaría un café con su atracador si le pide la cartera con amabilidad. Otra a la que todo el mundo le da pena.

—Por cierto, ¿dónde está? —pregunta David.

—Se fue de viaje.

—¿Hoy, el día que entierran a su amiga?

—Decidió marcharse un tiempo para desconectar de todo.

—¿Así sin más? Cuando estuvimos en la cafetería frente al piso de Helena, se despidió diciendo que nos veríamos hoy aquí.

—Porque lo decidió cuando estabais allí.

—¿Y pasó del curro? —interviene Jordi.

—Dudo que su jefe se atreva a despedirla —dice Adara con la boca pequeña mientras desvía la vista hacia el suelo y se atusa los rizos rojos.

David analiza la actitud incongruente de Dolors y las respuestas comedidas de Adara. La clave se encuentra en el hombre que entró en la cafetería besuqueando a la mujer del ramo de tulipanes rojos el día que ocurrió el accidente mortal de Helena. El hombre misterioso con el que Dolors conversó en silencio durante los instantes que sus miradas se cruzaron. Su jefe.

—Se cansó de ser la amante eterna —dice.

—¿Lo sabías? —le pregunta Adara incrédula.

—Digamos que soy medio adivino. ¿Cómo se encuentra?

—Solo he hablado con ella por mensajes. Está hecha polvo, pero con una voluntad férrea de seguir adelante y no mirar atrás. Dolors es pura sensibilidad, pero también es muy fuerte. Estoy convencida de que lo superará en un par de semanas. Con su novio anterior estuvo a punto de casarse y lo olvidó como si nada. Cuando dice «basta», se acabó. Es de las que aguantan y aguantan y dan mil oportunidades, pero cuando se marcha, es para no volver más. Si te saca de su vida, ya no vuelves a entrar. Me mandó un guasap hace un rato. Acababa de aterrizar en Praga. Pasará allí unos días y luego volará hasta Italia

para visitar a una prima, que se casó con un italiano, y lleva años invitándola.

—Bueno, me tengo que ir ya —dice Samuel tras consultar la hora—. Mi vuelo sale en un rato.

—¿Tú también te vas de viaje? —le pregunta David.

—Por trabajo. Me reclaman en la central de Bilbao. Me sacan del teletrabajo para ponerme a patear las calles. Estaré fuera un par de días.

Confío en que protegeréis a Eva, la dejo en vuestras manos.

—¡Qué ratas! ¿No te dieron días libres por la boda? —le pregunta Jordi.

—Me llamaron para preguntarme si podía reincorporarme antes por temas de reestructuración de la plantilla y accedí, o mantengo la mente ocupada o me vuelvo loco. No soporto estar el día entero frente a la cama de Eva sin poder hacer nada por ella.

Tras pedirle a Adara que lo avise a cualquier hora si hay algún cambio en el estado de su prometida, se despide de ellos y se apresura calle abajo.

Eduard los sigue observando desde la acera de enfrente; se ajusta su gorra negra, introduce las manos en los bolsillos de su chaqueta de camuflaje verde y se marcha en la misma dirección que Samuel.

—¿Podemos irnos ya a desayunar? —pregunta Jordi camino de sus vehículos—. Me muero de hambre.

—Vete tú. Nos vemos luego en la comisaría.

—¿Adónde vas?

—Al hospital.

—¿A qué?

—A comprarme unos zapatos nuevos. ¿A qué va a ser? Voy a visitar a Eva.

—Samuel acaba de decir que sigue en coma. ¿A qué coño vas?

—¿Estás sordo?

El subinspector lo mira con los ojos entornados y el ceño fruncido.

—Sabes que no eres el culpable de que esté en coma, ¿verdad?

—Pues claro. Voy a verla porque me da la gana.

Sabe que no es culpable de que Eva yazca en una cama de hospital desde su visita, como también sabe que no es culpable de la agresión al forense, que se quedó en la morgue hasta las cuatro de la mañana porque le prometió un almuerzo en su restaurante favorito si se apresuraba con la autopsia de Helena. También sabe que no es culpable de no haber ido a recoger a Cati para su cita el día que el Sicario de Satán la mató. No es culpa suya. Se lo repite cientos de veces cada hora. Lo sabe, pero lo destroza igualmente.

Tras su visita al hospital decide pasar por su casa antes de volver a la comisaría. Necesita una buena ducha fría. Nota la culpabilidad apelmazada en la piel. Desde lo lejos distingue un objeto plano, blanco y alargado sobre el felpudo. Lo identifica cuando se encuentra a unos metros de distancia.

Un periódico.

Le echa un vistazo. Es de hoy y está abierto por la página de Sucesos.

Debajo de un accidente mortal, ocurrido durante la madrugada y en el que se vio involucrado un solo vehículo, que acabó calcinado, aparece el artículo sobre el robo con agresión del que fue víctima el forense.

«¿Qué cojones significa esto?».

Se oyen las bisagras rechinantes de la puerta de su vecina y se asoma su cabeza llena de rulos.

—Buenas noches, querida Petra —dice mientras se acerca a ella—. Cada día está más joven y guapa. Una noche de estas me animo y la invito a cenar.

—No digas tonterías que ya sé que te has vuelto mariquita.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se ha enterado?

—Me lo contó la Loca.

Se refiere a la vecina del primero, una anciana esquelética que ni ve ni oye a más de medio metro de distancia y a la que su corta altura le impide espiar el rellano a través de la mirilla.

«¡Será mentirosa!».

—¿No habrá visto, por casualidad, a la persona que dejó el periódico en mi puerta?

—No era el mariquita de la cresta y las zapatillas rosas que el otro día te estaba tocando ese culo escurrido.

«¡Puta vieja! ¿Qué culo escurrido? ¿Le he dicho yo algo de esas tetas sueltas?».

—¡¿Entonces lo vio?!

—De casualidad. Estaba limpiando la puerta y lo vi pasar por la mirilla.

—Ya —dice, reprimiendo una carcajada. «Tiene sus puntos, la vieja»—. ¿Y

cómo era?

—Llevaba una gorra negra y una chaqueta verde, de esas que usan los militares para camuflarse en la selva, como los pantalones de Rambo.

«Eduard —piensa David—. El tipo raro del cementerio».

Lilit

—¿Pero es que no hay nadie en este planeta que sepa coger una puta rotonda como Dios manda? —gruñe David mientras pega un frenazo seguido de tres bocinazos.

—Todo el mundo sabe que tiene preferencia el que tenga más huevos y le importe menos su coche y su vida —bromea Jordi desde el altavoz.

—No estoy para gilipolleces. ¿Qué quieres?

—El dueño del periódico para el que trabajaba Adolf está de vacaciones y no hay manera de que el inepto de su secretario me dé su teléfono o le pase mi mensaje para que me llame. ¿Qué te parece?

—Que o está bien pagado o le pesan los cojones. ¿Y qué has conseguido?

—La fecha de su regreso a España: en unas semanas. Nadie sabe nada sobre el artículo de Adolf. Parece ser que mantenía su contenido en secreto. ¿Y

tú? Habías quedado con su madre, ¿no?

—Voy de camino. Por cierto, ¿has averiguado quién cojones es Eduard?

—Todavía no. Con el nombre solo va a estar complicado.

—Me importa una mierda. Llama a Samuel o Adara. Quizá sepan sus apellidos o puedan darte algún dato que nos permita llegar hasta él.

—Ya los llamé y no me cogen el teléfono. Estás convencido de que Eduard agredió al forense.

—Si no fue él, sabe quién lo hizo. ¿Qué otro motivo se te ocurre para que me dejara el periódico en mi casa? Tengo que colgar, ya llegué.

—Yo también te deseo que tengas un buen día, guapo —le dice Jordi al pitido intermitente que se oye al otro lado de la línea.

«Qué mal despertar tiene este hombre. Como trate a la madre de Adolf con la misma delicadeza que a mí, lo echa de su casa a patadas».

David aparca en un hueco que una furgoneta desocupa en el paseo de Gràcia, después de «mandar a la mierda» tres veces al conductor que le recriminó con un bocinazo que no señalizara la maniobra. Atraviesa la plaza de Cataluña, deja atrás los treinta y dos balcones que configuran la fachada ondulada de la Casa Milà y tuerce a la izquierda en una de las

bocacalles. La madre de Adolf vive en un edificio con las paredes grises y las ventanas estrechas.

Una señora, bajita y menuda, de facciones marcadas y con el cabello, largo y castaño, recogido en una coleta de caballo. David estudia su semblante.

Una vida de amargura cuartea su rostro y una tristeza insondable inunda su mirada. Viste unos pantalones y un jersey negros y calza unas zapatillas viejas de andar por casa. Todo en esa mujer desprende pesadumbre.

Lo conduce hasta el salón, espacioso pero asfixiante. Una gama de muebles oscuros y arcaicos se reparten por la estancia sin ton ni son, como si los hubieran amontonado allí a la espera de una mudanza. Le ofrece una taza de café y se sientan en dos sillones grises encajonados entre el mobiliario.

La mujer se deshace en lágrimas mientras le habla de su único hijo. Su marido se desentendió de ellos dos meses antes del parto y ella sacó adelante a Adolf sola, con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos.

Le cuenta que su hijo era un buen muchacho y que su vida se torció durante la época de la facultad. Se juntó con malas compañías y el muchacho alegre se volvió negro. Negro en su vestimenta, negro en la mirada y negro en el corazón. Conoció a un grupo de satanistas y se radicalizó.

Después empezó a trabajar en la editorial y su fanatismo se potenció. Se empecinó en publicar sobre las sectas satánicas y movió cielo y tierra hasta que sus jefes le dieron carta blanca. Y el artículo que lo impulsaría hasta la cima de su carrera fue sustituido por su esquela.

—Adolf murió y el artículo no se publicó.

—¿Y sabes si tu hijo guardaba una copia de ese artículo aquí?

—Se lo llevó todo un compañero de trabajo que vino a buscar el

material relacionado con ese maldito artículo. Me aseguró que lo iban a publicar y que mi hijo sería recordado después de su muerte, y todavía estoy esperando.

—¿Te acuerdas del nombre de ese compañero?

—No —dice sacudiendo la cabeza—. Han pasado meses y esos días estaba medicada y no me enteraba de nada. Solo recuerdo que era alto y moreno y que llevaba una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde.

El inspector se revuelve en el sillón. La figura misteriosa de Eduard reaparece por tercera vez en menos de cuarenta y ocho horas. El tipo raro que se presentó en el entierro de Helena y que le dejó el periódico en la puerta de su casa trabaja en la editorial.

—¿Te habló tu hijo sobre la secta o sus miembros?

—No, por Dios, ¿cómo se le ocurre? —dice la mujer a la vez que se persigna—. En esta casa no se blasfema. Respetaba la vida privada de Adolf para evitar que cogiera la puerta y no volviera más, pero bajo mi techo está prohibido hablar mal de Dios.

—¿Y solía traer a amigos? ¿Conocías a sus amistades?

—Antes sí, hasta que entró en esa maldita secta. Solo traía a sus novias de vez en cuando y solía hacerlo cuando yo estaba fuera. No me gustaba que metiera en casa a esas muchachas con pintas raras que le duraban un par de semanas.

—¿Me permites echarle un vistazo a su habitación?

—Sí, claro —dice la mujer mientras se levanta.

Atraviesan un pequeño pasillo con las paredes atiborradas de marcos polvorientos que exhiben imágenes religiosas y del rey emérito. La mujer le señala la estancia situada al fondo. David se estremece cuando cruza la puerta. Todo es negro. Una negrura espesa rasgada por cruces, pentagramas, estrellas y planetas pintados en rojo en las paredes y en el suelo. El aire también es negro. Huele a oscuridad.

No hay ordenador ni torre ni disco duro en los cajones y ninguno de los papeles dispersos sobre el escritorio alude a una secta. No encuentra nada relacionado con el artículo que Adolf estaba en ciernes de publicar antes de morir.

Abre el armario. Más negro. Las hojas están forradas de fotografías de cementerios y paisajes tétricos. Una capta su atención.

Una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde.

Eduard abrazado a Adolf y a una muchacha morena.

—¿Te suena que este fuera el compañero que vino a recoger el material sobre el artículo de tu hijo?

La mujer observa la imagen.

—Puede ser —dice mientras se rasca la sien—. Va vestido igual.

—¿Quién es ella?

—La nueva amiguita de Adolf. Solo la vi una vez y unos cinco minutos, los suficientes para darme cuenta de que era otra loca del diablo.

David contempla a la muchacha de rizos negros. Le resulta familiar. Ha examinado antes esas líneas de expresión, esos labios finos y esa cicatriz en la barbilla. Y cae en la cuenta. Es ella.

La última víctima del Sicario de Satán.

—¿Sabes su nombre?

—Lilit.

Adolf y Lilit estaban juntos.

El hombre

Una mano lo zarandea por el hombro. Oye el despertar del gallo mientras entreabre los ojos.

—Levanta. Ya es la hora.

La misión. Dos veces al día, al alba y al atardecer. Todos los días de la semana.

Sigue a su madre hasta la cocina y se sienta en la mesa, frente a un plato de huevos revueltos acompañado de unas tostadas y un vaso de naranjada. Su madre lleva puesta su bata negra encima del camisón. Tiene el cabello suelto y alborotado y un entusiasmo perverso centellea en sus ojos verdosos.

—Cómetelo todo para que tengas fuerzas. Después podrás volver a la cama un rato —dice mientras le da unas palmaditas en la espalda.

Devora el desayuno y se apresura hasta el sótano. Ella ya está allí. Desnuda, lista para él.

Quince minutos más tarde sube las escaleras abrochándose el pantalón del pijama. Su madre lo está esperando en el salón.

—Buen trabajo, hijo. Verás que pronto tendrás un sucesor. Después no tendrás que follártela más.

«Follársela». Evocaba más que el simple placer carnal. Enredaban sus cuerpos, fundían sus pieles y fusionaban sus almas. Se había enamorado de ella, de ese terror paralizante que lo asaltó y que también vio reflejado en sus ojos cuando la desvirgó. La primera vez para los dos y a la misma edad: dieciocho años. Se había prendado de su mirada temerosa, de sus labios finos, de su cuerpo tembloroso y esa piel de seda. Él no se la follaba; él le hacía el amor.

Tres meses duró la misión. Nueve meses después nació su sucesor.

La Bestia.

Un día agridulce. El gran día, el día que ganó un hijo y perdió a su gran amor. El día de la separación. Sabía desde el principio que se acostaban únicamente para cumplir con la misión, un estigma que no ha logrado

arrancar de su corazón. Sigue enamorado de ella, u obsesionado, qué más da. El caso es que la quiere para él y se niega a resignarse durante más tiempo. La ha dejado tranquila todos estos años para atender la misión, se ha sacrificado para formarse y ocupar su lugar en el mundo, pero tras la celebración del rito supremo, la hará suya de nuevo. Advertida está.

«Te amo, mi pequeña Babilonia».

Se despierta empapado de sudor e impotencia acumulada. Retira el edredón y abandona la cama de un salto. Se endosa el chubasquero y se dirige al cobertizo entre azotes de lluvia y empujones de viento. Empuña una catana y se introduce en el gallinero. Los animales huyen asustados. Plumas y cabezas vuelan por los aires. Cuerpos letárgicos caen al suelo. Cacareos entre carcajadas, carcajadas entre cacareos. Terror y placer. Aturdimiento y excitación. Sangre agonizante y saliva rabiosa. Espasmos de muerte entre inyecciones de vida.

Y después, el silencio. Un silencio mortal.

22

El día seis

—No va a venir —dice Jordi cuando las últimas sombras de la noche se esparcen bajo el nuevo día.

Fin del plazo. El día seis ha expirado y la figura del Sicario de Satán continúa siendo una presencia etérea.

—¿Crees que descubrió a alguno de los agentes que vigilan el hospital? —pregunta Jordi.

—Estamos hablando de agentes especiales, no de novatos en prácticas —dice David mientras se acerca a la cama donde Eva yace en coma.

«Te dije que te protegeríamos».

—¿Nos habremos equivocado de víctima?

—Estoy convencido de que la foto de Eva entre las tripas de la tal Lilit es un mensaje anunciando su muerte. Una patrulla vigilará su habitación mientras permanezca ingresada. Luego habrá que convencerla para que acepte protección hasta que atrapemos al Sicario de Satán. Vámonos, hoy será un día largo.

—¿Podemos ir antes a desayunar? Me muero de hambre.

—Joder, Jordi, parece que tienes la solitaria dentro.

—La gente normal desayuna, ¿sabes?

—La gente normal desayuna una vez al día, no cinco.

—Por el culo te la *jinco*.

David lo mira como si tuviera enfrente a un extraterrestre y sacude la cabeza.

—La madre que me parió… Lo que hay que aguantar. ¿Por qué no me tocó un compañero normal?

—Porque te aburrirías un huevo.

—Hasta los huevos estoy de ti. ¿Por qué no te buscas un novio, a ver si así te centras y dejas de decir gilipolleces y te quitas de una puta vez esa cresta de la cabeza y esas zapatillas rosas que se ven desde

Canarias?

—Porque mi patio está fatal, pero también el tuyo. El lema es «follar por follar», y como que paso.

—Creía que los *gays* erais bastante promiscuos. Tú eres un guarro.

—Y tú eres un soplapollas y estarías más guapo con el pico cerrado que, según la cotilla de tu vecina, despachas a las mujeres de cuatro en cuatro.

¡Putero!

—¡Puta vieja!

Se encuentran con el prometido de Eva en las escaleras.

—¿Y? —les pregunta Samuel.

—Y nada —contesta Jordi—. No vino.

—¿Y ahora?

—Tranquilo, Eva está a salvo. Una patrulla la mantendrá vigilada —le asegura David.

—¿Hasta cuándo?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Y esa pareja estará con ella las veinticuatro horas del día?

—No le quitarán el ojo de encima, Samuel. A Eva no le ocurrirá nada.

—¿Me lo prometes?

Jordi ladea la cabeza y extiende los brazos.

—¿Estás sordo? El inspector te acaba de decir que una patrulla la mantendrá vigilada todo el tiempo.

—¿Y tenéis alguna pista sobre la identidad del asesino?

—Eso es información reservada, guapo.

—¿Y no me podéis adelantar nada? Mi jefe me dejó venir porque le dije que Eva podría ser la siguiente víctima del Sicario de Satán.

—¿Por qué le dijiste que el Sicario de Satán volvió? —lo sermonea David—. El caso está en secreto de sumario, te lo advertí. Confié en ti para que entendieras la gravedad del asunto y no me ocultaras ninguna información sobre Eva, y me has vendido a las primeras de cambio. ¿Sabes que vosotros, los periodistas, solo entorpecéis nuestro trabajo? Vuestra ambición prevalece sobre cualquier código de valores y de principios, incluso por encima del amor que se supone que sientes por la mujer con la que vas a casarte y que has puesto en el punto de mira. No tenéis escrúpulos. Os pasáis los sentimientos de las personas por el forro de los cojones, y no todo vale en esta vida.

—No lo hago por ambición. Es mi única oportunidad para estar cerca de Eva. No quiero volver a Bilbao. Necesito estar aquí con ella y mi jefe solo

me dejará quedarme si le ofrezco información.

—Tenemos un sospechoso. Eso es lo que podemos decirte de momento —dice David tras un silencio tenso.

—¿Quién?

—¿Te crees que somos tan soplapollas que te lo vamos a confiar para que nos vuelvas a dejar con el culo al aire? —dice Jordi—. Por cierto, ¿qué gomina usas? —pregunta mientras observa su cresta y palpa la suya.

Los dos hombres se vuelven hacia él con gesto contrariado. David se frota las sienes y niega con la cabeza, se despide de Samuel y reinicia la marcha hacia la salida del hospital.

—¿Por qué le dijiste que tenemos un sospechoso? —le pregunta Jordi mientras se comen unos churros en la barra de una cafetería cercana al centro hospitalario.

—Para que me dejara tranquilo.

—Los que no nos van a dejar tranquilos son los de la prensa cuando Samuel lo publique. ¿En qué coño estabas pensando?

—Metí la pata cuando le dije que el Sicario de Satán volvió y la noticia saldrá sí o sí, o la publica Samuel o lo hace su jefe, y lo que menos me apetece es que trascienda que estamos más perdidos que Wally y el Sicario de Satán se venga arriba. Si cree que tenemos un sospechoso, empezará a dudar de si cometió un error.

—Y mientras se desestabiliza y a nosotros la prensa nos vuelve locos, ¿qué hacemos?

—Prepararnos para el rapapolvo de tres pares de cojones que nos va a caer encima cuando se divulgue la noticia.

—Nunca me cuentas nada, pero para tus marrones, bien que me incluyes. El Gruñón nos va a estrujar los huevos y razón no le falta.

—No seas quejica, Jordi, o te vas a quedar para vestir santos toda la vida.

—Y yo preocupado… Si tú encuentras a quien te aguante, yo también.

—Al que tenemos que encontrar es a Eduard. Conocía a la víctima. Él nos dirá quién era Lilit y también por qué me dejó el periódico en mi casa.

Además, tiene en su poder todo el material relacionado con el artículo por el que, supuestamente, Adolf perdió la vida y también su «nueva amiguita»

Lilit. Es más que probable que sus muertes estén relacionadas. Eduard posee la respuesta a todas las preguntas. Le pregunté a Samuel y me dijo

que nunca se lo cruzó en la editorial y tampoco recuerda que comentara que trabajara allí en las ocasiones contadas que se vieron. Lo llaman «el Mudo», imagínate. Vuelve a llamar a la editorial y pídeles sus datos. Pregúntales de paso si trabajaba con ellos una tal Lilit; puede que Adolf la conociera allí.

Yo lo intentaré por otro lado. Voy a la consulta de la psicóloga que trata a Eva.

—¿Para qué?

—¿Recuerdas el entierro de Helena?

—Hombre, como para olvidarlo. Ese día frío de narices en el que me obligaste a asistir a un puñetero entierro y nos quedamos plantados en la puerta como dos soplapollas. Bonito plan. Cuando quieras, repetimos.

Siempre quise trabajar como portero, ¿sabes? Esto de ser un subinspector de homicidios condecorado es solo un pasatiempo hasta

que me acepten en alguna discoteca de turno. Ahora podré añadir a mi currículum que tengo experiencia como cancerbero de cementerio. ¡Me van a rifar! Verás que en un par de días ya tengo trabajo indefinido y me libro de tu careto y de esa cabeza calva.

—Eres un gilipollas, Jordi. Si no hubieras estado quejándote todo el tiempo, como haces siempre y como estás haciendo ahora, te acordarías de que Samuel dijo que Eduard y Eva acuden a la misma psicóloga. Me pasó su número, la llamé y tengo cita para dentro de una hora.

—Vaya, otro dato que has pasado de darme. Me encanta trabajar contigo. A esto es a lo que yo llamo «un buen equipo». ¿De qué coño vas? ¿Por qué nunca me informas de nada?

—Porque no me dio tiempo. La secretaria de la psicóloga me llamó cuando fuiste al baño para decirme que le había quedado un hueco libre en la agenda. Me tengo que ir ya. Invitas tú —dice a la par que se levanta y desaparece por la puerta de la cafetería.

—De puta madre. Maricón y apaleado. Me saldría más barato un novio, al menos se lo cobraría en carne. En un año no ha pagado ni unos puñeteros churros, el muy tacaño. Así da gusto desayunar fuera. ¿Y tú qué miras? —le increpa al cliente trajeado, sentado en la mesa contigua, que no le quita la vista de encima—. ¿También quieres que te invite a desayunar o qué?

¡Tacaño!

—Si me invitas a desayunar, te invito a cenar —dice el hombre con una sonrisa lasciva.

Jordi lo repasa de arriba abajo. Tiene cada pelo de la cabeza engominado, el rostro terso y rasurado; viste un traje azul y una camisa blanca impecables y esos zapatos de charol parecen recién comprados.

«Este es de los que tarda en arreglarse más tiempo que mis amigas», se dice Jordi.

—Lo siento, guapo. Me van los machos.

La psicóloga Puig

El inspector David Castillo se dirige a la consulta de la psicóloga Puig, ubicada en las cercanías del parque Güell. Cati lo llamaba el mundo de Hansel y Gretel. Le encantaba ese lugar; decía que la transportaba a su infancia. Cada dos o tres semanas se merendaban unos pasteles con un café entre las coloridas construcciones azulejadas de uno de los espacios ajardinados más grandes de España.

Aparca en una callejuela escarpada y recorre a pie el tramo empedrado que conduce a su destino. Los escasos minutos que dedica a escudriñar la consulta, de paredes azuladas y muebles en tonalidades claras, es el tiempo que tarda la psicóloga en atenderlo.

La doctora Puig muestra una seguridad aplastante. Impone con su presencia e intimida con la mirada. Presume de una belleza que parece inventada y de un físico espectacular. Su melena oscura le roza la cintura y las gafas de pasta negra le confieren un aire seductor.

Después de escuchar con apatía el motivo de la visita del inspector y garantizarle confidencialidad plena, la mujer le confirma que ninguno de sus pacientes se llama Eduard y lo despide.

—¿Está segura? —insiste David antes de levantarse de la silla.

—Me conozco al dedillo las vidas y los nombres y apellidos de todos mis pacientes y ninguno se llama Eduard.

—Puede que le diera un nombre falso. ¿Le suena algún paciente con una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde?

—No —dice tras unos instantes en los que finge reflexionar.

—Antes de marcharme, ¿podría confirmarme si Eva Reyes Puigdemont pertenece a una secta satánica?

—Eso es información confidencial.

—Información que le podría costar la vida a su paciente. No le estoy pidiendo que me cuente su historia, solo que me ayude a evitar que Eva se convierta en la siguiente víctima de un asesino.

—No —dice la doctora tras un silencio nervioso en el que el inspector escudriña su expresión intimidante. ¿De qué le suena esa mujer?—. No

se deje engañar por los diseños de Eva y su séquito de admiradores sectarios.

Nunca se ha sentido atraída por ese mundo. Su veneración por el diablo es simbólica, un acto de rebeldía contra Dios por haberle arrebatado la memoria y a su familia. Odia al Señor con toda su alma y sus modelos son su forma de exteriorizar el dolor que guarda dentro. Es su manera de sobrellevar el trauma.

David baja las escaleras más confuso que cuando las subió. Eva le dijo a Samuel que conoció a Eduard en la consulta de su psicóloga, que le acaba de asegurar que a Eva solo la trata ella.

¿Por qué Eva le mintió a su prometido? ¿De qué conocía a Eduard?

Recuerda que Adara dijo que Dolors había congeniado con él; puede que tenga su número de teléfono. Llama a Adara y le pide el móvil de Dolors.

Adara no ha tenido noticias de ella desde que recibió aquel mensaje informándola de que ya había llegado a Praga y que luego tenía planeado visitar a una prima en Italia.

Tal y como Adara le advirtió, le salta el buzón de voz y le deja un mensaje contándole el motivo de su llamada.

Nada más subirse en su viejo Mercedes, cae en la cuenta. Ya sabe de qué le suena la psicóloga. La vio el día que estaba sentado con Dolors y Samuel en la cafetería situada frente al piso en el que Helena acababa de perder la vida. La mujer apática, del ramo de tulipanes rojos, que entró con el jefe de Dolors. La cornuda y, en vista de la partida precipitada de Dolors, la vencedora.

—Me decía que estaba loca y que mis celos enfermizos iban a acabar con nuestro matrimonio, y mi instinto no me estaba engañando. Tenía las pruebas delante de mis narices y no las vi. Me siento tan tonta... Me siento humillada e infravalorada. Me siento herida como mujer. Y quiere que lo perdone… Lo amo con toda mi alma, pero no lo puedo perdonar. ¿Cómo se pueden olvidar las infidelidades y las mentiras? ¿Cómo se puede volver a confiar? ¿Qué clase de vida de mujer espía y psicótica me esperaría? ¿Usted qué haría?

—Mandarlo a tomar por culo.

La paciente se revuelve en el sillón.

—Lo siento —contesta la doctora Puig—. No me hagas caso, no sé en qué estaba pensando —dice mientras se quita las gafas y se frota los ojos—. ¿Te parece si no te cobro el tiempo que has estado hoy y dejamos la sesión para otro día? Acabo de enterarme de que falleció una gran amiga mía y se me ha quedado muy mal cuerpo.

Una excusa banal. La visita del inspector la ha trastocado. ¿La habrá creído? ¿Se dio cuenta de que le mintió en todas y cada una de las preguntas?

—Lo siento mucho. No pasa nada, sus problemas son más importantes que los míos, ¿no es eso? Debería aplicarse esos consejos de mierda que nos suelta y que nos cuestan un ojo de la cara —se queja la mujer mientras se levanta—. Va a volver tu puta madre —dice antes de desaparecer por la puerta.

—¿Y tú qué miras, gorda de mierda? —le increpa a voces a la secretaria camino de la salida—. Hoy no paso por caja. Esta minisesión me la regaló la sinvergüenza de tu jefa.

Se despide con un portazo al grito de «estafadoras de mierda».

—Madre mía —masculla la doctora—. ¿Quién me mandó estudiar Psicología?

Le pide a su secretaria que cancele las sesiones de ese día y después se vaya a su casa. Se excusa alegando unas migrañas de infarto. Tras reorganizar la mesa y meditar unos minutos, elimina en el móvil todas las imágenes en las que aparece con Eva y Eduard. Luego se asoma a la ventana mientras hace una llamada. Le salta el buzón de voz y deja un mensaje.

—El poli ya se fue. Todo fue bien. Me preguntó por Eva. Creo que sospecha de su relación con las sectas satánicas, pero estoy casi segura de que conseguí despistarlo —dice con la vista perdida en el bullicio de la calle.

No repara en el reflejo acerado que se difumina en el cristal y tampoco en la silueta del sujeto que se le está acercando con sigilo por la espalda.

No se percata de que está a punto de morir hasta que siente un objeto filoso rajándole la garganta.

El marido

Los agentes de la científica examinan con gafas y linternas el escenario sangriento donde la psicóloga Puig y su secretaria fueron degolladas. El cuerpo de la empleada estaba tirado en la sala de espera, detrás del escritorio, mientras que el de la doctora yacía en su despacho, junto a la ventana. Presentaban heridas de tanteo irregulares en el cuello y cortes en las palmas de las manos y en las articulaciones interfalángicas al aferrar el cuchillo en un impulso instintivo de defensa. La secretaria también mostraba varios cortes en el mentón y en la región supraesternal por ofrecer resistencia con el cuello.

A primera vista no se apreciaban rastros de tejidos ni ADN debajo de las uñas ni había señales de forcejeo. La inspección ocular apuntaba a que las habían atacado por la espalda y por sorpresa; a la secretaria, mientras guardaba unos papeles en el cajón del escritorio, que se encontraba abierto, y a la psicóloga, cuando hablaba por teléfono frente a la ventana. Su iPhone distaba unos metros de su cuerpo.

El robo quedaba descartado como el móvil del crimen. El dinero en efectivo, que las víctimas guardaban en sus carteras, seguía allí y también los ciento veinte euros que la secretaria ocultaba en el primer cajón de su mesa.

David se acerca al agente que está levantando una huella en el archivador.

—La cerradura está forzada —lo informa—. Parece que el asesino vino en busca de algún expediente. Puede que sea un paciente.

El inspector le echa un vistazo al único cajón que está abierto. Las carpetas clasificadas con la letra «E», de Eduard, están separadas del resto.

—Jefe, ya está listo —lo avisa Jordi desde la puerta.

David lo sigue hasta la sala de espera. El marido de la psicóloga está sentado en un sillón rojo, con la cabeza gacha y las mejillas empapadas de lágrimas. Fue quien encontró los cuerpos. Su esposa no llegaba, tampoco le cogía el teléfono y se preocupó.

El inspector lo estudia durante unos instantes. Viste unos vaqueros, una sudadera verde y unas deportivas blancas. Se aprecia una calvicie pronunciada que intenta disimular a base de peinarse hacia atrás los

cuatro rejos de pelo que le quedan. Un dolor amargo, teñido de consternación, empaña su rostro.

David se compadece del viudo. Él también se sintió perdido y desamparado cuando le comunicaron el asesinato de Cati. Reconoce el olor del sufrimiento. El hombre compungido que tiene enfrente amaba a su mujer a su manera, aunque le fuera infiel con su secretaria. Y ahora las había perdido a las dos. Dolors había puesto tierra de por medio y su esposa acababa de morir asesinada. Se había quedado solo.

—¿Su mujer tenía enemigos? —le pregunta.

—Que yo sepa, no, aunque si les soy sincero, no sé mucho acerca de lo que hacía. Soy un hombre ocupado; mi trabajo como *broker* me consume más horas de las que me gustaría. El tiempo que pasábamos juntos lo dedicábamos a fundirnos el dinero en restaurantes y en comercios.

—¿Le habló de algún paciente con el que tuviera algún percance reciente? —continúa David.

—No solíamos hablar de trabajo y menos de sus pacientes. Era muy estricta con el secreto profesional.

—¿Le suena alguno que se llamara Eduard?

El rostro del viudo palidece. Eduard, recuerda ese nombre. Es el tipo, de la gorra negra y la chaqueta de camuflaje verde, que había visto salir de su casa en diversas ocasiones mientras aparcaba. La misma vestimenta que estaba colgada detrás de la puerta del piso del hijo de puta con el que se estaba revolcando su esposa aquel jueves que, en vez de acudir a su partida de póker, la siguió y los espió a través del boquete abierto en la persiana de la ventana.

—Ese era su amante.

El hombre

El hombre se enfunda una túnica y una capucha negras y se dirige al cobertizo. Retira el candado y la cadena que protegen la puerta y se adentra en un santuario de tinieblas. Hileras de estatuas de divinidades egipcias se distribuyen en torno a un altar iluminado por una lámpara tibetana verde.

En el suelo destacan una estrella de seis puntas y un enorme dragón de siete cabezas, pintados con sangre animal, junto a los nombres de los ángeles negros Satariel, Uriel y Thaumiel. Decenas de espejos, decorados con tiras de colores, forran las paredes, y pentagramas de velas rojas alfombran el suelo. El techo está salpicado de símbolos zodiacales, planetas y letras del alfabeto hebreo.

Abre la jaula colocada a los pies del altar y apresa una gallina por el pescuezo. Se sitúa frente a la mesa de sacrificio con el animal en una mano y una catana en la otra, y aprieta el cogote de su presa como si se le escapara la vida entre los dedos. Los cacareos histéricos tornan en agónicos y culminan con un mutismo eterno.

Repite seis veces el mismo fragmento de *El libro de la ley,* de Alistair Crowley, conocido como el hombre más perverso del mundo y apodado la Gran Bestia 666; el padre del satanismo moderno.

Soy la llama que arde en todo corazón de hombre y en el fondo de toda estrella. Soy vida y el dador de vida. Sin embargo, por esto el conocerme es conocer la muerte.

Degüella a la gallina, la sujeta en lo alto y se llena la boca de sangre. Lanza la cabeza al suelo y desparrama sobre el altar el líquido sanguinolento que mana del cuerpo mientras recita una de las profecías apocalípticas que contiene el mencionado libro.

Surgirá otro profeta de las tinieblas. La serpiente será decapitada.

La reina será aniquilada. Otro sacrificio manchará la tumba. El cielo y el infierno se funden.

Está grabando con el bolígrafo de Satán el número 666 sobre el cadáver de un gato despellejado cuando su teléfono interrumpe el ritual.

Sabe quién es.

Ya debe haber escuchado su mensaje. Atiende la llamada de regreso a la vivienda.

—¿No crees que se te está yendo la mano? Solo tenías que robar papeles —escucha cuando descuelga.

—No podemos permitirnos ni una sola piedra en el camino. Ya falta poco para la gran noche y no pienso permitir que nadie la arruine. La psicóloga Puig formaba parte del pasado y ahora también es pasado. Mataré a quien sea, incluso a ti.

—Sé muy bien de lo que eres capaz; no hace falta que me lo recuerdes.

Espero que hayas sido cuidadoso. Como lleguen hasta nosotros, el sacrificio de todos estos años habrá sido en vano.

—Tranquila. Lo tengo todo bajo control.

Cuelga y se deja caer en el sofá. Se masajea las sienes, luego se las golpea con los puños y se tira de los pelos como si quisiera arrancarse la cabeza. Se levanta y lanza al suelo los envases de comida para llevar, los platos, los cubiertos y las latas de cerveza amontonados en la mesa de comedor. Le sigue el turno a los libros de la estantería y luego a los papeles y a los periódicos apilados sobre el escritorio. Recoge el cuchillo que estaba sobre la mesa, y que acabó en el suelo, y se ensaña con el sofá. Las puñaladas esparcen jirones de gomaespuma y retazos de rabia.

Tras romperse los nudillos contra la pared, vuelve al sofá. Se concentra en recuperar el aliento mientras contempla el manchurrón que las gotas de sangre, que le chorrean de los dedos, pintorrean sobre la moqueta beis. Ya ha descargado la furia y las emociones incendiarias se han disipado. Ahora debe concentrarse y pensar con la mente fría. Analizar, planear y ejecutar.

No puede permitirse fallar; por él, por su madre, por su hijo. Debe demostrar que merece su puesto. Es el mejor discípulo.

El Sicario de Satán.

Eduard y Lilit

El viudo de la psicóloga Puig los lleva hasta el Raval, un barrio de extramuros surgido en la Barcelona medieval. Una meca del arte urbano europeo con un pasado marcado por la pobreza, las drogas, los cabarets y la prostitución. David viaja con él, Jordi los sigue en su coche. Conducen entre callejuelas de fachadas coloridas y atraviesan las decenas de grafitis y declaraciones de amor que abarrotan la calle Joaquim Costa.

El hombre detiene el vehículo en doble fila y le señala a David la vivienda donde vive el amante de su difunta esposa. Eduard vive en el bajo de un edificio con la fachada decorada por hileras de ropa tendida en los balcones.

La ventana queda a pie de calle y la persiana está cerrada, pero, según le asegura el viudo, a través del boquete abierto en el lateral inferior se ve el interior de la casa.

El inspector le agradece su ayuda y le pide que vuelva a su domicilio. Se apea del coche y se asoma al hueco que luce en la persiana. Aprecia un pequeño salón cocina equipado con un sofá verde, una mesa auxiliar de madera enfrente, otra de comedor con sus dos sillas y un televisor colgado en la pared. Los muebles de la cocina también son verdes y no hay un solo objeto sobre la encimera y tampoco en el fregadero ni en las mesas.

No parece haber nadie.

Se enciende un cigarro mientras espera a que Jordi aparque y contempla la mezcla de comercios y restaurantes de distintas nacionalidades que conviven a lo largo de la calle. Un barrio donde la diversidad cultural se respira en cada paso. El barrio de todo y de todos. Mira hacia arriba. Las nubes lloronas que llevan ocupando el cielo durante casi todo el mes de octubre se han ido a descansar para volver por la noche con más fuerza. Ese día se pronostica tormenta.

—Qué hambre —dice Jordi olisqueando el aire como un perro de caza cuando se reúne con él—. Huele que te cagas.

—Ni lo intentes. No vamos a comer nada ahora. Cuando terminemos, nos sentamos donde quieras.

—Pues venga, que mis tripas ya llevan un rato escarbando en mi

barriga.

Luego iremos a un restaurante pakistaní, que está a un par de calles de aquí, donde te vas a chupar los dedos.

Se encaminan hacia el portal y Jordi empuja la puerta. Está cerrada.

—¿En qué piso vive?

—En ese —dice David mientras señala la ventana—. El bajo.

—¿Bajo A o bajo B?

—¿Y yo qué sé?

Jordi pulsa los dos timbres mientras David espía el interior de la vivienda a través de la cavidad de la persiana.

—¿Quién? —contesta, después de cuatro intentos, una voz femenina y adormilada.

—¿Aquí vive Eduard?

David niega con la cabeza y vuelve junto a su compañero.

—¡Tu puta madre vive aquí! —suelta la muchacha antes de colgar.

—Gracias, guapa. ¡¿Pero qué clase de gente vive en este edificio?!

—Por cómo sonaba la voz, gente que trabaja de noche y duerme de día. Yo también te habría insultado si me hubieras despertado preguntando por el vecino.

—Tú eres de lengua floja. Cualquier excusa te sirve para llamarme

«gilipollas».

—Es que eres un gilipollas —dice mientras le despeluza la cresta.

—¿Qué coño haces? ¿Sabes lo que me costó peinarme esta mañana?

—¿Y por qué no te rapas?

—¿Y tú por qué no vas a Turquía y te sometes a un injerto de pelo?

—La madre que me parió… Luego te pago la peluquería.

—No pagas unos churros, vas a pagar un corte de pelo. No te lo crees

ni tú.

—Lo que no me puedo creer es que estemos discutiendo por tus pelos. ¿A qué estás esperando? Vuelve a tocar.

—¿Cuál era el de la loca que contestó?

—Lo sabríamos si no hubieras pulsado los dos timbres a la vez.

Jordi desliza la palma de la mano por el interfono. Instantes después, la puerta se abre entre una mezcla de pitidos y voces: «¿Quién es?». «¿Sí?».

«¿Otra vez se te olvidó la llave? Un día de estos te dejo en la calle.

¡Borracho!». «¿Que quién cojones es? Como baje, te arranco la cabeza de una hostia…».

Se adentran en el portal. Puñados de folletos publicitarios desbordan los buzones y se esparcen en el suelo. Un abanico de manos de distinto grosor pintorrean las paredes. Suben los tres peldaños que conectan con la vivienda de Eduard y pulsan el timbre. Se abre una puerta en el piso superior y unos pasos descienden las escaleras.

Una señora china, vestida con una bata de flores y con la cabeza cargada de rulos y pinzas, se detiene en el rellano y los repasa de arriba abajo.

—¿Quiénes son? No *sel* vecinos.

—Buscamos a Eduard. ¿Lo conoce? —pregunta David.

—¿El *gualo* que *vivil* allí? —dice mientras señala la puerta frente a la que se encuentran.

—¿Guarro por qué? —se interesa Jordi con una sonrisa picarona.

—Porque siempre *ponel* misma chaqueta *velde* de soldado. ¿Cuándo *laval*?

Y *estal* segura que esa *gola negla sel* para que nosotros no *vel* piojos.

—Es igual de simpática que tu vecina —murmura Jordi.

—Todos tenemos un vecino cotilla y amargado.

«¡Puta vieja!», piensan los dos.

—¿Y saber si el *gualo* estar en su casa? —la parodia Jordi.

David le lanza una mirada escamada.

—¿Qué? —murmura—. Nos resultará más sencillo sacarle información si hablamos su mismo idioma. ¿No sabes chino?

—Nos conocemos, Jordi.

—¿Qué *cuchichal*? El *gualo* no *estal*. *Lleval* días sin *venil*, así que ustedes *il* o yo *llamal mossos*.

Jordi le muestra la placa.

—Tranquilícese, señora, que somos policías. Solo queremos hacerle unas preguntas a su vecino.

—¿Policías? ¿Con esos pelo y los zapatos de *malicón*? ¿Y dónde *estal unifolme*? ¿Yo *tenel* pinta de idiotas? Esa placa *vendel* mi *malido* igualita en local de esquina.

—A ver, señora, métase ya en su puta casa y déjenos hacer nuestro trabajo —interviene David, que hoy anda algo escaso de paciencia. Ya tiene bastante con la tocacojones de su vecina, como para aguantar a la de Eduard.

—Te recuerdo que me acabas de lanzar una mirada asesina por vacilarle a la vieja —dice Jordi.

—No me toques los cojones tú también. Si te parece, nos pasamos la mañana de cháchara con la china.

—Ya *sabel* yo que no *sel* policías. Los buenos policías no *hablal* así a una *poble* anciana. Ustedes *cagal* —dice mientras sube las escaleras chancleteando—. Yo *llamal mossos*. Esa sí *sel* policías de *veldá*, con placas de *veldá* y sus *polas*.. .

—A ti sí que te daba yo un par de porrazos para que dejes de meter las narices donde no te incumbe —murmura Jordi.

Al tiempo que la ven desaparecer escaleras arriba, la puerta de enfrente se abre y una muchacha despeinada, con los ojos legañosos y en pijama, se asoma desperezándose y bostezando.

—¿Qué pasa? ¿A qué se debe este griterío?

— *Metel* tu casa, esos dos *sel cholizos*. Yo *llamal mossos* y *cholizos cagal*

—grita la vieja desde lo alto de la escalera.

Jordi vuelve a sacar la placa.

—No le haga caso a esa loca; somos policías. Vuélvase a la cama. Sentimos haberla despertado.

—¿Ustedes son los que tocaron el timbre?

—Lo sentimos mucho.

—La puta madre de los putos maderos —grita la muchacha antes de dar un portazo.

—Yo también te deseo que tengas un buen día, guapa —le murmura el subinspector a la puerta que acaba de cerrarse en sus narices—. ¡¿Pero qué coño es lo que le pasa a la gente de este edificio?!

—Vámonos antes de que la vieja china llame a los *mossos* y tengamos que darles explicaciones a esos gilipollas —dice David entre risas—. Le pediremos a una patrulla que vigile la casa.

En el portal se cruzan con una señora encorvada que lleva un abrigo de lunares y un gorro florido horrorosos.

—Disculpe, ¿conoce al hombre que vive ahí? —le pregunta David mientras señala la puerta del piso de Eduard.

—¿El guarro?

—Sí, el *gualo* —le confirma Jordi.

La mujer le lanza una mirada desdeñosa y David decide interceder antes de que la posible fuente de información adopte la misma actitud ofensiva que la vieja china o se acuerde de sus madres, como la muchacha del pijama.

—Ese mismo. Disculpe a mi compañero; tiene un problema de logopedia.

—A mí me parece que el problema de su compañero es que es un gilipollas de remate —replica la mujer sin apartar la vista del subinspector, que se dispone a abrir la boca cuando percibe por el rabillo del ojo el gesto disuasivo que le hace su jefe con la cabeza.

—En eso estamos de acuerdo —dice David mientras ignora la mirada carnicera que le dispara Jordi—. Imagínese lo que tengo que aguantar

todos los días trabajando con él, pero bueno, no le quito más tiempo que seguro que tiene cosas que hacer. ¿Qué puede decirnos de su vecino?

—Nada. Son unos maleducados.

—¿Eduard vive con alguien?

—Con su novia, pero se ponen los cuernos los dos, los muy asquerosos. A ella ya la he visto con tres o cuatro muchachos distintos. Él es algo más recatado, siempre anda con la misma. Nunca saludan, ¿sabe? No se relacionan con ninguno de los vecinos y mira que somos buena gente y nos ayudamos entre nosotros. Pensé que se habían mudado porque hacía unos cuantos meses que no los veía, pero volvieron hará unas dos o tres semanas, aunque ya hace un par de días buenos que no me los cruzo.

¡Mentira! —dice mientras se frota la barbilla—. El guarro estuvo aquí el jueves, que es el día que viene la estirada de su amante y echan un polvo que aplaudimos en todo el edificio. Menuda gritona, la tía. Otra maleducada que tampoco saluda. Se ve que es rica porque viste ropa cara, pero el dinero no compra la educación ni los buenos modales, ¿sabe?

«La psicóloga Puig —piensa David—. Ya no la volverá a ver más. El espectáculo de los polvos escandalosos llegó a su fin».

—¿Cómo se llama la novia de Eduard? —le pregunta Jordi.

—Lilit.

Los dos agentes se miran pasmados. Lilit, la última víctima del Sicario de Satán, la «nueva amiguita» de Adolf, como la etiquetó la madre del difunto periodista, era novia de Eduard. Adolf se estaba acostando con la pareja de su compañero de trabajo.

El mensaje

Los dos agentes recorren la Carrer de l'Est en dirección al Adil Tandoori Restaurante, el local pakistaní donde Jordi le propuso a David que almorzaran.

—Necesito comer para poder pensar con lucidez —dice Jordi de camino—. Tengo la cabeza como un bombo. Este caso sobrepasa todas mis expectativas. Es lo más surrealista con lo que me he topado en mi vida. Hay más cuernos que en un saco de caracoles y más mentiras que en un mitin político. ¡Arriba el poliamor! Ahora resulta que Adolf era el amante de Lilit, que era la novia de Eduard, que la engañaba con su psicóloga, cuyo marido tenía una aventura con Dolors. Eva te negó que conociera a Lilit, pero le confesó a Adara que sabía quién era, y la psicóloga Puig te dijo que no conocía a Eduard, que era su amante. A ver si la clave del caso se va a encontrar en unos simples cuernos o en una orgía y nosotros sin enterarnos y sin mojar el churro. Como se hagan eco de la historia los medios colombianos, en un momento montan una telenovela de las buenas.

—Te lo resumo: tenemos dos parejas y cuatro adúlteros. Lilit engañaba a Eduard con Adolf y él la engañaba con la psicóloga Puig. El resto de los implicados no nos incumben.

—Solo concibo una infidelidad cuando representa el paso definitivo para cerrar un episodio de tu vida y empezar uno nuevo, y no la estoy justificando, solo digo que puede llegar ese momento en el que ya lo has dado todo por perdido y te dejas llevar antes de cumplir con la decisión que tu mente ya ha tomado y tu corazón ya tiene asimilada desde hace tiempo.

—El tema del adulterio me parece muy muy interesante, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los dos tenemos pareja y, por lo tanto, estamos exentos de que nos pongan los cuernos —lo corta David—. Ahora debemos centrarnos en localizar a Eduard. Es el único que puede aclarar este culebrón. Ya luego, si te apetece, te sientas con él y os ponéis a debatir sobre la moralidad de los cuernos e intercambiáis excusas y experiencias.

—Cuando te da por ponerte soplapollas, no hay quien te aguante.

—Y cuando a ti te da por filosofar, me vuelves loco de la cabeza y ya bastante desquiciado me tiene este caso.

—Bueno, se acabó el tema por un rato. Disfrutemos de la comida.

Llegamos. Te vas a chupar los dedos.

David observa los expositores que flanquean la entrada del restaurante y las pizarras, colocadas al pie de ellos, donde se exhiben los platos y los precios.

—¿¿¿Es aquí???

—No me seas finolis. El lugar no invita a entrar, pero está todo buenísimo y encima, es barato. Peores cosas te habrás comido en tu vida.

—Pues anda que tú…

—Pero yo no me estoy quejando. Vamos, soplapollas, que tengo hambre.

—¿En serio vamos a comer aquí? Pero si parece una tienda de barrio. Como me ponga malo de la barriga, te mando al archivo durante una semana entera. Advertido quedas.

—No te vendrían mal unos cuantos días de cagalera para que pierdas esa barriga de vaca —dice Jordi mientras cruza la puerta y saluda a uno de los camareros, que los conduce hasta una mesa roja situada al fondo del local.

«¿Cagalera? Cagalera te va a entrar a ti cuando veas la de cajas que hay que ordenar en el archivo, gilipollas. Barriga de vaca... Todavía se atreve a criticarme con esa mierda de cresta en la cabeza y esas zapatillas de maricón remilgado», se dice David mientras lo sigue.

—Déjame a mí —le pide Jordi cuando toman asiento—. Lo de siempre y para mí, una botella de agua del tiempo —le dice al camarero—. No hay alcohol por respeto a su religión —le aclara a David.

—Pues una botella de agua fría para mí, por favor.

—Te aseguro que cuando pruebes la comida, te dará igual que no vendan cerveza —le asegura Jordi.

—Si tú lo dices… —duda David mientras observa las sillas de piel sintética roja, con el respaldo en tela, y las decenas de fotografías que cuelgan de los paneles de madera fijados en las paredes—. ¿Cómo cojones acabaste aquí? —pregunta cuando el camarero se aleja.

—Solía venir con Carlos —responde con la voz apagada.

Se hace un silencio cargado de añoranza para Jordi y de incertidumbre para David.

—¿No lo has superado, eh? ¿Por qué vinimos si te trae recuerdos? Al pasado hay que darle la espalda.

—Lo tengo superado, pero no lo he olvidado.

—¿Y si lo tienes superado, cómo es que no has estado con nadie desde que os separasteis? ¿Cuánto hace ya, seis meses?

—Siete, el miércoles que viene. ¿Y tú cómo coño sabes que no he estado con nadie?

—Porque me envías guasaps todas las noches.

—Te escribo guasaps porque me preocupo por ti, enterado desagradecido.

Aunque nos pasemos discutiendo la mitad de la jornada, te he echado de menos estos tres meses que estuviste de baja. Y no he estado con nadie porque me cansé de los polvos programados. Carlos me daba una seguridad y una estabilidad que dudo que vuelva a encontrar.

—¿Y por qué no lo perdonas?

—Porque si no estuvo en lo malo, me sobra en lo bueno. Por mucho que lo siga queriendo y por mucho que me duela, no quiero a mi lado a una persona que me deja solo cuando más lo necesito. No puedo perdonarle que se fuera a esa puñetera cena con su hermano el día que enterré a mi padre.

¿Era más importante un compromiso que mi dolor? ¿Crees que la muerte de mi padre no era una excusa suficiente para aplazar la cena?

—Lo que creo es que deberías hablarlo con él. Ni siquiera le diste la oportunidad de explicarse. Le pusiste las maletas en la puerta cuando se fue a cenar y lo bloqueaste en el móvil y en las redes sociales. Lo sacaste de tu vida de una patada.

—Él ya me conocía y sabía que soy impulsivo. Hay hechos que no necesitan explicación, gestos que no requieren de palabras. Que sí, que yo sé que las personas se mueren y es ley de vida y todo eso, pero coño, era mi padre y ya no lo volvería a ver más…

Hace una pausa para enjugarse las lágrimas con una servilleta. Lágrimas de decepción y pérdida.

—Mientras él se estaba arreglando y perfumando para salir a cenar con su hermano, yo estaba tirado en la cama llorando. Y se fue, me dejó allí, solo con mi dolor y con esa sensación de vacío e impotencia que me desgarraba por dentro. Lo único que necesitaba en esos momentos era un abrazo y no estuvo allí para dármelo. Un simple abrazo, David —dice meneando la cabeza—. No tenemos nada que hablar. Lloraré lo que tenga que llorar, pero no vuelvo con él. Dicen que el amor puede con todo, pero no es cierto. Si no existe reciprocidad, una de las partes acabará sufriendo, y la vida no está hecha para sufrir porque sí. A veces hay que congelar el corazón y pensar con la mente fría. Sé lo que quiero para mí y no es eso, y no pienso

conformarme con menos de lo que ofrezco. Y si me tengo que quedar solo, pues me quedo, pero no viviré en una relación a medias. Lo doy todo y lo quiero todo. Lo tengo clarísimo: o todo o nada.

David lo mira encandilado.

—Ojalá fuera como tú. No te soporto la mayor parte del tiempo, pero admiro tu resiliencia, esa ligereza que tienes para reinventarte y levantarte cada vez que tropiezas. No te asusta caer, te lanzas de cabeza por tus sueños y desafías la vida y sus reglas. Envidio esa valentía que tienes para mandarlo todo a la mierda sin importarte las consecuencias porque antepones tu bienestar y tus deseos. A mí me aterroriza la soledad y tú vas de la mano de ella con un entusiasmo que ojalá yo tuviera. Lleno mi cama de mujeres para no sentirme solo y la mayoría de las veces tengo la sensación de que estoy consiguiendo justo lo contrario y que ese vacío inmenso que dejó Cati se agranda cada vez más porque ninguna lo llena.

—Espero que no te estés enamorando de mí…

—Eres un gilipollas, Jordi. No se puede hablar en serio contigo.

El camarero reaparece con dos bandejas y deposita sobre la mesa varios platos y dos botellas de agua. El típico *naan* (pan) con queso, un par de samosas (empanadas) rellenas de un mixto de verduras y el especial *biryani*, compuesto de gambas, pollo, ternera y kebab.

—Te vas a chupar los dedos —dice Jordi mientras observa la comida y se relame.

David aspira el aroma a especias y picante y se frota la barriga.

—Si saben igual que huelen, te tendré que felicitar por la elección del lugar.

Su móvil emite un pitido. Es un mensaje de Dolors.

¡Hola! Disculpa la tardanza, pero estoy bastante desconectada del teléfono. En cuanto a Eduard, lo único que te puedo decir es que es un psicópata de manual. Adara lo caló desde un principio, pero a Helena y a mí nos costó un poco más. Mantenlo alejado de Eva. Es un tipo peligroso. Un abrazo enorme desde Praga.

«¿Por qué lo considera peligroso?».

Marca el número de Dolors. Apagado.

28

El expediente

David entreabre los ojos y se incorpora con calma. Una lluvia de latigazos le azota cada vértebra de la espalda. Otra vez se quedó dormido en el sofá. Desde el regreso del Sicario de Satán no ha conseguido descansar más de tres horas seguidas y se va durmiendo por los rincones. La claridad del día atraviesa la persiana y se posa sobre su rostro. Consulta la hora en el móvil. Las once. Tiene seis llamadas perdidas de Jordi y otras tantas del prometido de Eva. Los telefoneará de camino a la comisaría.

Se levanta y se dirige a la cocina por una taza de café al que añade tres cucharadas de azúcar. Se lo toma en la mecedora colorida de la terraza, con la vista perdida en Barcelona y la mente vagando en los últimos acontecimientos. El asesino de Cati está a la vuelta de la esquina y a cada paso que dan, el caso se complica. Un elenco de personajes y un vínculo en común: Eduard.

Se lava los dientes con el cepillo rosa de Cati y abandona su domicilio.

Cuando pasa frente al piso de su vecina, la puerta se abre como por arte de magia.

—¿Ya te enfadaste también con tu amigo el mariquita? No ha venido más.

El inspector se detiene y se vuelve hacia ella.

—Buenos días, Petra. Encontré otro mejor. No me diga que no lo vio anoche entrar en mi casa.

—¿Anoche? ¿A qué hora? —pregunta la vieja con la frente arrugada.

—A las nueve. ¿En serio que no lo vio? Vaya, es una pena. Le habría dado el visto bueno; estoy seguro —dice David antes de darse la vuelta y seguir su camino escaleras abajo.

—A las nueve no vino nadie, mentiroso —grita la vecina al rato—. ¿Quién será tu siguiente ligue? ¿Una cabra?

—Puta vieja —masculla antes de salir del portal.

Un aliento gélido le golpea el rostro. Cierra la cremallera de su cazadora e introduce las manos en los bolsillos. Camina cabizbajo

hasta su viejo

Mercedes, aparcado a escasos metros del edificio. Se dispone a abrir la puerta cuando repara en la abolladura que deforma el parachoques.

«¡Mierda! Eso me pasa por gilipollas. Tengo un *parking* donde guardarlo y por no buscar el mando porque es tarde y estoy cansado, voy y lo dejo fuera. Pues ahí tienes el resultado de tu pasotismo. Lo que yo digo:

¡gilipollas!».

El Sicario de Satán sonríe desde lo lejos mientras observa al inspector, cabeceando y gesticulando con los brazos, frente al abollón con el que lo obsequió nada más empezar el día.

En cuanto David se sienta al volante y enciende el motor, lo llama el prometido de Eva.

—¿Es cierto que mataron a la psicóloga Puig?

—Buenos días, Samuel.

—Buenos días, disculpa que haya sido tan brusco, pero es que todavía estoy impactado por la noticia.

—La asesinaron ayer y también a su secretaria. ¿Cómo lo sabes?

—Las malas noticias corren como la pólvora y no te olvides de que soy periodista y tenemos amigos hasta en el infierno.

«La misma historia de siempre y por los siglos de los siglos de todos los siglos. Filtraciones, extorsión, corrupción y luego seguimos con la prevaricación, el tráfico de influencias, el cohecho y blablablá. La mierda salpica a todos los cuerpos. Amén por todos esos hijos de puta», piensa David.

—¿Estás ahí? —pregunta Samuel.

—Sigo aquí, pero no entiendo por qué me llamas. Ya te has enterado de la noticia y yo no puedo darte ningún detalle sobre el caso.

—No te estoy preguntando como periodista, sino como el prometido de Eva, quien, según tú, está entre las posibles víctimas del Sicario de Satán.

Me preocupa que asesinaran a su psicóloga. Solo quiero saber si

sospecháis que los dos casos estén relacionados. Lo único que necesito es un sí o un no. Te lo suplico. Como ves, todavía no he publicado el artículo sobre el Sicario de Satán y te aseguro que me está costando lo más grande buscar excusas y no ceder a las presiones de mi jefe. Me estoy jugando mi puesto de trabajo.

—El *modus operandi* no coincide. El objetivo del asesino era uno o quizá varios de los informes psicológicos de los pacientes, no estoy seguro, todavía no hemos identificado los expedientes que faltan.

—¿Creéis que el asesino es un paciente?

—Eso parece, pero no puedo asegurarte nada hasta que analicemos los resultados de las pruebas.

—¿Y sospecháis de alguien?

—¿Qué parte no has entendido? Todavía no sabemos nada. Estoy de camino a la comisaría para ponerme con el caso. Te tengo que dejar.

—Vale, pero mantenme informado.

—Que tengas un buen día, Samuel.

Veinte minutos después cruza la puerta de la comisaría y enfila el pasillo en dirección a la sala de reuniones. Jordi está hojeando unos papeles mientras mordisquea un churro. Cuatro vasos de café vacíos se dispersan entre los informes del caso.

—¿Dónde estabas? —le pregunta el subinspector en cuanto lo ve entrar.

—Me quedé dormido.

—No hace falta que lo jures —dice su compañero mientras observa los surcos redondos que el cojín dejó impresos en la mejilla del inspector—. Elegiste un buen día para que se te pegaran las sábanas. El Gruñón se acaba de ir. El rapapolvo me cayó solo a mí.

—¿Rapapolvo por qué?

—Porque todavía no hemos atrapado al Sicario de Satán y tiene intención de jubilarse en breve, gracias a Dios, pero quiere hacerlo a lo grande. ¿Lo pillas? Cuanto antes cerremos el caso, antes lo perderemos de vista para siempre. Tenemos que ponernos las pilas; no veo la hora de quitarme de encima a ese viejo tocahuevos. Por cierto,

preguntó por ti y le dije que estabas interrogando a los pacientes de la psicóloga.

—¿No se te ocurrió otra excusa ¿Y si me pregunta, qué le digo?

—¿Y a mí qué me cuentas? No haberte quedado dormido. Encima que me comí solo el marrón y que te cubro ese culo esmirriado, ¿te molestas? Y

luego el quejica soy yo…

—Un gilipollas es lo que eres. Esta te la guardo, que lo sepas. ¿Qué tenemos? ¿Alguna novedad? —pregunta mientras toma asiento.

—No conseguimos recuperar la información del disco duro de los ordenadores y tampoco pudimos identificar las huellas, pero el viudo de la psicóloga nos facilitó el PIN del móvil de su esposa y sabemos que su última llamada fue a un tal Eduard después de tu visita. Estamos tramitando la orden para acceder a la información del titular de la línea.

—La psicóloga llamó a su amante para advertirlo de que estuve preguntando por él. ¿Crees que Eduard las mató para que no pudieran identificarlo?

—Es más que probable. Me llamaron los muchachos hace un rato para informarme de que las cámaras de seguridad de un comercio cercano a la consulta registraron a un tipo, con una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde, entrando y saliendo del edificio a la hora aproximada de los crímenes.

—¡Bingo!

—Hay algo más. En las imágenes se observa que lleva una carpeta en la mano que no tenía cuando entró.

—El informe que se llevó de la consulta.

—Los muchachos no consiguieron descifrar los apellidos porque los ocultan los dedos, pero identificaron el nombre.

—Sorpréndeme.

—Eduard.

El hombre

El hombre conduce por la C-16 hasta Manresa y luego se incorpora a la C-55 en dirección a la localidad de Solona. Se dirige a Cardona, el pueblo donde creció, el último bastión de la resistencia catalana en la Guerra de Sucesión española. Vivió allí hasta los diecinueve años, cuando nació su sucesor. Pasó los primeros meses junto a su hijo y luego lo dejó al cuidado de su madre para trasladarse a Barcelona y continuar con la misión.

Compaginaba el adiestramiento satánico con los estudios. En seis años había obtenido dos diplomaturas y se conocía al dedillo *El libro de la ley,* de su venerado Alistair Crowley.

Conforme avanza en el paisaje, los recuerdos le golpean el alma. Reliquias de un pasado agridulce, impregnadas de una nostalgia amarga. Allí fue feliz y desdichado. Allí conoció el amor y el odio. Allí pisoteó el cielo y aplaudió al inframundo. Allí demonizó a Dios y santificó al diablo. Allí nació y allí murió para reencarnarse en el sicario de Satán.

Entre harapos de niebla se perfila el castillo de Cardona y su torre de Minyona, que cuenta con una leyenda negra a sus espaldas. Durante la época de guerras contra los moros, el castillo lo ocupaba la familia cristiana del vizconde del pueblo, que encerró en la torre a su hija Adalés cuando se enteró de que se estaba viendo a escondidas con el príncipe musulmán Abdalá, al que le declaró la guerra al momento. Se dice que la muchacha murió en la torre de amor y pena y que su presencia y sus lamentos recorren la habitación 712 del parador de turismo en el que se convirtió la fortaleza.

El hombre se había alojado allí en numerosas ocasiones atraído por la leyenda, pero Adalés ni se dejó ver ni sentir en ninguna de ellas. Parece que el diablo era el único espíritu con el que estaba condenado a entenderse.

Deja el coche a los pies de la colina sobre la que se erige al castillo y se sienta bajo un árbol, como hacía de pequeño para leer sobre el infierno, pero esta vez, los papeles que sujeta en la mano se refieren a un paciente. El informe que robó en la consulta de la psicóloga Puig.

Eduard… Treinta y ocho años de edad… Natural de Barcelona…

Informático *freelance*… Soltero… Pérdida de la madre por un ictus…

Estricta disciplina paternal en la infancia… Personalidad narcisista con tendencia manipuladora… Anestesia afectiva: falta de empatía…

Emocionalmente dependiente de la situación… Rasgos obsesivos y compulsivos… Sentimientos de soledad y desconfianza… Problemas de identidad… Intolerancia a la frustración… Conducta antisocial…

Extrae un mechero del bolsillo de su chaqueta y le prende fuego. Las cenizas se pierden en el aire. Vuelve al coche y conduce en dirección a su antiguo hogar, donde se crio y donde su madre crio años más tarde al nieto que le dio.

Un escenario inalterado en el tiempo que le alborota los recuerdos. El mismo camino pedregoso, el mismo aroma a tierra, los mismos sonidos propios de la naturaleza, el mismo frío que picotea los huesos, un sentimiento de libertad infinita y esa sensación apacible que se desvanece de un plumazo cuando observa la fachada ennegrecida y el techo desnudo del que fue su hogar. Tejas en añicos se dispersan por el suelo, la humedad parchea las paredes, y la madera de las ventanas y de la puerta se levanta en escamas.

Siente una opresión en el pecho, un nudo en la garganta que le presiona los ojos hasta hacerlos estallar en lágrimas. La de veces que había acechado a su hijo entre los árboles mientras correteaba por el jardín. ¿Dónde están las risas? ¿Dónde está la alegría? Todo ha quedado reducido a rastrojos y desolación. Se respira abandono, se respira tristeza, se respiran ausencias.

El juego de llaves que escondió en su momento debajo de una piedra, junto a la ventana de la cocina, sigue ahí, cubierto del mismo polvo que lo recibe en cuanto abre la puerta. El polvo del olvido, un vacío abismal, una soledad impuesta. Es incapaz de pasar del vestíbulo, como si unas manos de roca le sujetaran con fuerza los pies contra el suelo, como si una presencia fantasmal quisiera evitarle el mal trago de adentrarse en las tinieblas de los recuerdos.

Cierra la puerta y se dirige al cobertizo, su antigua sala de juegos y luego la de su hijo, donde su madre los aleccionó. Se le cae el alma a los pies cuando cruza el umbral. El suelo negro con el pentáculo rojo desdibujado, las paredes salpicadas de estrellas, cruces y planetas disformes, y el altar tallado con los preceptos que tantas veces había recitado.

No hay más dios que yo. No hay más diablo que yo.

Blasfemo de los dioses, reniego de los mortales. Soy fuego y el fuego arde.

¡Maldigo a todos los dioses! ¡Maldigo a los humanos! ¡Maldigo el mundo!

Solo yo existo. Adoradme o morid.

De la pared opuesta cuelga la imagen gigantesca de su hijo. La Bestia.

Tenía quince años en ese entonces. Posa sonriente con la cabeza de una gallina en una mano y una catana en la otra. Se arrodilla frente al cuadro, con los ojos cargados de lamentos, y se deshace en lágrimas.

«Lo siento muchísimo, hijo mío. Siento haberte dejado con la abuela, pero lo hice por tu bien. Debía protegerte. Nadie puede sospechar que tengo un hijo. Eres mi sucesor. Pronto acabará todo y conocerás a tu madre.

Estaremos juntos los tres, como la familia que nunca fuimos. Tú, la pequeña Babilonia y yo».

Eduard

—Eduard y Lilit vivían de alquiler, pero tenían un contrato verbal con la propietaria. Le anticiparon en efectivo los gastos de un año y les entregó las llaves sin hacer preguntas. Solo sabe sus nombres y que nunca le dieron quejas de nada —dice Jordi.

—¿Y cuándo te dirán algo los de la editorial? —pregunta David.

—Cuando les salga de la polla. ¡Valientes ineptos! ¿Tanto les cuesta teclear en la puñetera base de datos de empleados los dos nombres para comprobar si Eduard y Lilit trabajaban allí? Que si la torre central se quemó en el incendio de la editorial, que si necesitan también los apellidos, que si los datos de la nube están protegidos por una contraseña que solo conoce el dueño, del que pasan de darme el número y al que pasan de darle mi mensaje, que si es necesaria una orden judicial… ¡Una mierda es lo que es necesario! Tienen suerte de que la sede esté en Bilbao, si no, me planto allí y los inflo a hostias. Dicen que los vascos son brutos, pero no tienen ni puñetera idea de cómo nos las gastamos los catalanes. ¡A hostia limpia me presentaba allí!

—Joder, Jordi, no te reconozco. En serio, búscate un novio o lo que se sea, pero necesitas follar para que te relajes.

—Según tu vecina, tú te las follas de cuatro en cuatro y sigues con el mismo carácter de mierda. ¡Putero!

—¡¿Pero qué te pasa hoy?!

—¡Hombre! Menos mal que dejas de mirarte los huevos y te dignas a preguntarme qué me pasa.

—¿Qué te he hecho ahora? —pregunta el inspector con los brazos extendidos, los hombros encogidos y cara de no estarse enterando de nada.

—¡¿Que qué has hecho?! Te has olvidado de que hoy es mi cumpleaños.

¡Eso es lo que has hecho!

—¿Y por eso me montas este número de novia desquiciada? Me cago en la madre que me parió… ¿Por qué no me tocó un compañero

normal?

—¿A ti te parece normal olvidarte del cumpleaños de tu mejor amigo?

Se hace el silencio durante unos instantes, un silencio saturado de decepción. Decepción por ambas partes, de David por haber olvidado el cumpleaños de Jordi y de este por el despiste de su mejor amigo.

—Lo siento mucho, Jordi. No pensé que para ti significara tanto. Siempre he sido muy olvidadizo para las fechas y el regreso del Sicario de Satán me trae de cabeza. Hoy te invito a comer y, de paso, nos damos un salto al súper y te compro un bote de gomina para la cresta y una caja de condones.

Jordi se esfuerza por mantener la compostura, pero la carcajada que intenta ahogar en la garganta sale disparada y llena la estancia.

—No sé cómo te aguanto… Después no me vengas con que tienes prisa y me endilgues la cuenta, que siempre haces lo mismo.

—Te invitaré a comer toda la semana si te callas ya y nos ponemos a trabajar.

—Te tomo la palabra —dice al tiempo que extiende la mano para cerrar el pacto.

—Por cierto, feliz cumpleaños, pureta.

—Pureta tu puta madre, soplapollas —refunfuña mientras se funden en un abrazo.

—Bueno, pues ya podemos seguir —dice David cuando se separan.

—Las patrullas me aseguraron que Eduard no ha vuelto a su casa y, además, me pidieron un plus por interrogar a los vecinos —dice Jordi entre risas—. Dicen que es un edificio de locos. Los que no los mandaron a

«tomar por culo» coinciden en sus versiones. Eduard y Lilit vivieron allí hasta hace unos tres meses, luego desaparecieron de un día para otro.

Volvieron hará un par de semanas.

—Hace tres meses murió Adolf en el polémico incendio de la editorial.

¿Por qué se marcharon y qué los hizo volver?

—¿Y por qué Eduard no denunció la desaparición de su novia?

—¿Porque la mató él? Puede que Lilit le contara a Adolf que Eduard era el Sicario de Satán y Adolf decidió publicarlo en su famoso artículo fantasma.

Así mataba dos pájaros de un tiro: su carrera se impulsaría como un cohete cuando destapara la identidad del asesino y, de paso, se libraría del novio de su pretendida. Lilit se arrepintió de haber traicionado a Eduard y acabó confesándole su desliz y la confidencia que le hizo a su amante, y Eduard decidió quitarse del medio a los dos traidores y a todas las personas que tuvieran constancia del contenido del artículo o pudieran conducirnos hasta él. Por eso se llevó su informe de la consulta de la psicóloga Puig y por eso

Eva se encuentra entre sus objetivos. Estoy convencido de que leyó el artículo del que era portada.

—¿Y por qué Eduard esperó tres meses para matar a Lilit?

—Para que no sospecháramos de él. Si descubríamos que Adolf era el amante de su novia, pasaría a encabezar la lista de sospechosos y lo sabía, como también sabía que acabaríamos relacionándolo con la muerte de Adolf cuando descubriéramos que la causa del incendio de la editorial se estaba pleiteando en los tribunales. Un caso sencillo y una certeza de al menos setenta y dos horas en el calabozo y dos posibles acusaciones de asesinato. Su relación sentimental con Lilit también explica que solo la violara a ella.

—El polvo de despedida, qué cínico.

—Las piezas del puzzle encajan: Eduard es el Sicario de Satán.

—Pero sigo sin comprender por qué te dejó en tu casa el periódico con el artículo sobre la agresión al forense.

—Yo tampoco, pero eso es lo de menos ahora. Ya nos lo explicará cuando lo detengamos.

Bon Jovi empieza a entonar *It's my life* y David le echa un vistazo a la pantalla.

—Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. Es el forense.

—¿No estaba de baja por la paliza y la puñalada?

—Eso pensaba.

Los dos hombres se miran.

—Algo me dice que vamos a cerrar la única fisura del caso —dice David—. ¡Sois una panda de inútiles! ¡Revisadlo todo cagando leches! —escucha cuando descuelga—. Veo que hoy tienes un buen día, Andreu.

—Ni me lo recuerdes, estoy rodeado de inútiles. Quería hablarte de la autopsia de Helena.

Las autopsias

—¿Qué pasa con la autopsia de Helena? —pregunta David.

—Ya sabes que soy un poco tiquismiquis y que me cuesta delegar…

—Vete al grano, Andreu. Ya sé que lo siguiente que me vas a decir es que cuando te reincorporaste a tu puesto, lo primero que hiciste fue supervisar el trabajo de tu equipo durante tu ausencia. Eres el forense más tocacojones del Cuerpo. Todo el mundo lo sabe.

—Igual que también saben que tú eres un gilipollas como la copa de un pino.

—Lo que más admiro de ti es tu carácter afable y pacífico. ¿Qué ocurre con la autopsia de Helena?

—Que alguien la falsificó, esa y la de la víctima calcinada que llegó después. Helena no murió debido a una caída en la bañera. El análisis toxicológico desvela rastros de arsina. La exposición a 250 ppm resulta letal al instante.

—¿Me estás queriendo decir que existe la posibilidad de que alguien la envenenara y luego simulara una caída en la bañera?

—Te estoy confirmando que alguien la mató.

—¿Y sabes quién falsificó la autopsia?

—El sujeto que me agredió. Lo tenía planeado. Me dio una paliza y me apuñaló en la pierna para sacarme de la morgue unos días. No fue un robo con agresión, el móvil eran mis llaves para poder acceder al edificio, falsificar las autopsias y ocultar en el armario las muestras que debían enviarse para analizar. Lo grabaron las cámaras de seguridad, pero no se le aprecia el rostro porque lleva una gorra y camina cabizbajo.

—¿Y dices que también falsificó otra autopsia? ¿Habéis identificado a la víctima?

—Se llama Dolors no sé qué más. Todo apunta a que las mató el mismo sujeto. También murió envenenada con arsina.

David siente un escalofrío desde la nuca hasta los pies.

—¿Qué más puedes decirme de ese tipo?

—Llevaba una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde.

El inspector cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás. Ahora entiende por qué Eduard le dejó el periódico en la puerta de su casa. Se estaba regodeando de él. No se trataba del artículo sobre la agresión al forense, sino del que aparecía encima, el del accidente de tráfico en el que un Tiguan se precipitó por un barranco y acabó calcinado. El artículo al que no le prestó la más mínima atención.

Dolors ni está en Praga ni en casa de su prima en Italia. Está muerta. Murió el mismo día que Helena.

Entonces, ¿quién les envió los guasaps a él y a Adara desde su teléfono?

32

El hombre

El hombre observa la oscuridad a través de la ventana. Silencio y la nada. Ama esa sensación de vacío, esa tristeza que la noche sin estrellas desparrama sobre los tejados de Barcelona. Tiene hambre de muertos. El monstruo ruge en su interior reclamando su poción de sangre. Sus impulsos asesinos son insaciables. Mata y mata y vuelve a matar, cada vez más ansioso, cada vez más hambriento. Una espiral de cadáveres que gira hasta el infinito y más allá.

Se tapona las orejas con las manos, cierra los ojos y mece la cabeza hacia delante y atrás para tranquilizarse. Debe aplacar los rugidos y acallar las demandas de muerte. Debe ahuyentar la avidez famélica que se amotina en su interior reivindicando un festín de cadáveres. Ahora tiene que aguardar, oculto en las sombras, hasta que llegue la hora de volver a matar. La noche del rito supremo.

Cuando consigue silenciar los reclamos de sangre, se sienta en la mesa de la cocina y extrae del libro de recetas que hay encima una copia de la carta que Alistair Crowley, el autor de *El libro de la ley*, redactó a los treinta años. La había copiado de su obra biográfica, titulada *La gran bestia* y escrita por John Symonds.

Después de cinco años de insensatez y debilidad, impropiamente llamada educación, tacto, discreción, consideración hacia los sentimientos de los demás, me he cansado de todo eso. Y hoy digo: al infierno el cristianismo, el racionalismo, el budismo y todo el peso de los siglos. Os ofrezco una realidad positiva y primera. Se llama magia, y con ella construiré un nuevo cielo y una nueva tierra. No busco ni vuestra tímida aprobación ni vuestra tímida repulsa. Lo que busco es blasfemia, asesinato, rapto, revolución, cualquier cosa, buena o mala, con tal de que posea fuerza.

Deja la carta sobre la mesa y atiende los fogones. Destapa la cacerola y remueve las dos cabezas de gallina que flotan en la sopa. El aroma le agita

las tripas. Apaga el fuego, se sirve la cena y la deja reposar sobre la mesa.

Mientras improvisa una ensalada con las hortalizas que se están pudriendo en la nevera, visualiza la imagen del portarretrato que se trajo del domicilio de Rocío, la tía de Eva, y que quemó en la

chimenea.

El maldito portarretrato que arrojaba sombras de un pasado que debía quedar sepultado.

Sonríe mientras rememora los cuatro últimos crímenes. Pulsó el timbre dos veces, pero Helena no le abrió. Forzó la cerradura con una ganzúa y siguió el sonido de la música hasta el cuarto de baño.

Helena se había caído en la bañera y se estaba levantando. Su semblante dolorido se deformó en una mueca de conmoción y pánico cuando alzó la vista y lo vio, una expresión grotesca que quedó perpetuada en su piel cuando le clavó la jeringuilla en el brazo. Luego sujetó su cuerpo inerte bocabajo y lo lanzó con fuerza contra el borde de la bañera.

¡Crack!

Un golpe seco y el cráneo se rompió.

«Estaba tan bonita así, tan muerta, con ese hilo de sangre que se escabullía de su cabeza».

Se preocupó de borrar cualquier prueba, pero se dejó una detrás.

El móvil de Helena.

Debía volver y borrar la foto que le sacó al portarretrato. Un error fatal.

Cuando descolgó del perchero su chaqueta de camuflaje verde, se percató de que una de las mangas estaba manchada de la sangre de Helena. La introdujo en la lavadora junto con la gorra, los vaqueros y las deportivas que llevaba ese día, y se vistió con un chándal y una sudadera verdes.

Condujo de forma brusca, haciendo peinetas a destajo e imprecando cada dos o tres bocinazos, y aparcó cuatro calles más abajo de su destino.

Cuando llegó al edificio de la muerta, Dolors se acercaba al portal.

La siguiente muerta de ese día.

Estaba cansado y se ahorró la parafernalia del crimen. En cuanto la amiga de Eva abrió la puerta de su casa, le enterró en la garganta la jeringuilla con el veneno. Después la subió en el maletero del Tiguan,

junto con la maleta que encontró abierta sobre la cama, y condujo hasta el distrito de Nou Barris. Aparcó en un tramo del camí de Sant Llàtzer, acomodó el cadáver de Dolors en el asiento del piloto y empujó el coche por un barranco. Helena murió practicando alpinismo y Dolors corriendo un *rally*.

Le llevó más de dos horas volver caminando hasta su vehículo. Podía haber cogido un taxi, pero procuraba no dejar ninguna huella de su presencia en la noche. Ahora solo debía falsificar las autopsias para que no repararan en la presencia del veneno. Agredió al forense, le robó la cartera y las llaves, accedió a la morgue, alteró los informes, ocultó en un armario las muestras para analizar y se fue a dormir más feliz que una perdiz.

La primera vez que cometía dos crímenes en un solo día, y si le sumamos la adrenalina desatada por la agresión al forense, su jornada había resultado brillante. Se sintió como si hubiera estado en un parque de atracciones desde por la mañana hasta bien entrada la noche. Exhausto pero pletórico a rabiar.

La segunda vez fue orgásmica. Los crímenes se sucedieron con una pausa de minutos y la sensación de euforia infinita le embriagó la sangre. Degolló a la psicóloga Puig con el mismo cuchillo que acababa de hundir en la garganta de su empleada.

El ansiado y fatídico día

El inspector David Castillo deposita la quinta lata de cerveza sobre la mesa y se recuesta en el sofá. Se queda dormido entre una borrasca de imágenes de su último día con Cati. Ese día nefasto del que recuerda cada detalle. Ese maldito día que se reproduce en su mente como una película a cámara lenta; el protagonista de un drama.

Se ve a sí mismo dándose una ducha y vistiéndose con el traje de chaqueta azul que compró para la ocasión. Coge de la mesa de comedor la cajita roja y contempla su contenido: una sortija de oro blanco con un diamante engarzado. La guarda en el bolsillo del pantalón y abandona su domicilio.

La puerta de su vecina se abre cuando pasa enfrente y la vieja cotilla asoma su cabeza llena de rulos.

—Buenas noches, querida Petra.

—¿Dónde vas tan emperifollado? Apestas a viejo con esa colonia de pachuli barato. Y ese traje te sienta como el culo. Y con esos tres pelos repeinados pareces un sunormal —dice mientras lo repasa de arriba abajo con desdén.

«Menudo traje me acaba de hacer en un momento, la puta vieja de los cojones».

—Me voy de putas. ¿Quiere venirse? Podríamos pasar por un local de putos luego. ¿Cuánto hace que no echa un buen…?

La puerta se cierra en sus narices antes de que termine la frase. David la golpetea con los nudillos y acerca la oreja.

—¿Se está cambiando, Petra?

—Se lo diré a Cati cuando la vea. ¡Eres un guarro! ¡Putero!

—Cati también viene conmigo. ¿La espero o qué?

La puerta se abre, la vieja le lanza el agua con la que fregó el suelo y da un portazo antes de que David se conciencie de lo que acaba de ocurrir.

«¿Me ha tirado un cubo de agua sucia, la puta vieja?», se pregunta

mientras observa su vestimenta mojada.

—El agua fría es buena para los huevos calientes —escucha gritar desde el otro lado de la puerta.

Vuelve a su domicilio, se da una ducha rápida y se viste con su atuendo habitual: unos vaqueros y su inseparable cazadora marrón. Guarda en el bolsillo la cajita roja y abandona el piso. Cuando pasa frente a la puerta de su vecina, oye el sonido de la mirilla y de su frente apoyándose contra la puerta.

—Añádale al agua un poco de hielo la próxima vez, Petra. Sigo con los huevos cachondos. Si se anima, deme un toque y vengo a buscarla.

—¡Putero! ¡Guarro!

Llega a su destino con veinte minutos de antelación. Cati era de las que solía llegar media hora tarde como mínimo. Aparca frente a la misma entrada del restaurante vanguardista Lasarte y sus tres estrellas Michelín.

Había reservado una mesa en el comedor privado para gozar de intimidad.

El encargado lo informa de que el ramo de rosas que pidió ya había llegado y también de que el violinista confirmó su asistencia. Después se meten de lleno en la elección del menú. Rodaballo a la brasa para ella y solomillo de vaca para él. Se deja aconsejar sobre la elección del vino y el champán con el que brindarán después de la propuesta de matrimonio.

Cuando han tratado todos los pormenores, se sienta en la mesa y se pide una caña. Le tiemblan hasta los pelos de los dedos de los pies. Sabe que Cati es reacia al casamiento e incluso él mismo lo era antes de conocerla. Espera que, como le sucedió a él, también cambie de opinión y acepte convertirse en su esposa. No concibe su mundo sin ella; se ha convertido en una porción de su ser.

Decenas de veces se había burlado de las almas gemelas y las medias naranjas y esas chorradas y escenas románticas, y ahí estaba, enamorado hasta las trancas de su alma gemela, planificando su vida junto a su media naranja.

A la caña le sigue una segunda y luego una tercera, y así hasta cinco en la primera hora de retraso y otras tres en la segunda. Cati no aparece y tampoco le coge el teléfono.

David abre la cajita roja y contempla el anillo. Unos pasos se aproximan y se apresura a guardarla en el bolsillo.

¿Será ella?

Su rostro esperanzado se desilusiona cuando ve aparecer al encargado, con una expresión entre compasiva y abochornada, y lo informa de que el

violinista se tiene que ir. David abona sus honorarios y se pide otra caña en lo que sigue intentando contactar con Cati.

¿Dónde está?

Visualiza su última escena juntos en busca de alguna señal de rechazo.

—¿Te ha tocado la lotería o qué? Te vas a dejar el sueldo en ese restaurante.

—La ocasión merece unos cuantos sueldos —le dijo con un guiño.

Cati se le quedó mirando a los ojos durante unos instantes. Luego sonrió y lo besó. Un beso apasionado, fue un beso de nuevos comienzos y no uno de despedida.

—Iré de compras para estar a la altura de las circunstancias. No faltaré.

Pues sí, había faltado.

¿Por qué? ¿Le habría ocurrido algo? ¿Habría tenido un accidente de camino? ¿Se precipitó con la pedida de mano? Ya llevaban juntos dos años y las únicas desavenencias que habían surgido entre ellos fueron con motivo del trabajo. Se mostró ilusionada cuando le regaló el cepillo de dientes rosa y había redecorado su piso a su gusto desde que empezó a quedarse a dormir allí cada dos o tres días. Estaba cómoda, estaba feliz. ¿Por qué lo dejó plantado?

La respuesta le llega unos minutos más tarde en la llamada que recibe de Jordi, que le transmite la noticia con la voz rota.

—Cati está muerta. La mató el Sicario de Satán.

Cae de bruces en el infierno, se quema los sentimientos hasta que todo se vuelve negro. Imágenes a ráfagas le fustigan el cerebro. Cati muerta. Sin cabeza, sin ojos, sin brazos y sin piernas. El número 666 arañado en su piel, la firma del asesino impresa en el antebrazo y la

cruz satánica rasgada en el pecho.

Entre las tinieblas oye una voz diabólica gritando la misma frase en sus orejas: «¡Adoradme o morid!».

Se despierta empapado en sudor y bañado de lágrimas, con el corazón latiéndole en la garganta.

«Te echo de menos, mi amor».

Los mensajes

David estudia la pizarra que expone los detalles de los últimos crímenes: Helena, Dolors, la psicóloga Puig y, por último, su secretaria, una víctima de la ley del espacio y el tiempo: el lugar equivocado en el momento equivocado.

La propietaria del apartamento donde vivía Helena lo había realquilado y sus pertenencias habían acabado en un trastero a la espera de que alguien las reclamara. No encontraron nada extraño en las cajas y tampoco en el domicilio de Dolors, solo huellas que fueron descartadas.

—¿Qué piensas? —le pregunta Jordi.

—Que el *modus operandi* de estos cuatro últimos crímenes difiere de los otros porque no fueron premeditados. Eduard mató a la psicóloga y a su secretaria para llevarse el expediente con sus datos y que no pudieran identificarlo ni conducirnos hasta él, y con los casos de Helena y Dolors sucede lo mismo; tengo la impresión de que se estaban acercando demasiado. Murieron el mismo día que Helena viajó a Madrid para que la tía de Eva le firmara los papeles del traslado de su sobrina a un hospital privado. Algo me dice que el desencadenante de estas muertes se encuentra en ese viaje, por eso la voz de Helena sonaba tan alterada en los mensajes que les dejó a Samuel y Dolors desde el aeropuerto. Quería hablar con ellos sobre algo que había descubierto sobre Eva. Estoy convencido de que se lo llegó a contar a Dolors antes de morir, convirtiéndola, sin saberlo, en el próximo objetivo del Sicario de Satán.

¿Qué habría descubierto Helena que le costó la vida a ella y a su amiga?

—También le dejó un mensaje a la psicóloga y se le notaba que estaba bastante molesta con ella. Yo creo que si la llega a tener delante en esos momentos, la coge por los pelos —dice Jordi.

—¿A qué mensaje te refieres? ¿Por qué no me has contado nada?

—Mira quién fue a hablar, el que nunca me informa de nada.

—¿Me estás vacilando, Jordi?

—Me acabo de acordar. No le di importancia cuando lo escuché

porque se suponía que Helena había muerto de forma accidental. Creí que se trataba de los típicos berrinches entre mujeres. Que si no me lo contaste, que si sales muy guapa en la foto de la que no me hablaste… ¡Yo qué sé! Me pareció una chorrada.

—Una chorrada que puede ser determinante para resolver el caso. Céntrate y dime todo lo que recuerdes sobre ese mensaje.

—Era sobre Eva. Decía algo de una foto en la que aparecían juntas y que vio en la casa de su tía Rocío. Ese día, la psicóloga habló por teléfono con ella dos veces.

—¿Ves que como cuando te pones, eres un fuera de serie? Estoy seguro de que esa foto es la razón de esas dos llamadas y que también tiene que ver con los mensajes que Helena les dejó a Samuel y Dolors. ¿Sabemos algo sobre el móvil de Dolors? Fue Eduard quien nos respondió a los guasaps a Adara y a mí para que no sospecháramos que estaba muerta.

—Todavía nada. Sigue apagado, pero es un iPhone de los nuevos y se puede localizar igualmente, a no ser que se quede sin batería. Apple no se moja las manos sin una orden judicial. La estamos tramitando y también la de la línea de Helena.

—¿Y sobre la identidad de Eduard?

—Tampoco. Parece el mismo diablo —dice mientras extrae su móvil del bolsillo, que ya lleva unos segundos vibrando.

—¡Es de la editorial!

«Malas noticias», piensa David mientras observa cómo Jordi se va despeinando su cresta intocable conforme avanza la conversación.

—Me acaban de asegurar que no consta en la base de datos ningún empleado llamado Eduard —dice Jordi cuando cuelga.

—Lo que refuerza nuestra teoría de que es el Sicario de Satán y que el móvil del crimen se encuentra en el artículo sobre las sectas satánicas que Adolf estaba por publicar y que Eduard se llevó del domicilio de su madre haciéndose pasar por un compañero de trabajo de su hijo.

—Eso no es todo. También me confirmaron que una tal Lilit Reyes Puigdemont estuvo trabajando allí como becaria hasta hace unos meses. ¿Te suenan los apellidos?

—¿Reyes Puigdemont? ¿Lilit era hermana de Eva?

Rocío

Rocío permanece entre las cortinas anaranjadas de la ventana hasta que ve desaparecer el Touareg gris de su marido. Luego se dirige al desván, el vertedero de los recuerdos, la buhardilla donde sobreviven los vestigios de su pasado. Suele recluirse allí las mañanas de los sábados, mientras su marido acude a su cita con el golf. Abre una de las cajas de cartón repartidas por el suelo y lanza ropa por los aires hasta que da con la prenda que busca.

Un vestido negro estampado de cruces rojas.

El vestido que su sobrina Eva descubrió trasteando en el desván durante la época que vivió con ella. El vestido favorito de su difunta cuñada, en el que Eva se inspiró en el diseño que la consagró como un icono de la moda satánica. El vestido que atrajo a sus vidas a Adolf, el culpable de la muerte de Lilit y la psicóloga Puig, a la que quería como a una hija.

La madre de la psicóloga Puig fue su mejor amiga desde la infancia hasta que la muerte las separó. Unos años antes perdió la lucha contra un cáncer infatigable que le estuvo succionando la vida durante tres angustiosos años.

Rocío le prometió a su amiga que cuidaría de su hija y ahora está muerta, igual que una de sus sobrinas, mientras que la otra está condenada de por vida.

Lilit, Eva y la psicóloga Puig crecieron juntas en la ciudad de Barcelona. Lo habían compartido todo. Los rizos negros al viento, las carcajadas, las carreras alocadas por el parque, la caída del columpio en el que se balanceaban y que quedó inmortalizada con la cicatriz estampada en la barbilla de su sobrina Lilit… También se iniciaron al mismo tiempo en los ritos satánicos y asistían juntas a las misas negras.

Fueron las mejores amigas hasta el día del accidente de tráfico en el que Eva perdió los recuerdos. Ese día funesto que supuso un punto de inflexión en sus destinos. El día de las amnesias. El día de la separación definitiva.

Por sus propias protecciones, por sus propias vidas.

Rocío había vivido seis años plagados de mentiras, seis años de

angustia.

Seis años de temor.

Coge las tijeras de la estantería y las clava con saña en el vestido. En cuestión de minutos, la prenda maldita ha quedado reducida a jirones de tela.

Descuelga de la pared el collar con la cruz satánica que solía llevar su hermano y que Eva había adoptado como firma en sus diseños en memoria de su padre. Su sobrina Lilit se quedó el que pertenecía a su cuñada. Se sienta en el puf negro acoplado en un rincón, deja el collar sobre su regazo y se cubre el rostro con las manos; las lágrimas se escabullen entre sus dedos. La profecía se cumple y ella no puede hacer nada para evitarlo.

Todos acabarán muertos.

Surgirá otro profeta de las tinieblas. La serpiente será decapitada.

La reina será aniquilada. Otro sacrificio manchará la tumba. El cielo y el infierno se funden.

«Lo siento, Lilit. Lo siento, Eva».

Recuerda esa última llamada en la que su sobrina Lilit le recriminaba que había vivido engañada durante seis años y le juraba y perjuraba que jamás se lo perdonaría. Tardó meses en cogerle el teléfono y darle la oportunidad de explicarse. La tarde que debían encontrarse, Lilit faltó a la cita. Murió ese mismo día.

El timbre suena. Llegaron.

El inspector Castillo la había telefoneado cuando estaban en el aeropuerto de Barajas. Se apresura a secarse las mejillas y desciende las escaleras.

Respira hondo antes de abrir la puerta. Le tiemblan todos los poros del cuerpo. Espera estar acertada y mantenerse dentro del discurso que se preparó. Debe ser cautelosa con sus palabras. Si sospechan de ella, los planes pueden peligrar.

El interrogatorio

—Como les dije por teléfono, no sé mucho acerca de la vida de mi sobrina.

Lilit era bastante desapegada, como su madre. Se mudó a Valencia con mi hermano después del accidente de tráfico en el que murieron sus padres y no la volví a ver más. Hablábamos por teléfono de vez en cuando. Lo último que me contó fue que se había instalado en Barcelona y que la habían contratado como becaria en una editorial —dice Rocío.

—¿Y por qué Eva me negó que conocía a su hermana? ¿Por qué todas sus amistades, e incluso su prometido, pensaban que también había fallecido en el accidente de tráfico? —pregunta David.

—Porque Eva la olvidó con su pasado. Ninguna sabía que la otra seguía viva. Eran mellizas, pero se llevaban como el perro y el gato. No se hablaban desde hacía años y solo se dirigían la palabra para discutir. Lilit le tenía unos celos terribles a su hermana porque Eva siempre fue la hija predilecta de su padre, y el amor de un muchacho terminó de romper la relación entre ellas. Eva le robó el novio y Lilit la enterró en vida.

«¡La hostia! Vaya con las mellizas…», piensa Jordi.

—Después del accidente y debido a la delicada situación emocional de Eva, el doctor nos recomendó que procuráramos ahorrarle los recuerdos dolorosos para no perturbar su mente todavía más. Les ocultamos la verdad para evitarles un dolor innecesario. Conocía de sobra el carácter testarudo y rencoroso de mi sobrina Lilit y sabía que, incluso siendo su hermana Eva lo único que le quedaba en el mundo, jamás le perdonaría su traición. ¿De qué serviría decirle que Eva estaba viva? ¿Para despertar un odio que quedó sepultado con el accidente? ¿Para qué contárselo a Eva? ¿Para atormentarla de por vida sabiendo que su hermana jamás le perdonaría una traición de la que no se acordaba y quizá nunca recordaría?

—¿Pretendes que nos traguemos esa chorrada de historia, guapa? —interviene Jordi.

Rocío lo fulmina con la mirada y David lo aplasta con la suya segundos después. Aparte de Eduard, esa mujer es la única que puede

arrojar algo de

luz sobre el caso.

—¿Le habló Lilit de su novio? —prosigue David en un tono apaciguador.

Rocío frunce el ceño.

—¿Novio? Hasta donde tengo entendido, no tenía novio.

—Vivía con él. Se llama Eduard. ¿Le suena el nombre?

—¿Eduard? No me suena de nada. Me contó que compartía piso con un amigo porque el precio del alquiler estaba por las nubes, pero no me dijo cómo se llamaba y mucho menos que fueran novios. Lo siento, pero no puedo ayudarlos con ese asunto.

—¿Y sobre Adolf? Eran compañeros de trabajo y, según parece, mantenían una relación bastante estrecha.

La expresión concentrada de Rocío se tuerce. La pregunta la ha cogido desprevenida y esa respuesta no se la ha preparado.

—Tampoco me suena —dice mientras se estira la falda.

—También era amigo de Eva. Era periodista y había escrito varios artículos sobre su sobrina —insiste el inspector, que se dio cuenta de que el personaje de Adolf no le resulta del todo indiferente.

—Puede que Eva me hablara alguna vez de esos artículos, me suena algo de eso, pero hace años que no leo el periódico. No se documentan como es debido y están manipulados. La objetividad brilla por su ausencia. Se les ve el plumero desde la Antártida.

—Adolf había escrito un artículo sobre las sectas satánicas en el que Eva ocupaba la imagen de portada. Murió la víspera de su publicación.

—Lo siento, pero no sé nada de eso. Me imagino que mi sobrina saldría en la portada por sus diseños —dice mientras se restriega el sudor de las manos en la falda.

—Helena vino a visitarla la semana pasada. ¿Recuerda ese encuentro?

—Vino para que le firmara la autorización para trasladar a Eva a una clínica privada. Me pareció una buena idea. Los hospitales públicos

están saturados y el presupuesto estatal siempre se queda corto en cuestiones de Sanidad.

Eso sí, para viajes y dietas es un despilfarro. Tú gasta lo que te dé la gana, come como un cochino y viaja como un marajá, que los ciudadanos pagamos tus excesos sin rechistar. ¡Son todos una manada de sinvergüenzas! Se burlan de nosotros en nuestras caras. ¿O me lo van a negar? ¡Si ni siquiera gobierna el partido más votado! ¿De qué estamos hablando?

«Mentirosa compulsiva y una loca de la hostia, lo que nos faltaba», se dice Jordi mientras estudia el estado de su cresta en el reflejo del cristal de la ventana.

David decide interrumpir el discurso sofocado de Rocío. A esa mujer la política se la trae al pairo. Las preguntas que le está formulando la están incomodando y se está yendo por las ramas para evitar contestarlas.

—Asesinaron a Helena y a otra amiga de Eva el mismo día y todo apunta a que el autor es el individuo que mató a su sobrina Lilit y que el móvil del crimen se encuentra en una fotografía que Helena vio aquí. Aparecía Eva con la psicóloga Puig. ¿Qué puede decirnos de esa foto?

El rostro de Rocío empalidece al momento y sus manos sudorosas parecen querer arrancarle la falda a tirones. Desvía la vista hacia los portarretratos que descansan sobre el alféizar y se toma unos minutos para meditar.

—Es la fotografía en la que salen mis dos sobrinas con la psicóloga. Helena descubrió que se conocían desde antes de que Eva perdiera la memoria y se molestó con la psicóloga por no habérselo contado.

—¿Y por qué se lo ocultó?

—Se lo pedí yo. Estaba convencida de que si Eva descubría que habían sido amigas, la estaría atosigando para que le hablara de su antigua vida. Quería darle a mi sobrina la oportunidad de iniciar una nueva etapa sin las sombras del pasado revoloteando en su presente. También lo hice por mi propia tranquilidad; soy muy protectora con ella. Temía que cambiara de psicóloga si se enteraba de que se conocían de antes. Resulta incómodo desahogarse con alguien si tienes la certeza de que conoce más detalles sobre tu pasado que tú mismo. Me tranquilizaba que la tratara ella porque sabía que si Eva tenía problemas, me lo haría saber.

—Menuda chorrada de historia —murmura Jordi.

—¿Puede enseñarnos esa foto? —le pide David en un tono conciliador, después de dispararle una mirada de censura al subinspector, que se encoge de hombros y exhibe su típico semblante de falsa incomprensión.

—No la tengo en mi poder ahora mismo; la llevé ayer a un estudio fotográfico del centro para que hicieran una copia en grande y la enmarcaran —miente—. La psicóloga me llamó cuando se enteró de la existencia de la fotografía y me pidió una copia para tener un recuerdo de la amistad que la unió a mis sobrinas.

Los dos agentes la miran con el ceño fruncido y la misma cara de atontados.

Rocío carga años de engaños en esos ojos rasgados.

«¿Cómo puede mentir con ese descaro, sin apenas pestañear y sin que le tiemble la voz?», se pregunta David.

«Otra chorrada más. Porque estoy con el jefe, si no, la ponía en su sitio.

¡Será descarada, la tía! Suelta lo primero que se le pasa por la cabeza y se queda tan ancha. Qué poca vergüenza», se dice Jordi.

Bon Jovi demanda la atención del inspector y atiende la llamada.

—Tenemos que volver a Barcelona —le dice a Jordi—. Ya tenemos la dirección de la última persona a la que la psicóloga llamó antes de morir.

—Sí, mejor vámonos a por Eduard o me van a reventar los oídos de escuchar tantas chorradas —murmura el subinspector mientras se levanta.

Rocío finge no haber escuchado el comentario envenenado que le lanza Jordi y sigue alisando su falda. Cuando despide a los agentes y cierra la puerta, hace una llamada.

—Prepárate. Tienes visita.

Eduard

Eduard cuelga la llamada, lanza el móvil contra el suelo y pisotea los fragmentos sin apartar la vista de la entrada del hospital. Consulta el reloj y emprende la marcha hacia su vehículo.

Lo han descubierto.

«Putos maderos hijos de puta. Lo van a fastidiar todo».

Conduce a toda velocidad hasta su vivienda y aparca entre los árboles que la rodean. Se asegura de que no hay nadie por los alrededores antes de entrar. Se dirige directo al dormitorio, abre el ropero, rompe de una patada el doble fondo y saca una carpeta con el artículo y el material sobre las sectas satánicas que se llevó de la casa de la madre de Adolf, y una caja de zapatos llena de fotografías familiares. Las lleva hasta la mesa del salón, reaviva los rescoldos que agonizan en la chimenea, busca su retrato favorito entre las imágenes y lo guarda en el bolsillo de su abrigo antes de verter el contenido de la caja sobre la leña junto con la carpeta.

Contempla el fuego a través de lágrimas. Su vida arde en las llamas. Sus recuerdos se incendian. Su alma se quema.

«¡Putos maderos de mierda!».

Se seca las mejillas con el antebrazo y se dirige a la cocina por unas cuantas latas de albóndigas y dos botellas de agua. Las guarda en una mochila y busca en el trastero su saco de dormir. Contempla por última vez los papeles que se consumen en el fuego y abandona la casa entre sollozos.

Conduce en dirección al municipio minero de Fígols, donde se ubica el pueblo abandonado de Peguera. Pasará la noche en una de las minas que se esparcen por el bosque. A escasos kilómetros de su destino lo recibe el aliento frío de la niebla característica que sepulta el lugar. Aparca cerca de la ermita de San Miguel y se encamina hacia la misma guarida donde ya ha dormido antes.

Se guía con la ayuda de una linterna hasta el fondo del túnel, deja la mochila en el suelo, extiende el saco de dormir y se introduce dentro.

Debería comer algo, lleva días sin apenas probar bocado, pero sigue sin tener hambre. Un nudo de emociones confrontadas le obstruye el

estómago.

El recuerdo de la psicóloga Puig lo martiriza a cada rato. En cuestión de semanas pasaron de encuentros esporádicos con polvos salvajes a polvos salvajes, cada vez más frecuentes, acompañados de arrumacos. Cuando se quiso dar cuenta, ya era tarde; se había enamorado de una mujer casada. Y

ahora está muerta y él sigue pensando en ella.

«Otro sacrificio más».

Cierra los ojos y se queda dormido entre lágrimas. Cuando se despierta, el amanecer está deshaciendo las últimas brumas. Huele al silencio del campo, a olvido, a pueblo abandonado. Se despereza mientras bosteza y se queda mirando un punto fijo en el suelo.

«Vaya mierda. ¿Los putos maderos hijos de puta ya habrán puesto mi casa patas arriba?».

Se lleva la mano al bolsillo en busca de su teléfono para comprobar si su nombre sale publicado en las noticias. Solo encuentra la fotografía que salvó del fuego. Maldice a los espíritus cuando recuerda que se deshizo del móvil después de la llamada que recibió para advertirlo de que la policía iba a por él.

Recoge su escaso equipaje y lo carga en el todoterreno. Conduce sin rumbo ni destino. No habían previsto ese revés en los planes y lo más conveniente es que no se comunique con nadie de momento. Debe recapacitar sus próximos pasos. Un simple tropiezo puede resultar en la cárcel o, peor aún, en su propia muerte.

Hace una parada en Sant Corneli y se bebe tres tazas de café con efecto nulo. El bocadillo de jamón ibérico se queda en la mesa sin probar.

Reemprende la marcha hacia no sabe dónde. Un impulso o quizá la costumbre lo llevan de vuelta hasta su domicilio. Oculta el todoterreno en el bosque y vigila entre los árboles la parte trasera de su casa.

¿Dónde está la policía? ¿Ya se marcharon o todavía no han llegado?

Su lado prudente le grita que vuelva por donde ha venido y su parte impulsiva, que entre y compruebe el estado en el que los maderos dejaron su vivienda. Gana su lado irracional. En solo unos minutos

alcanza la puerta trasera. Con un vistazo rápido a través del cristal se cerciora de que la policía no ha estado allí. Se dirige al salón y contempla la chimenea y las cenizas a las que quedaron reducidos sus recuerdos. El alma se le llena de lágrimas.

Levanta uno de los asientos del sofá, abre la cremallera de la funda y busca entre el relleno su móvil de repuesto, el de las urgencias. El número solo lo conocen tres personas.

Lo enciende y se lo guarda en el bolsillo del pantalón. Antes de marcharse le entran ganas de orinar y se encamina hacia el cuarto de baño. Se encuentra en medio del pasillo cuando un ruido alerta sus sentidos y permanece al acecho, quieto como una piedra.

Un rumor atenuado, casi imperceptible. Luego un silencio frugal, rasgado por el sonido ensordecedor de un disparo, y seguido del estallido de la puerta saltando en pedazos.

La persecución

La dirección que les facilitó la compañía telefónica los lleva hasta el municipio de Olivella, en pleno epicentro del parque natural del Garraf, a una media hora en coche del lugar donde encontraron el cuerpo de Lilit.

David conduce dando volantazos y bocinazos cada dos o tres kilómetros.

—¿Te crees que somos inmortales o algo? ¿Pretendes que nos matemos?

—No seas mariquita, Jordi. Pensé que te gustaban machos.

Está concentrado en la carretera, pero puede sentir la mirada rabiosa de su compañero en la mejilla derecha.

—Recuérdame que si sobrevivimos, te suelte un par de hostias cuando nos bajemos del coche. Te voy a demostrar lo que los maricones consideramos ser un macho.

—Resérvalo para Eduard. Acuérdate de que invito a comer toda la semana y si atrapamos hoy a ese hijo de puta, también pago las copas de esta noche.

Tú verás…

—Pues recuérdame mañana que te dé un par de hostias bien dadas por soplapollas.

—¿Te vienen bien las cuatro y media de la mañana? Es la hora a la que suelo levantarme —dice al tiempo que pega el décimo bocinazo en cinco minutos—. ¡¿Es que no viste Barrio Sésamo, gilipollas?! ¿No sabes quiénes son Epi y Blas? ¡¿Qué cojones haces por este carril a diez por hora?! Irías más rápido andando con muletas. Porque tengo prisa, si no, mi compañero te daba un par de hostias.

—Menos mal que solo ladras y no muerdes. ¿Por qué coño siempre me incluyes en tus marrones?

—Porque somos amigos y acabas de decir que te apetece dar un par de hostias.

—Me apetece dártelas a ti, y los amigos no se olvidan de los cumpleaños.

—Joder, Jordi, ¿vas a seguir con eso? ¿Qué tengo que hacer, pedirte matrimonio para que me perdones?

—Ni se te ocurra si no quieres sufrir el rechazo de tu vida, guapo. Ya te dije que me gustan machos.

—Gilipollas —dice David a la par que hunde el pie en el acelerador.

—Soplapollas —replica Jordi mientras se aferra con ambas manos al asidero del techo.

Quince minutos más tarde aparcan en una finca rústica, entre los árboles tambaleantes que protegen la vivienda donde reside Eduard. Una casa terrera de paredes blancas y el techo a dos aguas forrado de tejas.

—¡¿Dónde cojones están las unidades especiales?! —dice David cuando apaga el motor.

—Las habremos adelantado hace rato. A la velocidad que conducías, calculo que llegarán dentro de dos horas o un poco más.

—Estoy hablando en serio, Jordi.

—Yo también. Todavía tengo el corazón en la boca. ¿De qué coño vas?

—¿Crees que es momento de discutir?

—¿Por qué no? Hasta que lleguen los compañeros, no tengo otra cosa mejor que hacer que cagarme en todos tus muertos. Nunca había visto la muerte tan cerca. ¿Dónde coño aprendiste a conducir? ¿En Texas o qué?

—Voy a entrar —dice tras consultar el reloj y con la vista clavada en la vivienda—. Cúbreme las espaldas.

—¡¿Estás loco?! ¿Pero a ti qué coño es lo que te pasa hoy? ¡No podemos entrar! El Gruñón nos ordenó que esperáramos por las unidades especiales.

—¿Y si se nos escapa por esperar, Jordi? Es el asesino de Cati.

El subinspector se le queda mirando a los ojos. Percibe la angustia en sus pupilas, dilatadas por la excitación; puede oler los efluvios de

dolor que emana su cuerpo. El Sicario de Satán, el asesino de Cati, su compañera y la exfutura esposa de su jefe y mejor amigo. El verdugo de dos prostitutas, dos mendigos, Helena, Dolors, la psicóloga y su secretaria. El agresor del forense.

—Vamos a por ese hijo de perra —dice mientras abre la puerta del copiloto.

Desenfundan y amartillan sus 9 milímetros Parabellum cuando se encuentran frente a la puerta. Jordi pega la oreja al panel de madera y niega con la cabeza. Desvía la vista hacia el timbre y le hace una señal a David, que la rechaza con un gesto de la mano. Jordi recula unos pasos y apunta a la cerradura. Cuenta hasta tres en voz baja y dispara. David toma impulso y abre la puerta de una patada.

—¡Policía! —gritan al unísono en cuanto entran.

Una respuesta de silencio.

Inspeccionan las estancias que se distribuyen a lo largo del pasillo. La cocina y el baño están vacíos. Se disponen a revisar los dormitorios cuando escuchan un golpe seco que procede del fondo de la casa. Un segundo estrépito y luego otro más, esta vez más atronador que los anteriores. Luego otro seguido de un quinto golpetazo. Corren en la dirección del estruendo.

No hay nadie en el salón.

Las hojas de la ventana se baten en una lucha desenfrenada contra la pared y las cortinas blancas bailan con el viento. Jordi se asoma al alféizar.

Hay pisadas frescas en la tierra.

—Huyó por aquí.

Salta al exterior seguido de David y siguen el rastro de huellas hasta las entrañas del bosque. Muere en un arroyo. Deciden separarse. Jordi se dirige al norte y David, al sur.

Cuando han recorrido unos kilómetros, el sonido fragoroso de un disparo rasga el aire.

La bala acertó en el blanco.

Los últimos coletazos

Oye el disparo. Nota el impacto. El proyectil penetra en su pecho y una quemazón le abrasa el tórax. Siente lametones de fuego. El mundo se tambalea a su alrededor, le emborrona la vista, le desgaja las fuerzas y lo arroja de espalda contra el suelo. Sigue vivo, su corazón sigue palpitando, lento, cada vez más muerto. Sus pulmones se encharcan, absorben muerte con cada jadeo. Tose sangre. Tose vida. Agoniza.

Su mirada borrosa divaga entre las nubes oscuras que se aglutinan en el cielo. Su mano permanece en el bolsillo, con la fotografía aferrada entre los dedos. Logra extraerla al tercer intento y se la lleva a los ojos.

«Qué bonitas están las dos. Qué tiempos aquellos. Felices, sin miedos, sin los soplidos de la muerte en la nuca».

Los últimos sofocos de vida lo arrancan de sus recuerdos. Sus párpados se debilitan y sus fuerzas desfallecen. El móvil lleva sonando un buen rato en el bolsillo del pantalón, nota el cosquilleo de la vibración en el muslo. Sabe quién es, pero es incapaz de cogerlo. Se está muriendo. Lo advierte en su cuerpo cada vez más entumecido. Lo nota en cada bocanada frustrada y en cada latido rezagado. Lo percibe en su mirada cada vez más soñolienta.

Tres tonos después, la llamada y su vida expiran a la vez.

Rocío se toma una taza de café asomada a la ventana. El día se ha despertado con su mismo estado de ánimo: de capa caída y sin pronóstico de remontar. No ha pegado ojo en toda la noche. A la visita de los dos agentes para preguntarle sobre Lilit, le siguió una charla de más de dos horas con su marido. Nunca le había hablado de su sobrina y le exigía explicaciones.

Era la primera vez que dormía sola desde que se casaron. La promesa que los tres hermanos se hicieron hace seis años había arrojado las sombras de la desconfianza sobre su matrimonio y su marido, pese a su aparente comprensión y a su eterno apoyo incondicional, había decidido pasar la noche en el cuarto de invitados. La entendía, pero se sentía defraudado.

Deja la taza sobre la mesa y coge su móvil. Recorre el salón a

zancadas mientras presiona la tecla de rellamada una y otra vez. Lo ha llamado más de veinte veces. ¿Dónde está? Tuvo tiempo de sobra de huir.

—Cógeme el maldito teléfono, Eduard.

—¿Quién es Eduard?

Rocío se vuelve hacia la puerta del salón. Su marido está apoyado en el marco. El pelo canoso, el rostro redondo y esos ojos intrigados demandando una respuesta.

Ya le habló de su sobrina Lilit, ahora le toca el turno a Eduard.

—Siéntate.

El craso error

En el trayecto de vuelta a la comisaría hacen una parada en una cafetería. David es incapaz de aguantar a Jordi durante todo el camino quejándose de que está muerto de hambre. Desayunan en silencio; Jordi, concentrado en engullir un churro detrás de otro y David, absorto en divagaciones.

El Sicario de Satán está muerto, pero él también se sigue sintiendo muerto.

El momento de catarsis no se originó. Esa sensación de alivio y autoexculpación que lo embargó cuando mató al asesino de Cati fue fugaz.

La venganza dulce con la que fantaseaba tornó en un vacío amargo. Un placer efímero, una sensación volátil, un triste espejismo.

La tragedia perdura. La herida no ha cicatrizado y supura recuerdos en cada uno de sus pensamientos. La imagen de Cati muerta sigue ahí; su ausencia sigue ahí. Todo continúa igual, solo que ahora dispone de más tiempo para pensar. Su mente ya no la ocupa la idea obsesiva de la venganza. Ya ha pasado por cuatro de las cinco etapas del duelo: la negación, la ira, la negociación y la depresión. Le llega el turno a la aceptación. Empieza el verdadero luto.

«Te echo de menos, mi amor».

—Las blasfemias que estaban escritas en las paredes de la casa de Eduard me pusieron de punta todos los pelos del cuerpo —dice Jordi con la boca llena de churro.

—Las sacó del libro de Alistair Crowley.

—¿Y ese flipado quién coño es?

—El hombre más perverso del mundo, la Gran Bestia. Era el padre del satanismo moderno y estaba como una puta cabra. Fundó su propio convento de Satán en Cerdeña, donde entre orgía y orgía, sacrificaban perros y gatos sobre los cuerpos de muchachas vírgenes. Tenía la aromática y sana costumbre de cagar en las alfombras de las salas de espera y en las escaleras de las casas de sus amigos, y hasta llegó a comerse la mierda de su pareja durante una misa negra.

Jordi escupe en el plato el churro que estaba masticando y lanza sobre la mesa la mitad que tiene en la mano.

—Gracias por la aclaración. ¿No comes nada? Los churros están que te cagas, nunca mejor dicho. ¿De qué coño vas?

David reprime una carcajada.

—¿No te terminas el desayuno?

—Se me quitó el hambre, soplapollas.

—Pues vámonos entonces a ver al Gruñón —dice al tiempo que se levanta—. Hablando de cagar, estoy deseando que nos chupe el culo un rato.

—Llévame antes a mi casa entonces, necesito una ducha. La carrera mañanera detrás de Eduard me ha dejado sudado de arriba abajo.

Cruzan la puerta de la comisaría con la barbilla alta y el pecho inflado a la espera de los aplausos de elogio y las felicitaciones de sus compañeros.

No llegan.

Son recibidos con miradas esquivas y vueltas de espalda.

—¿Qué cojones pasa aquí? —murmura David.

—Que son unos puñeteros envidiosos y unos soplapollas. Somos los protagonistas del año.

Ciertamente, son la comidilla de sus compañeros, pero por otras razones bien distintas.

—A ver, el dúo Pimpinela, venid conmigo que se os van a caer hasta los pelos de los huevos —ordena el Gruñón desde la puerta de su despacho.

Les franquea el paso y cierra con un portazo cuando entran.

—¡¿Se puede saber en qué demonios estabais pensando?! ¡¿Estáis idiotas o qué os pasa?!

—Yo soy el responsable. Jordi solo seguía…

—¡¿Y ya está?! ¿Así de sencillo? No solo os habéis pasado mis órdenes por el arco del triunfo, sino que encima habéis matado a un tipo desarmado.

¿Cómo pensáis justificarlo ante los jefes? Y vamos a ver qué pasa cuando se enteren los de Régimen Disciplinario. El Sicario de Satán asesinó a nuestra compañera Cati. Todos lo queríamos muerto, pero no podemos tomarnos la justicia por nuestra cuenta. Para eso está la ley. Funcione o no funcione, nos guste o no, pero somos policías y debemos velar por ella y dar ejemplo.

Los dos agentes se intercambian miradas contrariadas.

—¿Eduard no estaba armado? —pregunta Jordi.

David rebobina la escena en su mente. La carrera frenética por el arroyo. La gorra negra flotando en el agua. La silueta a lo lejos. La chaqueta de camuflaje verde. La rabia se dispara y sus pasos se aceleran. No existe el cansancio y tampoco las piedras resbaladizas, solo el Sicario de Satán y está cada vez más cerca.

«¡Detente!».

Eduard se para y se gira. David lo apunta.

Se miran. Se analizan. Se desafían.

Los pedazos mutilados de Cati se remueven en la mente del inspector mientras observa a su asesino. Eduard introduce la mano en el bolsillo.

David dispara.

Jordi aparece poco después y se lo encuentra llorando a gritos en el suelo, chillidos desgarradores que brotan desde lo más profundo de su alma.

Derrama lágrimas de alivio y rabia, lágrimas atragantadas desde hace tres meses. El subinspector se arrodilla a su lado y se abrazan, y así permanecen hasta que llegan las unidades especiales. Después abandonan el lugar sin mirar atrás.

—El Sicario de Satán no tenía ninguna pistola en el bolsillo, sino una maldita fotografía. ¡Eso es lo que buscaba cuando le volasteis la cabeza!

Señala la imagen arrugada que hay sobre la mesa. Eduard junto a Eva y Lilit. Una foto antigua.

Los unía el pasado.

La despedida

Deposita el ramo sobre la tumba y entierra el cepillo de dientes rosa entre las flores.

«Se acabó, mi amor. Tu asesino está muerto. Me costó un rapapolvo del Gruñón y puede que me expedienten y me caigan encima los de Asuntos Internos, pero me importa una mierda. Ahora ya podemos descansar y yo puedo volver a empezar. Te llevaré siempre conmigo y te querré toda la vida, pero necesito despedirme de ti para poder continuar. Hasta luego, mi amor. Te buscaré cuando me muera. Te lo prometo».

Se sube en su viejo Mercedes y conduce en dirección al centro. Se dirige al local al que acude en busca de compañía cuando la soledad lo abruma y las paredes de su domicilio lo aprisionan. Hoy no quiere estar solo. No quiere pensar. No quiere recordar que el Gruñón lo mandó a su casa hasta nuevo aviso. No quiere meditar sobre si su justificación es verídica.

¿Apretó el gatillo porque pensaba realmente que Eduard estaba armado o esperó a que hiciera un simple movimiento para matarlo? ¿Actuó como un policía o se dejó arrastrar por la rabia y sus ansias de venganza?

Ocupa una de las mesas verdes situadas al fondo del local y observa a la mujer de la cazadora negra que acaba de entrar y se sienta en la barra.

Rubia y esbelta. El vestido negro de licra se ajusta a cada curva de su cuerpo. Su cara y esos zapatos rojos de tacón le resultan familiares.

¿Es alguna de las mujeres desconocidas con las que se ha ido a la cama?

¿Es la rubia que le dijo que era un picha floja y que follaba de pena?

Sus dudas se despejan en cuestión de minutos. La mujer pasea la vista por el local y se cruza con la suya. Frunce el ceño, le hace un corte de manga y luego le vuelve la cara. Es ella. La noche que pasaron juntos se comportó como con todas, como un gilipollas integral. Un polvo rápido y adiós. «Ni sé cómo te llamas ni me importa y tampoco me interesa tu número de teléfono. Y vete ya». Las había utilizado como un remedio que no había surtido efecto. Ninguna era Cati y no las

podía culpar por ello.

La llegada de Jordi interrumpe su sesión de autocrítica.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—Sé que este lugar es tu coto de caza y tenía curiosidad por ver cómo te lo montas.

—No estoy para gilipolleces. ¿Qué quieres?

—Saber cómo estás —dice mientras se sienta.

—Es la primera vez que mato a un hombre, Jordi. Deseaba quitar esa vida y ahora estoy acojonado. En realidad, no sé ni cómo me siento. No sé si realmente estoy contento o es solo una máscara. Tampoco sé si me arrepiento. Hoy no sé nada y tampoco quiero saberlo. Hoy me da igual.

—Lo siento mucho. Tenía que haberte frenado. No debimos entrar solos en la casa y tampoco separarnos en el arroyo.

—No debimos, pero lo hicimos y ahora me toca apechugar con las consecuencias. ¿Qué sabes? Si estás aquí, es por algo.

—Porque el Gruñón también me mandó a casa. No quiere ni vernos.

—Siento que este asunto te salpicara…

—Pues a mí me ha venido de puta madre. Me he librado del papeleo y no sé cuánto hace que no me tomo unas cañas a estas horas —dice mientras se reclina en la silla y recorre el local con la vista—. La rubia de la barra te pega. ¿Ya le echaste el ojo?

David desvía la mirada hacia la aludida, que se percata de que están hablando de ella y le ofrece un segundo corte de manga.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunta Jordi mientras disimula la risa con la mano.

—Otro día te lo cuento.

—¿Y por qué no ahora? Te la tiraste, de eso no me cabe duda. No me digas que esta es la rubia que dijo la cotilla de tu vecina que salió de tu casa gritando que eres un picha floja y un *malfollador*.

—¡Puta vieja!

—Joder, David, como se extienda el rumor, aquí no vuelves a pillar en tu vida. Deberías cambiar de local. Eso de que tus ligues te saluden con peinetas después de haber pasado una noche contigo, no creo que sea muy sano para la moral ni para tu ego masculino. Por cierto, se me olvidaba, hablé con Andreu y me dio recuerdos para ti. Está encerrado en la morgue con el cadáver de Eduard para terminar con la autopsia cuanto antes.

Su móvil empieza a sonar.

—Es el Gruñón. No sé qué coño le faltó por decirme, si en los casi quince minutos que me tuvo en su despacho cuando te fuiste, no sabía de dónde me

venían las hostias.

La llamada dura unos minutos.

—Este tío es bipolar. Ya se le pasó la rabieta, al menos hasta que los de Asuntos Internos vengan a tocarnos los huevos. De momento volvemos al trabajo. Mañana volamos a Madrid para interrogar a la mentirosa de Rocío.

—¿Y eso?

—Las últimas llamadas que Eduard recibió son suyas. La que dice que no lo conocía, pues era su sobrino. Y también era primo de Eva y Lilit, por eso tenía una fotografía en la que salían los tres.

Rocío

David y Jordi aguardan en el aeropuerto del Prat la salida de su vuelo con destino a Madrid. Segunda visita a Rocío. Son los encargados de trasmitirle la muerte de su sobrino Eduard, pero antes tendrá que explicarles por qué negó conocerlo.

Al margen del resultado del análisis de ADN, que está por llegar, solo cuentan con las imágenes de las cámaras que sitúan a Eduard en los lugares del crimen, pero ninguna prueba firme o consistente de su autoría. Su domicilio estaba limpio. Aparte de las blasfemias escritas entre las estrellas borrosas dibujadas en las paredes y los restos de pentagramas pintorreados por el suelo, no encontraron el hacha con el que descuartizó a las dos prostitutas, a los dos mendigos, a Cati y a Lilit, ni la cuchilla con la que grabó su firma y el número 666 en sus cadáveres, y tampoco el cuchillo con el que degolló a la psicóloga y a su secretaria ni la arsina con la que envenenó a Helena y Dolors.

Ni rastro del artículo sobre las sectas satánicas que Adolf escribió y que, supuestamente, le costó la vida. El detonante de la matanza. La prueba definitiva.

La casa en la que vivía Eduard está registrada a nombre de su padre, que resulta ser hermano de Rocío y de Jacob, como se llamaba el padre de Eva y Lilit.

—La historia se mantiene intacta, solo cambia el papel que desempeñaba Eduard, que pasa de novio a primo. Hay que ver los cojones que se gastan los putos vecinos; como Eduard y Lilit compartían piso, les encasquetaron el cartel de novios y se quedaron tan anchos —dice David.

—Novios y cornudos, que no se te olvide, que la vecina del gorro hortera los llamó «asquerosos» y todo, pero no entiendo por qué te sorprende; deberías estar acostumbrado. Según la cotilla de tu vecina, tú eres un putero que te tiras a todo lo que entra en tu casa. Como el día de mañana te dé por hacerte con un perro, te denuncia por zoofilia.

—Puta vieja. Ni me hables de ella. Esta mañana, cuando pasé frente a su puerta, sacó la cabeza y me ofreció un té de *ginseng*.

—¿Y qué tiene de malo?

—Esa vieja no da puntada sin hilo. El *ginseng* se utiliza como afrodisíaco y para tratar los problemas de disfunción erectil. Dice que está preocupada por mi vida sexual porque hace días que no ve a nadie saliendo de mi casa dando un portazo y gritando por el rellano. Según ella, he pasado de poli putero a poli mariquita y ahora a poli amargado.

—Tu vecina es un descojono.

—Eso lo dices porque no la tienes viviendo al lado, de lo contrario, no te haría ni puta gracia. Es imposible abrir la puerta sin que se abra la suya detrás. Parece que trabaja para Securitas Direct. Esa vieja es una puta pesadilla. Sigamos con el caso que me está entrando mala hostia solo de hablar de ella. Amargado, dice. Amargada está ella, no te jode.

—¿Qué piensas de Rocío? ¿Crees que sabía que su sobrino Eduard mató a su prima Lilit y nos mintió para encubrirlo?

—Le constaba que Lilit se había ido a vivir a Valencia con su tío y su hijo Eduard; estoy convencido de que también sabía que se había mudado a Barcelona con su primo. Si nos mintió cuando nos negó que lo conocía, y quedó llamándolo en cuanto salimos de su casa, es porque sospecha o sabe algo.

—Me dejo cortar un brazo por que conoce la historia entera.

—Puede ser. Tenía miedo, lo vi en su mirada. Quizá supiera que su sobrino era el Sicario de Satán y temía convertirse en su siguiente víctima si lo denunciaba. Si Eduard no se cortó en matar a una prima con la que llevaba viviendo seis años, no le temblaría el pulso con una tía que residía a kilómetros de distancia.

—Puede que la amenazara. Esperemos que Rocío se decida ahora a contarnos la verdad, porque como nos vuelva a mentir y nos trate como si fuéramos dos soplapollas, te juro que no respondo.

Aterrizan en el aeropuerto de Barajas y un taxi los lleva hasta el domicilio de Rocío. No la avisaron de su visita y deben esperar para que los reciba.

Está reunida con un cliente.

Su última cita.

El cliente

Los dos agentes aguardan a Rocío en los sillones morados que presiden el salón.

—Han tenido mala suerte. Mi esposa casi nunca recibe a sus clientes en casa.

—¿Y crees que le queda mucho? —pregunta Jordi mientras ahoga un bostezo.

—No es habitual que la primera reunión se prolongue tanto, suele ser más bien una toma de contacto para que la pongan en antecedentes sobre el caso, pero tampoco es habitual que Rocío aceptara atender a un cliente con tanta urgencia y que me pidiera que estuviera fuera de casa cuando se presentara. Debe tratarse de algún pez gordo que quiere evitar que se sepa que ha visitado a una abogada. Será algún político corrupto o un empresario de los grandes que debe darle explicaciones a Hacienda sobre su patrimonio en paraísos fiscales. De todas formas, si volvieron para preguntarle por su sobrina Lilit, habrían hecho mejor llamándola por teléfono. Están perdiendo el tiempo; mi esposa apenas la conocía. Me contó que después de perder a sus padres, Lilit se fue a vivir a Valencia con su tío y su primo y no la volvió a ver más. Lo último que supo de ella fue que se había mudado con su primo a Barcelona.

Los dos agentes se miran. Como ya presuponían, Rocío les soltó una bola detrás de otra. Le constaba que Lilit vivía con Eduard y no con un amigo, como les aseguró.

—¿Le habló de su sobrino?

—Me dijo que se llamaba Eduard y que era informático.

—¿Y sabe si mantenían contacto?

—No tengo ni idea. La primera vez que me habló de él y de Lilit fue hace unos días. Ni siquiera sabía que existían.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Cinco años, cuatro y medio de matrimonio.

—¿Y nunca le habló de su familia? ¿Ningún pariente fue a vuestra

boda?

—Nos casamos por lo civil de un día para otro y los únicos que asistieron fueron los testigos. Me habló de sus hermanos una vez que se le fue la mano con el vino durante una cena. Sabía que el padre de Eva murió en un accidente de tráfico y que el padre de Eduard se había mudado a Valencia hacía años.

—¿Y no le extraña que nunca le hablara de sus sobrinos?

—Se lo prometió a sus hermanos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Hizo una promesa y la respeto. No es asunto mío. Yo soy feliz con ella, que es con quien comparto mi vida, y el resto me da exactamente igual. Si me quiere hablar de sus parientes, perfecto, y si no, también.

Vengo de una familia en la que mis padres acabaron distanciados con sus hermanos por la herencia de mis abuelos y prefiero mantenerme al margen en los asuntos familiares. Como soy hijo único, me he ahorrado esos quebraderos de cabeza.

—Puede que Eduard la visitara de vez en cuando y Rocío le dijera que era un cliente. ¿Le suena un individuo con una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde?

El hombre alza las cejas.

—¿Una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde?

David asiente.

—Así va vestido el tipo que vi de espalda entrando en mi casa.

—¿Cuándo?

—Hoy. Está reunido con Rocío.

La cita

Rocío observa desde las cortinas anaranjadas del salón la cabeza cana de su marido. ¿Por qué se oculta entre los árboles del jardín? ¿Y qué hace allí? Le pidió que se marchara antes de que su cliente se presentara. Odia mentirle, pero lo hace para protegerlo. Cuanto menos sepa sobre su pasado, mayor será su esperanza de vida.

Consulta el reloj. Las doce y cuarenta. Su cita se retrasa. ¿Dónde está? No puede llamarlo porque la telefoneó desde un número oculto. Era la primera vez que se comunicaba con ella directamente. Reproduce la conversación en su mente.

—¿Sí?

—Espérame sola en tu casa hoy a las doce.

—Creo que te has equivocado. ¿Por quién preguntas?

—Por ti. Soy el Sicario de Satán.

Se hace un silencio cargado de tensión.

—Hoy a las doce y asegúrate de estar sola. Dile a tu marido que tienes antojo y mándalo a comprarte un helado a la otra punta de la ciudad.

—¿Por qué me llamas a mí?

Un segundo silencio tenso seguido de la voz petrificante del hombre.

—Porque tú y yo tenemos que hablar de la visita que te hizo la policía.

—No les conté nada, te lo prometo…

—¡A las doce!, y estáte sola —le ordena con una amenaza subyacente en la voz.

Rocío se queda con el móvil pegado a la oreja durante unos instantes. El silencio es roto por los latidos desbocados de su corazón aporreándole el pecho.

Se siente atrapada en una pesadilla que no ha hecho más que empezar. ¿Y

dónde está Eduard? ¿Por qué todavía no ha contactado con ella? ¿Lo habrá detenido la policía?

El timbre suena. Su cita. Pulsa el botón que abre el portón y aguarda en la puerta de entrada. Por un momento, le parece ver pasar a Eduard, pero su

sobrino es más alto y corpulento. El Sicario de Satán también lleva una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde. Camina cabizbajo, ocultando su rostro, entra sin levantar la cabeza ni proferir una palabra y enfila el corredor en dirección al despacho. Rocío lo sigue en silencio.

«Ya ha estado aquí. Se conoce mi casa. ¿Quién eres?».

—¿Tú? —es lo único que le da tiempo a decir cuando se vuelve tras cerrar la puerta.

Nota un escozor en el brazo seguido de un ardor que derrite sus venas. El mundo tiembla ante sus ojos y luego desaparece. Cuando vuelve en sí, está amordazada y atada a una silla con cinta americana. El Sicario de Satán está apoyado de espalda en el escritorio situado enfrente y la mira fijamente.

«¿Por qué?», piensa Rocío.

La mirada sanguinaria del hombre parece penetrar en su mente y leer sus pensamientos. Pronuncia una sola palabra.

—Jezabel.

¿Jezabel? ¿Qué sabe de Jezabel? Cuando murió, él todavía no debía haber nacido. ¿Quién le habló de ella?

—Lo sé todo —añade el hombre.

Emplea un tono lapidario que golpea a Rocío como una hostia en plena cara. Lo sabe. El Sicario de Satán está enterado del sacrilegio que cometieron hace casi cuarenta años. Daría todo su dinero por borrar aquel oscuro capítulo de su vida. Se prometieron olvidarlo, pero el mutismo no había logrado silenciar los gritos que de vez en cuando torturaban sus sueños. Ojalá se pudiera cambiar el pasado, pero solo se puede aprender de él. Había interiorizado sus errores, pero no había pagado por sus pecados.

No tuvo en cuenta las represalias de sus acciones.

Llegó el momento de saldar cuentas.

«¿Qué quieres?», se pregunta con los ojos desbordados de lágrimas.

Estudia el rostro del Sicario de Satán durante unos instantes y obtiene la respuesta en su mirada enferma de odio.

Jezabel sobrevivió.

Y la siguiente en morir será ella.

Rocío

Mientras el Sicario de Satán lee en voz alta los preceptos del *Libro de la ley,* Rocío cierra los ojos y se deja arrastrar por los recuerdos de su infancia.

Se acuerda de las carreras y los juegos con sus hermanos en el campo. El sabor de la hierba fresca y el olor puro del aire. Las tardes tumbados en el sótano leyendo historias sobre los siete demonios que habitan en el infierno y pintando pentagramas y cruces en un universo de estrellas y planetas. El mismo adiestramiento que recibieron sus descendientes cuando llegó el momento.

Sus sobrinas nacieron para pecar. Lilit, la primera esposa de Adán, que renegó del paraíso para convertirse en la amante de los demonios, y Eva, la devoradora de manzanas, la culpable de que los expulsaran del paraíso. Dos almas predestinadas a extender el fuego del infierno en la tierra, pero aquel maldito accidente de tráfico truncó sus destinos.

Supuso el principio del final.

Un matraqueo atropellado la saca de su ensimismamiento. Abre los párpados al tiempo que el Sicario de Satán abandona la lectura. También lo alertaron las zancadas apresuradas que avanzan por el pasillo.

Jordi y David se sitúan frente a la puerta del despacho donde Rocío está reunida con un supuesto cliente que viste igual que el difunto Eduard. Se miran y asienten con la cabeza a la vez. No tienen tiempo que perder. Jordi derriba la puerta de una patada y entran con las pistolas en alto.

Solo encuentran a Rocío, inmovilizada en una silla y con la cabeza apoyada sobre el pecho. Una mancha roja parte de su garganta y devora su camisa.

David corre en su auxilio mientras Jordi se asoma a la ventana que está abierta a tiempo para ver a un individuo, con una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde, saltando el muro que protege la vivienda.

El inspector retira la cinta americana de la boca de Rocío y trata de frenar con las manos la sangre que escurre del cuello. El vestíbulo de la laringe

asoma en la incisión causada en la membrana cricotiroidea, mientras que el asta inferior del hioides se sujeta al colgajo seccionado.

—Dile a mi hermano que fue Jezabel —dice la moribunda entre espumajos de sangre.

Cuando David levanta la cabeza, después de comprobar el pulso de Rocío y confirmar que está muerta, su compañero ya ha saltado por la ventana y está a punto de alcanzar el muro. Lo sigue. Cuatro intentos más tarde logra rebasar la tapia.

«¿Por dónde cojones se fueron?», se dice mientras escruta la calle buscando alguna pista que le señale el camino a seguir.

El indicio le llega en el sonido atronador de un disparo.

Corre hacia la izquierda esquivando los vehículos y a los viandantes que huyen despavoridos en la dirección contraria. Cuando dobla en la esquina, lo ve.

Jordi está tirado bocabajo en la calle.

No se mueve.

El hombre

El hombre aparca frente a su vivienda y camina directo hacia el cobertizo maltratando el suelo con sus pasos. Veinte minutos más tarde reaparece por la puerta, embadurnado de plumas de gallina y salpicaduras rojas. Porta una catana ensangrentada en la mano. Deja caer el arma en el suelo y la emprende a patadas con las ruedas y el parachoques de su todoterreno.

«¡Imbécil! ¡Imbécil y más que imbécil!», grita cada dos o tres golpes.

Seis abolladuras después se adentra en su domicilio y da un portazo que estremece la madera de la puerta y los cristales de las ventanas. Se desviste de camino al baño y se introduce en la ducha. El agua no consigue borrar las imágenes que llevan horas atosigándolo y tampoco amortiguar el sonido estentóreo del disparo que reverbera en su cabeza.

Siguen ahí.

Su silueta volviéndose en mitad de la calle sigue ahí. El arma sigue en su mano y también la escena que se repite ante sus ojos. El policía de la cresta y las zapatillas rosas bordea la esquina y se queda petrificado cuando repara en el cañón de la pistola que lo apunta desde la distancia. Su rostro demuda en segundos. Hace amago de desenfundar su arma, pero él es más rápido.

El agente se desploma de bruces en la calzada y permanece quieto como un muerto.

¡¿Qué hizo?! ¡¿Por qué disparó?! Su primer impulso fue correr y entremezclarse con los viandantes que huían como si viniera el diablo. Se escondió debajo de una furgoneta; el coche que alquiló estaba aparcado demasiado lejos y no podía arriesgarse a llegar hasta él. Desde allí podía ver el cuerpo del policía tirado en el suelo.

Unos minutos después llegó su compañero, con las manos manchadas de sangre, y se arrodilló a su lado, maldiciendo, gritando, comprobándole el pulso en el cuello y luego en la muñeca, mirando hacia todo y nada a la vez, buscándolo.

Permaneció en su escondite hasta que transcurrieron dos horas desde que la ambulancia se llevó el cuerpo letárgico del policía y su compañero desapareció calle abajo secándose las mejillas con el

antebrazo.

¿Mató a un policía? ¿Y si lo hubieran atrapado? ¿Y si lo detienen antes de la noche del rito supremo? ¿Para qué ha estado formándose toda la vida?

¿Para qué se ha sacrificado durante tantos años? ¿Lo ha echado todo a perder?

Era consciente de que presentarse en el domicilio de Rocío suponía una locura, pero debía cerciorarse de que no le hubiera hablado a la policía ni de la secta ni de la profecía. Le caía bien, matarla no entraba en sus planes, pero tenía que sacrificarla. Esa mujer mentía de pena y estaba convencido de que no superaría un segundo asalto de preguntas con los agentes.

—Morirás —farfulló, a través de la cinta americana que le cubría la boca, cuando se acercó a ella con el cuchillo en la mano.

—La que vas a morir eres tú y va a ser hoy y ya —dijo mientras la agarraba del cabello y le abría la garganta con el cuchillo.

El inocente

—Pero qué feo estás, y tienes cara de amargado. A ver si follas más,

¡putero! —exclama la vecina cuando David pasa frente a su puerta.

—Váyase a tomar por culo, Petra.

—Eso es lo que te gusta a ti. ¡Guarro! ¡Mariquita!

David se detiene en seco, deja caer la cabeza hacia atrás y resopla varias veces.

«Tranquilo. Respira. No puedes cargarte a la vecina. No le hagas caso a la puta vieja de los cojones. Pasa de ella. Es una pobre vieja amargada».

—¡Putero apestoso!

«Sí que puedo cargármela, claro que puedo. ¿Por qué no? A ver, ¿por qué no?».

Tras varias exhalaciones de contención, sigue su camino en dirección al hospital.

En las escaleras se encuentra con el prometido de Eva.

—Buenos días, Samuel. Vaya cara que traes.

—Pues anda que tú… ¿Me puedes explicar por qué hay un policía vigilando la habitación de Eva? Le pregunté y me dijo que obedece órdenes. ¿No se supone que Eduard está muerto?

—¿Cómo te enteraste?

—Se lo dije yo —le confirma Adara, que se reúne con ellos mientras se recoge los rizos rojos en una trenza—. No sabía que fuera un secreto.

—¿Y a ti quién te lo dijo?

—Jordi me lo contó mientras le curaba la herida de bala.

David cierra los labios y los puños y cuenta hasta cinco.

«Mi día amenaza con ser una mierda desde primera hora. Primero la

puta vieja de la vecina y ahora el gilipollas de Jordi. ¿De qué cojones va? ¿Por qué no cierra esa puta bocaza?».

Si Samuel publica la noticia y trasciende que Eduard no era el Sicario de Satán y que murió a sangre fría a manos de un policía, que pensaba que

tenía enfrente al asesino de su pareja y compañera de trabajo, su carrera se hundirá en el fango.

—Todavía no he publicado el artículo sobre el Sicario de Satán y no lo haré hasta que me des permiso, y si me pides que me calle que está muerto, también lo haré. Como ves, no todos los periodistas somos unos ambiciosos.

—Me la tenías guardada, eh. Siento haber generalizado, en todo saco de manzanas hay gusanos. Mejor no digas nada por ahora o me pueden caer encima unos cuantos problemas de los gordos.

—Lo que tú digas.

—Te lo agradezco, Samuel. Te debo una. Te prometo que serás el primero en conocer los detalles del caso cuando lo cerremos.

—¿No queda cerrado con la muerte de Eduard?

—Es una larga historia que ya te contaré en su momento. ¿Cómo está Jordi, aparte de bocachancla e impaciente? —le pregunta a Adara—. Me ha llamado más de quince veces para que venga a buscarlo.

—Bocachancla, impaciente e insoportable. En Madrid no se dejó hacer nada y aquí tampoco. No hay forma de que entienda que los golpes en la cabeza son bastante peligrosos y requieren de observación y pruebas, y más cuando te dejan inconsciente, como es su caso, pero no atiende a razones.

Dice que está bien y que se quiere marchar ya. Es más cabezota que un burro. He tardado unos quince minutos en convencerlo de que se quede en la camilla hasta que el doctor lo examine.

—No lo sabes tú bien. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo saque.

—¿Por qué has tardado tanto? —exclama el convaleciente desde lo alto de las escaleras—. Sácame ya de aquí o me va a dar algo.

La hinchazón negruzca que deforma la zona derecha de su rostro se ha oscurecido y parece estar más inflamada que el día anterior.

—Te lo dije —le dice David a Adara.

El subinspector baja los peldaños con la mano aferrada a la herida de bala que Adara acaba de curarle en el muslo derecho.

—¿Nos vamos? Tengo hambre.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para irte? ¿Ya te vio el doctor? —pregunta Adara.

—El doctor tarda mucho y tengo hambre.

—Pues te aguantas. Debes quedarte hasta que…

—Te pones muy atractiva cuando te enfadas, guapa. La bala pasó rozándome la pierna. Ha sido un arañazo de nada. No es la primera vez que me disparan. No te preocupes por la herida, que me echaré agua oxigenada tres veces al día —le dice Jordi al pasar a su lado.

—Es por el golpe en la cabeza, no por ese rasguño. ¡¿Me estás oyendo?! No puedes marcharte.

—¿Ah, no? ¿Y qué estoy haciendo? Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Que tengáis buen día —se despide David antes de seguir a su compañero escaleras abajo.

—Vamos a desayunar unos churros, que tengo que coger fuerzas para cazar al hijo de su puta madre que me disparó.

—Deberías hacerle caso a Adara y quedarte aquí hasta que te vea el doctor.

Ese chichón no tiene buena pinta.

—¿No me escuchaste? Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Está bien, como quieras. ¿Te apetece conducir? Te dejo mi coche —dice mientras le tiende la llave.

—Llevo meses pidiéndotelo ¿y me lo ofreces hoy? ¿Crees que estoy para estar meneando la pierna?

—Disculpa, como acabas de decir que podías hacer lo que te diera la

gana…

—Puedo darte un par de hostias, por ejemplo, o mandarte a tomar por culo por soplapollas. Como ves, puedo hacer un montón de cosas. Me duele la pierna y tengo hambre, así que procura dejarme tranquilo hoy.

—Vale, ya está, firmemos la paz. Solo estaba asegurándome de que estás bien.

—¿Y la forma de hacerlo es tocándome los huevos?

—Es la fórmula más rápida. Si no saltas en dos segundos, es que estás moribundo.

—Y ahora que has comprobado que estoy bien, ¿podemos irnos ya a desayunar, que me estoy muriendo de hambre? ¿Y dónde coño aparcaste ese puñetero cacharro? Llevamos más de media hora caminando.

—Joder con la herida de bala... Vaya día me espera contigo hoy. Si lo llego a saber, te habría hecho un *bizzum* para que llamaras a un taxi. El coche está ahí, quejica —dice mientras cruza la calle. Su viejo Mercedes negro está aparcado a unos metros de distancia—. ¿Dónde comemos? —pregunta cuando enciende el motor.

—Vamos a la Granja Dulcinea, que hoy me apetecen unos churros de los buenos.

David conduce pegando más bocinazos de lo habitual y amenazando con un par de hostias al noventa por ciento de los conductores que se cruzan. Jordi lo observa por el rabillo del ojo.

«El que no está bien es él», se dice.

—El forense me llamó para saber si me iba haciendo un hueco en la cámara de los muertos —suelta cuando ya solo se oye un bocinazo de vez en cuando y la cantidad de insultos se ha reducido a la cuarta parte—. Me confirmó que Eduard no era el Sicario de Satán.

—Ni el ADN ni las pisadas coinciden y en las imágenes de las cámaras de seguridad que captaron al sospechoso se aprecia la diferencia de altura y constitución. Eduard era más alto y corpulento.

—¿Crees que eran cómplices?

—Al contrario. El Sicario de Satán quería incriminarlo de las muertes, por eso se viste como él y por eso me envió el guasap desde el móvil de Dolors advirtiéndome de que Eduard era peligroso. Y ese también es el motivo por el que se llevó su informe de la consulta de la psicóloga Puig. Eduard es el chivo expiatorio en esta historia. El Sicario de Satán lo maquinó todo para que sospecháramos de él y yo caí de cabeza en la trampa como un gilipollas. Maté a un hombre inocente y que estaba desarmado. Los de Régimen Disciplinario me van a despellejar vivo.

—¿Y si era inocente, por qué huía? ¿Y por qué la psicóloga y su tía Rocío negaron conocerlo? Es obvio que oculta algo. Un hombre inocente no huye de la policía ni se esconde.

—Espero que su padre nos lo aclare. Rocío le prometió a sus hermanos ocultar sus lazos familiares y algo me dice que estas muertes pueden estar relacionadas con esa promesa. Hay demasiado misterio en torno a esa familia. Además, tengo un mensaje para él que espero que esclarezca de una vez el móvil real de estos crímenes porque las piezas ya no encajan ni amoldándolas con un soplete. Rocío me dijo antes de morir que le dijera que fue Jezabel.

—¿Y esa quién coño es ahora? La persona que me disparó no era una mujer. No me fijé en su cara porque lo primero que vi, nada más bordear la esquina, fue la pistola y después ya no recuerdo nada, pero estoy convencido de que esa silueta se correspondía con la de un hombre.

—¿Y si la tal Jezabel es la instigadora de los crímenes y el Sicario de Satán es su mercenario?

Xavier

Xavier contempla su semblante en el espejo retrovisor de su todoterreno. Parece un náufrago con esos pelos y esa barba blanca. Las bolsas que se abultan debajo de sus ojos lucen cada día más hinchadas y negruzcas. La angustia se agolpa en su mirada y se desparrama por sus mejillas.

«Ya falta poco para que todo acabe», se consuela mientras se enjuga el rostro con el dorso de la mano.

Se abrocha el cinturón y emprende la marcha hacia el centro penitenciario Brians 2. Catorce hectáreas que acogen catorce módulos residenciales, distribuidos en tres plantas, con setenta y dos celdas cada uno, aparte de disponer de aulas de música y de informática, un auditorio, una piscina, una biblioteca, una pista polideportiva, tres pistas de minifrontón, un gimnasio y varias terrazas para la práctica de actividades al aire libre.

Pese a ser una cárcel moderna, inaugurada en el 2007, y estar considerada de las más seguras de Cataluña, su historia no está exenta de altercados entre los internos y amenazas a funcionarios. Unos años antes, un recluso acuchilló hasta la muerte a un preso rumano en el patio del módulo al que fueron asignados. El convicto fallecido estaba condenado por delitos sexuales contra menores de edad, una sentencia que pagó con la cárcel y la vida.

Xavier trabaja allí desde hace solo unas semanas. No había vuelto a Barcelona desde que se afincó en Valencia seis años antes. Le evoca recuerdos, las emanaciones putrefactas de los muertos.

El tráfico fluye y aparca frente a la fachada de hormigón y los muros de ladrillo de la prisión veinte minutos antes de lo habitual.

—Cada día tienes peor cara —dice el funcionario que vigila la entrada—. ¿Te has echado novia o qué?

—Tengo yo pocos problemas encima, como para echarme otro. Las mujeres solo dan quebraderos de cabeza.

—¿Y lo que se las echa de menos cuando no están cerca?

—Eres un romántico. Así te va…

—Ese ha sido un golpe bajo.

—Lo siento, te juro que no lo dije con esa intención… —se disculpa Xavier cuando se percata de que acaba de meter la pata hasta el fondo.

El sábado anterior, en la fiesta sorpresa que su compañero de trabajo le organizó a su novia para festejar su trigésimo quinto cumpleaños, la sorprendió en el baño teniendo sexo con su mejor amigo.

—Lo siento mucho, Josep, de verdad. ¿Te parece si vamos a tomarnos unas cervezas después del curro?

—No puedo. Quedé con la nueva —dice con una sonrisa socarrona.

—¿La rubia alta?

Josep asiente con la cabeza sin borrar la sonrisa.

—Se llama Remedios y es un encanto de mujer. Madura y con las ideas claras, como a mí me gustan. Y siempre está sonriendo, transmite un bienestar que hace que se la eche de menos cuando no está.

—Veo que no pierdes el tiempo.

—Me duele lo que me hizo Berta, pero no se merece que me quede encerrado en mi casa llorando por una mujer que no me valoró y que tuvo la falta de escrúpulos de engañarme con mi mejor amigo. Además, solo llevábamos un par de meses. La vida sigue.

—Y me alegra que te la tomes con tanto optimismo.

—Como deberías hacerlo tú, que ya llevas unos días con una cara de amargado que da hasta pena verte. ¿Me vas a decir de una vez qué es lo que te pasa?

—Es un asunto privado, un tema familiar, pero ya está por resolverse.

Luego me cogeré unas vacaciones y puede que hasta pida el traslado a alguna comunidad pequeña donde pueda disfrutar de una vida tranquila.

—Pero si solo llevas aquí unas semanas…

—Ya, pero estoy harto del ajetreo de la ciudad.

—Nos estamos haciendo viejos, amigo.

—Así es, la muerte está cada día más y más cerca —dice, pensativo—. Bueno, me voy a trabajar que hay que cotizar.

Enfila el pasillo en dirección a las instalaciones deportivas en busca de su objetivo. Se conoce de memoria la rutina del muchacho. Después del desayuno, se muele en el gimnasio hasta la hora del almuerzo. Luego se echa una siesta, vuelve a machacar sus músculos durante una hora y dedica

el resto del tiempo a tumbarse en el patio hasta la hora de la cena. No participa en las actividades programadas ni se relaciona con otros presos.

Ahí está, levantando pesas con la camiseta sudada. Lo observa desde la puerta. Mide 1,70 y pesa 78 kilos. Tiene la cabeza rapada y unos ojos negros y fieros. Lleva una cruz satánica tatuada en el brazo y el número 666, en la muñeca.

Lo trasladaron un mes antes desde la prisión Brians 1, donde se hartaron de ocupar las camas de enfermería con sus compañeros de celda. Rostros desfigurados, orejas mutiladas a mordidas, costillas y narices fracturadas, ojos como pelotas de golf, labios reventados, dientes sueltos…

«Ese muchacho es el demonio», les decían los perjudicados a las enfermeras que los atendían tras las palizas.

El que osaba rebelarse contra él, lo hacía solamente una vez. Aquí no había dado problemas. De todas formas y en vista de su carácter errático y violento, Xavier le había encargado a Caín, su compañero de celda actual, que corriera la voz de que el muchacho es su protegido y de que si alguien le toca un solo pelo, acabará muerto.

Caín se le acerca por detrás.

—Buenos días, jefe. ¿Me trajo mi tabaco?

Xavier se palpa los bolsillos mientras repasa al recluso de arriba abajo. Un tipo, bajito y esmirriado, con aspecto de no haber matado una mosca en toda su vida. La sorpresa que se llevaría su vecino cuando Caín se abalanzó sobre él y lo golpeó hasta matarlo. Defensa propia, alegó su abogado. Una simple partida de billar desembocó en una pelea de borrachos que culminó con uno de los protagonistas dentro de un féretro y el otro, encarcelado.

—¿Qué tal con tu compañero de celda? ¿Le has podido sacar algo? —le pregunta mientras le muestra la cajetilla de Camel.

—Un par de amenazas y de insultos. Tu niño mimado me amenazó anoche con estrangularme porque le molestaban mis ronquidos, pues si se oyera él, que parece una ballena borracha con esos resoplidos que despiertan hasta un muerto. Llevo toda la noche en vela; me quedo dormido en los rincones.

¿Hasta cuándo tengo que aguantar a ese niñato?

—Dentro de poco te librarás de él y tu familia recibirá los mil euros que te prometí, pero debes asegurarte de que no le pase nada. Y procura no molestarlo.

—¿Crees que ronco adrede?

—Pues no duermas. Como le pase algo, te mato, y como acabes muerto porque roncas o respiras o pestañeas, mataré a tu familia.

Caín recoge del suelo la fotografía que Xavier se sacó del bolsillo y dejó caer antes de darse la vuelta y desaparecer por el pasillo.

Una instantánea robada en la que aparece su familia en la puerta de su casa.

Gloria, Luz y Leticia; su mujer y sus dos hijas.

Un círculo rojo rodea la cabeza de su hija pequeña.

La visita

«¿Para qué quiere verme el director? ¿Caín me traicionó? ¿Se echó para atrás, el puto canijo?», se pregunta el funcionario de prisiones camino del despacho.

La puerta está abierta y desde el pasillo comprueba que a su jefe lo acompañan dos hombres. El más alto luce una cabeza rapada y viste una cazadora marrón, que debe guardar en el armario desde que iba a la guardería, y el otro lleva una cresta acoplada en la cabeza y unas deportivas rosas que se ven a kilómetros de distancia. Sabe quiénes son.

¿Por qué están allí? ¿Sospechan de él?

Tras los saludos, las presentaciones y el pésame de rigor, el director del centro los deja solos, después de apremiar a su subordinado para que se coja unos días libres y se vaya a casa. Xavier no le había contado a nadie que su hijo Eduard había muerto.

—Se preguntará por qué estamos aquí —dice David en cuanto se sientan.

—Espero que sea para decirme que el policía que mató a mi hijo pagará por ello.

La mirada del inspector se estampa contra el suelo y el discurso que se preparó se le atraganta. ¿Por qué se empeñó en venir? Sabía lo que iba a ocurrir… Quería verle el rostro al padre del hombre al que mató. Quería aligerar parte de su peso, impregnarse de su dolor, arrebatárselo y cargarlo encima junto con sus demás angustias, junto con sus otras tragedias.

Jordi decide asumir el control del interrogatorio. Vio salir disparado el gancho de palabras que aterrizó en el hígado de su compañero, dejándolo sin aliento.

—Su hijo era el principal sospechoso de varios crímenes y estaba huyendo de la policía cuando murió en el tiroteo.

—¿Y ya está? ¿Ahora uno no puede correr o qué? ¿Ustedes creen que pueden ir disparando así porque sí? ¿Se piensan que tienen pistolas de agua?

—Solo utilizamos nuestras armas cuando nos encontramos en peligro de muerte y como último recurso.

—Peligro de muerte, dice. ¿Dónde está el arma que tenía mi hijo? ¡Si no había visto una pistola en su vida! ¿Dónde están las pruebas que lo inculpan de esos crímenes que le imputan?

—Siento mucho que su hijo haya muerto y a manos de un compañero, pero no busque la culpa en el resultado, sino en el origen. El sujeto que mató a su sobrina Lilit trató de incriminar a su hijo Eduard de esa muerte y de otras tantas, y también mató a su hermana.

—¡¿Rocío está muerta?!

Jordi asiente con la cabeza. Xavier esconde el rostro entre las manos y se derrumba en silencio. Primero su sobrina, luego su hijo y ahora, su hermana. Demasiado peso.

—Lo siento muchísimo. ¿Sabe o sospecha quién puede estar detrás de estas muertes?

—No tengo ni idea —contesta sin pensárselo ni descubrirse el rostro.

—¿Ha oído hablar del Sicario de Satán? —pregunta David.

El hombre se toma unos minutos para meditar mientras se frota la cara y la cabeza con nerviosismo.

—El asesino de vagabundos y putas que hace unos meses salía cada día en las noticias. ¿Creen que mató a mi hermana y a mi sobrina?

—Creemos que seguía las instrucciones de una mujer. Antes de morir, Rocío me pidió que le dijera que fue Jezabel.

Los ojos del hombre se agrandan y siente como el aire se le estanca en la garganta y le impide respirar.

«Jezabel está muerta. ¿A qué se refería Rosa? ¿Alguien descubrió su secreto? ¿Quién y después de tantos años?».

—¿Jezabel? No me suena de nada. ¿Quién es?

—Creemos que puede ser la instigadora de los crímenes. Ella ordena y el Sicario de Satán ejecuta. ¿Seguro que no le suena el nombre? Piénselo bien.

Esa mujer ordenó matar a su hermana y a su sobrina. En ella está la

clave para resolver sus muertes —insiste David.

—Puede que sea alguna amiga de Rocío, no estoy seguro. Hacía tiempo que no hablaba con ella.

—También quería preguntarle por la promesa que Rocío les hizo a su hermano y a usted. ¿Por qué ocultaban sus lazos de parentesco?

La expresión del hombre demuda de afligida a consternada. Sus pupilas se inquietan y sus manos sudorosas se mueven nerviosas sobre sus piernas.

«¿Por qué su hermana les habló de la promesa? ¿Qué más les contó?».

—¿De dónde sacó eso?

—Rocío se lo dijo a su marido días antes de morir.

—¿Esa promesa es la que está matando a los miembros de su familia? —pregunta Jordi.

—No sé de qué me hablan y desconozco el motivo por el que Rocío no le habló de nosotros a su marido. Puede que se avergonzara. Era la única que tenía una carrera universitaria y ganaba en un mes lo mismo que el resto de la familia en un año.

—¿Era buena la relación entre ustedes? —prosigue David.

—Mi hermana era una pija insufrible, pero no dejaba de ser mi hermana y la quería. A veces nos llevábamos bien y otras nos queríamos matar, pero nos unía la sangre. Manteníamos una relación bastante distante desde hacía años. Al final, cada uno escoge su camino y hace su vida. Yo me marché a Valencia y ella, a Madrid.

—¿Y su hijo Eduard? ¿Cómo era su relación con su tía?

—Que yo sepa, no tenían contacto.

—Veo que no tiene intención de colaborar —le recrimina David.

—Estoy haciéndolo.

—¡Mentira! Rocío hablaba por teléfono con su hijo a diario desde la muerte de Lilit y mis años de experiencia policial me dicen que ya nos ha soltado unas cuantas mentiras y que le constaban esas llamadas. Su sobrina Lilit está muerta, su hermana Rocío está muerta, su hijo Eduard está muerto y todo parece indicar que la siguiente en morir

será su sobrina Eva, y usted se empeña en negar que conoce a la tal Jezabel. Pues entonces, aquí no tenemos nada que hacer —dice mientras extiende los brazos y cabecea—. Siento decirle que su secreto está tan a salvo que todas esas muertes quedarán archivadas en el limbo y que el Sicario de Satán y Jezabel saldrán impunes. Aprovecho para desearle suerte antes de irme, porque la va a necesitar para poder seguir adelante cargando a la espalda los cadáveres de tantos familiares. Nadie en este mundo es capaz de soportarlo —dice antes de incorporarse.

Jordi lo imita. Están a punto de alcanzar la puerta cuando oyen la voz aflautada de Xavier.

—Les diré quién es Jezabel y les hablaré de la promesa.

Jezabel

David repasa la declaración de Xavier, el padre de Eduard y hermano de Rocío y Jacob, como se llamaba el padre de Eva y Lilit. Los tres hermanos conocían a Jezabel desde pequeños. Sus familias los iniciaron a la vez en la secta satánica que Jacob, que era el primogénito, acabó liderando el día que su progenitor cumplió los sesenta y seis años y abdicó.

Jezabel desapareció a la mañana siguiente de la coronación y jamás volvieron a saber de ella. Nadie conocía el motivo de su partida repentina.

Xavier no se acordaba de sus apellidos y tampoco se le ocurría quién podría estar detrás de la figura del Sicario de Satán. Jezabel era hija única y solo se relacionaba con ellos en aquella época.

Les aseguró que jamás practicaron sacrificios humanos y que en las misas negras se limitaban a alabar al diablo, a encender velas rojas y a degollar gallinas de vez en cuando. Los ritos habituales en ese tipo de celebraciones, ningún acto que pudiera desencadenar la matanza que el Sicario de Satán estaba ejecutando en nombre de Jezabel.

La noche que Eva y Lilit sucederían a su padre Jacob como líderes solidarias de la secta, ocurrió el accidente de tráfico que las dejó huérfanas.

Rocío y Xavier lo interpretaron como un mensaje del diablo, que se negaba a que sus sobrinas reinaran, y decidieron poner fin a sus andanzas satánicas.

Mientras Eva se debatía entre la vida y la muerte en el hospital, le comunicaron la disolución de la secta a Lilit, que se negó a renunciar al puesto para el que la habían preparado desde pequeña y, tras una discusión airada, desapareció durante un par de semanas.

Cuando regresó, ya se habían llevado a Eva a Madrid y le contaron a Lilit que su hermana no superó las secuelas del accidente; la última carta que se guardaban para persuadirla de que desistiera de sus andaduras sectarias. El embuste funcionó. Lilit se derrumbó y se olvidó de su reinado.

Lograron mantenerlas separadas durante seis años, hasta que Adolf apareció en sus vidas y se desató el caos. Le habló de Eva a Lilit, que

reconoció a su hermana en la fotografía que el periodista le mostró y montó en cólera

contra su familia por haberla engañado. Lilit le contó su historia a Adolf, que vio la oportunidad que lo catapultaría a la cúspide de su carrera como periodista y que marcaría a la familia y a los antiguos miembros de la secta como lunáticos del diablo de por vida.

Pero murió en el incendio de la editorial antes de hacerse famoso. Las sombras de la sospecha recayeron sobre su muerte y Eduard y Lilit decidieron refugiarse en casa de Xavier hasta que se esclareciera judicialmente la causa del incendio. Temían que su relación con Adolf los salpicara.

Durante esos casi tres meses se dedicaron a investigar a los antiguos miembros de la secta para descartar cualquier peligro de muerte. Tres de ellos habían pasado a mejor vida por causas naturales; dos vivían fuera de España y no habían vuelto en años; los tres mayores estaban recluidos en residencias, y los otros dos se habían trasladado a otras comunidades y no habían puesto un pie en Barcelona en los últimos meses.

La sentencia que dictaminaría si la muerte de Adolf se debía a un incendio fortuito o provocado se demoraba debido a las montañas de denuncias ridículas que copan las mesas de los juzgados y los dos primos, que estaban ansiosos por recuperar su vida, volvieron a Barcelona bajo la premisa de que si Adolf no había muerto en el fuego, fue a manos de algún fanático religioso que conocía su devoción y sus prácticas satánicas y tenía una fijación mortal con él.

Pero la muerte es paciente y los aguardaba con los brazos abiertos.

¿Cuánto había de mentira y cuánto de verdad en la historia de Xavier? Ni la versión de Rocío ni la suya lo convencían. Podría llegar a entender que decidieran separar a las mellizas para que Lilit no influenciara a Eva con la idea de resurgir la secta satánica que acordaron extinguir, pero ¿hasta el punto de hacerlas creer que estaban muertas? ¿No se habían excedido?

Jezabel tiene en la actualidad sesenta y dos años. De joven era morena y delgada, con apariencia gitana. Formaba parte de un pasado que arrojaba al cadalso a todas las personas que se acercaran demasiado o pudieran aportar detalles sobre él.

—Qué bien que estés aquí —exclama Jordi cuando cruza la puerta.

—Llevo aquí desde las siete. Llegas tarde.

—Porque pasé por el Registro Civil y luego me reuní con los de Información.

—¿Para qué fuiste al Registro?

—Porque estoy cansado de que nos tomen por soplapollas. Todos nos mienten, así que he decidido contrastar toda la información que provenga de esa familia, no vaya a ser que aparezca otro pariente muerto y nos coja desprevenidos y, encima, nos caiga otro rapapolvo del Gruñón. Me conozco el árbol genealógico entero. ¿Y a que no sabes lo que descubrí?

—¿Llegas no sé ni cuántas horas tarde y me vienes con adivinanzas, Jordi?

—Qué aburrido eres… Xavier es igual de mentiroso que su hermana Rocío.

Jacob, el padre de Eva y Lilit, no murió en el accidente de tráfico y tampoco consta por ningún lado su certificado de defunción. Otra mentira más para el saco, que como tenemos pocas… Su esposa fue la única víctima mortal.

—¿El padre de Eva y Lilit está vivo?

—Y en Barcelona. Tenía una empresa de construcción que cerró sus puertas después de la muerte de su esposa. Luego estuvo trabajando por varias ciudades de Andalucía, hasta que al día siguiente de la muerte de Lilit, renunció a su trabajo y aterrizó en el aeropuerto del Prat. Y aquí le perdemos la pista. ¿Piensas que su regreso tiene que ver con sus hijas?

—Lo dejó todo y volvió al día siguiente de morir una de ellas, lo que me hace pensar que es posible que ese hombre no las abandonara por voluntad propia, sino que las circunstancias lo forzaron a alejarse de ellas.

Las incógnitas se multiplican en su mente, dando lugar a más incógnitas que generan más incógnitas.

¿Y si Jacob renunció a sus hijas para protegerlas? ¿Y si los miembros de esa familia sabían que Jezabel iba a por ellos y por eso se dispersaron y ocultaron sus lazos de sangre para que resultara más difícil localizarlos a través de sus parientes? ¿Por qué tras el accidente,

Rocío se trasladó a Madrid y Xavier, a Valencia? ¿Por qué Jacob, el padre de Eva y Lilit, se hace pasar por muerto desde esa misma época? ¿Y por qué sus hijas se convirtieron en el objetivo de Jezabel? Si ni siquiera habían nacido en aquel tiempo.

El sueño

—¿Tiene que ser justo hoy? Cené el mejor pollo que me he comido en años —dice Caín.

—Sí. Tiene que ser hoy. Piensa en lo contenta que se pondrá tu mujer cuando le entregue los mil euros y la falta que le hace ese dinero a tu familia —dice Xavier mientras le tiende la cajetilla de Camel que guardaba en el bolsillo del pantalón.

Caín se introduce los dedos en la boca y se vomita encima. Xavier arruga el semblante y se tapa la nariz con los dedos.

—¿Pero qué demonios comiste? —dice mientras observa asqueado los tropezones que se esparcen en el suelo.

—El mejor pollo en salsa que me he comido en años. La nueva cocina igualito que mi madre, que en paz descanse.

—Venga, vamos y apáñatelas para que no te devuelvan a tu celda por esta noche. Y ya sabes: pase lo que pase, ni has visto ni sabes nada.

Xavier acompaña a Caín a la enfermería y permanece en la puerta hasta que la auxiliar lo informa de que el recluso pasará la noche allí. Vuelve a su puesto y aguarda las cinco horas siguientes analizando en su mente los pormenores del plan. Lo ha repasado cientos de veces en los últimos días; nada puede salir mal.

Contempla en el móvil la fotografía de su hija y su nieta. Se le nubla la vista de lágrimas. La pequeña se llama Esmeralda, igual que su difunta esposa.

Cumplió un año el día que murió su hijo Eduard. Paradojas del destino: una muerte y una vida.

A las tres en punto se levanta y se dirige a la celda 66. Llegó la hora.

Observa al preso desde la puerta. Duerme bocarriba en la cama superior de la litera. Está sumido en un sueño intranquilo. Se revuelve, jadea y se aferra a la sábana roja como si quisiera perforarla con los dedos.

Se ve a sí mismo unos meses antes frente a una tarta de nata y chocolate, coronada por dos velas rojas que señalan que es su décimo

octavo cumpleaños. Hoy cumple la mayoría de edad.

Hoy la matará.

Sopla las velas mientras pide un deseo: «Que sufra mientras muere».

La observa y sonríe. La pobre ilusa no sospecha nada. Está sirviendo dos porciones de tarta con su sonrisa de bruja malvada. Comen sentados en la mesa de la cocina y bailan al ritmo de bachata. Después llega el momento del regalo. Abre los dos paquetes envueltos en papel negro: una túnica del mismo color y una cabeza de chivo.

Él también tiene un regalo sorpresa.

Le pide que cierre los ojos, se sitúa frente a ella y le entierra en el estómago el cuchillo, manchado de tarta, que cogió de la encimera en un despiste de la mujer y que ocultaba en su espalda.

Su regalo.

La sonrisa de la mujer se tuerce en una mueca de estupor y dolor. Se lleva las manos a la herida en un gesto instintivo, una batalla perdida por taponar el líquido sanguinolento que se escabulle entre sus dedos.

Se está desangrando. Se está muriendo.

Apoya la espalda contra la pared y se deja resbalar hasta quedar recostada sobre las baldosas blancas del suelo. El muchacho contempla embelesado las bocanadas de vida que se escapan de la herida junto con la sangre. Ya casi está muerta. Coge el hacha que cuelga de la pared y se acerca al cuerpo moribundo. Alza los brazos y deja caer el arma con todo el odio y la rabia acumulados durante sus dieciocho años de adiestramiento.

—A tomar por culo la puta bruja —dice mientras patea la cabeza, que rueda hasta un rincón de la cocina y acaba junto al cubo de la basura.

El eco de una voz susurrando su nombre irrumpe en la escena al tiempo que una mano lo sacude por el hombro, y la secuencia de imágenes que proyectan el mejor día de su vida se desvanecen una detrás de otra.

Abre los ojos. Es Xavier, uno de los carceleros.

¿Por qué lo despierta a esas horas?

El accidente

Jordi se reúne con David en el local que el inspector frecuenta cuando necesita ahogar las penas en alcohol y mujeres. Su coto de caza. La rubia que la semana anterior lo saludó con una peineta también está allí, esta vez acompañada de un apuesto moreno que viste una chupa de cuero y unas botas negras.

—Parece que la rubia rabiosa ya te buscó sustituto —dice Jordi mientras se sienta—, aunque teniendo en cuenta que dijo que eres un picha floja y un *malfollador*, no sé si tendrías una segunda oportunidad con ella.

—¿Qué cojones quieres, Jordi? Hoy no estoy para aguantar tus gilipolleces.

¿Por qué estás aquí?

—Porque no me coges el teléfono.

—¿Y no te dio por pensar que si no te cojo el teléfono, es porque no quiero hablar contigo?

Necesita estar a solas con sus pensamientos. La muerte de Eduard le pesa en la mente, en el cuerpo y en el alma. Mató a un hombre inocente bajo la convicción de que tenía enfrente al violador y asesino de Cati. Es cierto que creyó que Eduard estaba armado y que se encontraba ante un peligro de muerte. Hubiera obrado igual en cualquier otro caso, pero no se lo pensó dos veces antes de disparar. La rabia proliferaba en su interior como un virus mientras se miraban. Destilaba rabia por cada poro. Respiraba y expulsaba rabia en cada gota de aire, y apretó el gatillo dominado por esa misma rabia.

—Me dijiste que te llamara a cualquier hora si había alguna novedad o me arrancabas la cabeza, y ya sabes el cariño que le tengo a mi cresta, por eso vine. ¿O crees que me apetece verte el careto en las pocas horas que me libro de ti? Si paso más tiempo contigo que con mi gata.

—En serio, Jordi, eres peor que una novia. Prefiero mil veces aguantar a la vieja de mi vecina. Desembucha y lárgate a tomar por culo con tu gata negra.

—Con mi gata no te pases ni un pelo. A la Luna la respetas, a ver si piensas que puedes…

—Lo siento, Jordi. Siento haberme metido con tu linda gata negra. Luna es un amor, es la gata más encantadora del mundo y tú, el mejor dueño.

¿Quieres decirme de una puta vez a qué cojones has venido?

—Yo seré peor que una novia, pero tú eres peor que el típico novio cromañón —dice meneando la cabeza—. Estuve hablando con el oficial que redactó el informe del accidente de tráfico en el que murió la madre de Eva y Lilit. Alguien intentó matar a esa familia. Le manipularon los frenos al coche.

—¿Hubo arrestos?

—Archivaron el caso por falta de sospechosos.

—Ocurrió la noche de la coronación de Eva y Lilit. Esa es la razón por la que los tres hermanos decidieron disolver la secta y desaparecer, y también por la que ocultan sus lazos de parentesco y por la que el padre de Eva y Lilit se hace pasar por muerto. Jacob era el líder de la secta, es el principal objetivo, él y su familia. Por eso renunció a sus hijas y las dejó al cuidado de sus hermanos y por eso mismo las separaron. Si descubrían a una de las dos, la otra tendría posibilidades de huir.

—Ese accidente y todas estas muertes son la consecuencia de un pasado relacionado con Jezabel. ¿Qué coño le hicieron a esa mujer hace casi cuarenta años para que haya vuelto a matarlos?

La coronación

Jacob recorre el salón como un ratón en una jaula. Se conoce cada recoveco de la estancia. Veinticinco metros cuadrados, tres ventanales cubiertos por cortinas moradas, un sofá y tres sillones azules en el centro, el comedor a la derecha y a la izquierda, un escritorio y un sillón negro de piel frente a una estantería barata con las repisas arqueadas por el peso de los libros.

Su hermana Rocío era la propietaria de la vivienda, pero está registrada a nombre de una sociedad. Allí se reunía en secreto con sus hermanos el último domingo de cada mes y era donde se alojaba cuando viajaba a Barcelona para espiar a sus hijas; sus queridas mellizas: Eva y Lilit. Los litros de lágrimas que ha derramado por ellas…

Han pasado seis años desde la última vez que las abrazó. Seis años observándolas desde la distancia, sin poder acercarse a ellas ni poder arroparlas cuando lo necesitaran. Seis años sin poder decirles cuánto las quería y lo que las echaba de menos. Seis años pagando su penitencia y deambulando por el mundo como un fantasma. Seis años sin alma.

Recuerda aquel drástico día como si lo estuviera viviendo en esos instantes.

Organizaron el evento como si de una boda se tratara; se preocuparon del más mínimo detalle. Las túnicas con las capuchas negras, las seis gallinas y los seis gatos, los seis cráneos de cabra al pie de los seis espejos, las velas rojas, los pentáculos, las estrellas, los planetas… Eva y Lilit estaban excitadas.

El gran día se convirtió en el peor de su vida.

Ese sábado siniestro en el que sus hijas ocuparían su puesto acabó con el coche bocabajo y su mujer tirada sin vida en el suelo a unos diez metros de distancia. María y su manía de no abrocharse el cinturón. «Me aprieta el pecho». Y ahora su ausencia le aprieta a él el corazón.

Ese accidente supuso la disolución permanente de la secta y marcó su destino: estaba condenado a vivir separado de sus hijas.

Sabía que alguien los estaba espiando. Hacía días que se encontraba fotografías en el limpiaparabrisas del Land Rover. Quienquiera que

fuera el remitente, conocía su dirección y el coche que conducía, y también a su familia, a la que seguía y fotografiaba en distintos momentos del día: a la puerta de su domicilio, junto al coche, entrando en el trabajo, a la salida del gimnasio, en una cafetería, haciendo cola en el cine…

En todas las imágenes rezaba el mismo texto:

El pasado vuelve del fuego.

Y la misma profecía escrita en el dorso:

Surgirá otro profeta de las tinieblas. La serpiente será decapitada.

La reina será aniquilada. Otro sacrificio manchará la tumba. El cielo y el infierno se funden.

Conocía la predicción y la temía más que a la muerte. Sus hijas representaban a las mellizas a las que se referían esas líneas: la serpiente y la reina. Lilit y Eva.

No tuvo tiempo de reaccionar ante la amenaza mortal. Ocurrió el accidente de tráfico y su esposa murió. Y entonces renunció a su reinado y a sus hijas.

Él era el líder de la secta, el objetivo de la persona que le había manipulado los frenos a su vehículo. Si lo daban por muerto, Lilit y Eva tendrían más posibilidades de sobrevivir. Sin coronación y sin secta, solo serían dos muchachas indefensas, sin poder, sin fuego, sin rabia.

Conocía la testarudez de Lilit y también que persistiría en su empeño de vengarse de la persona que intentó matarlos y que se llevó por delante la vida de su madre, un detalle que se le escapó a Rocío durante la discusión en la que se enzarzaron cuando abordaron el tema de la extinción de la secta. La única manera de que Lilit desistiera de su venganza y poder salvarle la vida era privándola de ella, y eso hizo. Le arrebató lo único que le quedaba en el mundo: su familia.

Quería ahorrarle el sufrimiento de saber que su padre estaba vivo, pero que debía hacerse a la idea de que estaba muerto. ¿De qué sirve tener un padre si no puedes acudir a él? ¿Si no lo ves? ¿Si no lo sientes? ¿Si no le puedes hablar? ¿Si solo existe, pero nunca está? Las circunstancias del destino lo obligaban a morir para sus hijas. Ese era el peaje que debía pagar en la autopista de la vida. Una vida solitaria

y en las sombras. Un castigo cruel

que lo crucificaba y lo resucitaba día tras día. La existencia de sus mellizas suponía una agonía y una fuente de fortaleza. Perecía por ellas cada noche y revivía por ellas al amanecer. Simbolizaban la muerte y la vida.

Se reunió con sus hermanos durante la desaparición de Lilit a raíz de la discusión con su tía Rocío. Acordaron contarle que él y Eva no superaron las secuelas del accidente y prometieron borrarse de sus vidas de cara a la galería y mantener el mínimo contacto hasta que descubrieran a la persona que se encontraba detrás de la amenaza de muerte.

Habían transcurrido seis años y Jacob no había dado con la montaña. Buscó entre los miembros de la secta y sus allegados y entre las amistades de las prostitutas y los mendigos que ofrecieron en holocausto en las últimas misas negras. Tuvo que ser alguien que los vio quemarlos, de ahí el mensaje que rezaba en las fotografías que le dejaron en el Land Rover: «El pasado vuelve del fuego». Alguien que no tenía intenciones de denunciarlos ante la policía, sino de ajusticiarlos.

Había errado de montaña, pero la montaña mortífera había venido a él cabalgada por Jezabel.

¿Cómo es posible que esté viva? La mataron en aquel túnel tenebroso.

Nadie abandonaba la secta y mucho menos después de haber participado en sacrificios humanos. Representaban un pacto de sangre, un acuerdo de muerte.

La siguieron bajo la lluvia cuando salió de su vivienda y él mismo la apuñaló por la espalda cuando se adentró en el pasaje subterráneo que cruzaba la calle. Jezabel se desplomó de bruces en el suelo, con el gorro de su chubasquero rojo cubriéndole la cabeza.

Rocío le derramó por encima una botella de gasoil y Xavier encendió el mechero.

La fuga

David y Jordi aparcan frente al centro penitenciario en el que trabaja Xavier, el padre del difunto Eduard. Él les aclarará por qué su hermano Jacob se hace pasar por muerto y la razón por la que abandonó a Eva y Lilit después del accidente de tráfico en el que falleció su esposa.

El inspector atiende una llamada del Gruñón camino de la entrada. Suelta un resoplido de alivio cuando cuelga. El peso se aligera en su espalda.

—¿Buenas noticias? —le pregunta Jordi.

—Bastante buenas. No maté a un hombre inocente, Jordi. Cotejaron las huellas de Eduard en el AFIS y coinciden con las de un individuo que mató hace unas semanas a un funcionario de prisiones de este centro. Un robo con violencia que acabó en homicidio, según consta en el informe policial.

—¿Eduard mató, hace unas semanas, a un funcionario de la prisión en la que trabaja su padre desde hace unas semanas? ¿No te parece sospechoso?

—Le preguntaremos a Xavier sobre su difunto compañero a ver qué nos cuenta y luego corroboraremos su versión con la del director, que nos confirmará si hubo algún rifirrafe entre ellos.

Un funcionario de prisiones les cierra el paso en la puerta de entrada.

—Hoy no se permiten visitas.

—¿Por qué? —le pregunta Jordi.

—No estoy autorizado a dar información. ¿Nos os llamaron para avisaros?

Jordi le muestra la placa.

—Disculpen, pensé que eran familiares de los presos. ¿Han venido para investigar la fuga?

—¿Qué fuga? —pregunta David.

—Anoche se fugó un preso violento y secuestró a uno de los funcionarios.

—Ese marrón es asunto de los *mossos* —dice Jordi.

—Venimos a ver a tu compañero Xavier.

—Ese es el funcionario secuestrado.

Los dos agentes se lanzan la misma mirada confirmatoria.

No se trata de un secuestro.

Xavier está implicado en la fuga del preso. Ese es el motivo por el que solicitó el traslado y por el que su hijo Eduard mató al funcionario de prisiones unas semanas antes.

O el hombre estaba involucrado en el plan de escape o sabía demasiado.

—Llévanos a ver al director —ordena David.

Una hora después dejan hacer su trabajo a los mossos y a los técnicos y abandonan la prisión con toda la información sobre el prófugo. Llevaba tres meses entre rejas. Lo habían trasladado de la prisión Brians 1 el mes anterior. Celebró la mayoría de edad cortándole la cabeza a una mujer que todavía no habían podido identificar. Todo apuntaba a que la víctima y su verdugo convivían en una vivienda aislada en Cardona y que celebraban ritos satánicos en el cobertizo anexo.

Se encontraba en prisión preventiva a la espera de juicio. Nadie sabía cómo se llamaba ni de dónde había salido aquel muchacho asalvajado de ojos endiablados. No llevaba encima ninguna documentación cuando lo arrestaron ni la encontraron en la vivienda en la que se suponía que vivía.

Tampoco había recibido visitas desde su llegada y se había acogido a su derecho de no declarar.

Se apodaba la Bestia.

La venganza

Xavier contempla el luto de la noche a través de la ventana. No hay luz, no hay vida en el exterior, solo la negrura traspasada por los aullidos del viento. Su teléfono perdió la cobertura durante un tramo del camino y le llevó tres horas llegar hasta la ubicación que recibió por guasap. Una cabaña olvidada en un paraje inhóspito en medio de la nada.

Se distribuye en dos estancias y un pequeño salón cocina que consta de un sofá verde de dos plazas y una mesa enfrente, junto a una chimenea que estaba encendida cuando llegaron. La ducha del baño carece de cortina y el dormitorio está amueblado con dos camas, cubiertas por mantas azules, un armario vacío y dos mesas de noche con dos lámparas, también azules. Las dos ventanas que se abren en la fachada principal están desprovistas de cortinas y persianas.

Un aluvión de preguntas le horadan la mente en busca de respuestas inexistentes. ¿Por qué Rocío dijo que fue Jezabel si la mataron ellos mismos y qué relación la unía con el Sicario de Satán?

Primero su sobrina Lilit, luego su hijo Eduard y ahora su hermana Rocío. El siguiente será él. El nombre de Jezabel entraña muerte.

Saca el móvil del bolsillo de la chaqueta y contempla la imagen de Eduard.

Sus ojos brillan y también su sonrisa, una sonrisa despreocupada que pronto se desvanecería. Le sacó la fotografía un par de días antes de que la tragedia golpeara sus vidas. Fue un viernes en una cafetería del centro de Barcelona.

Llovía a cántaros. Sería la última vez que se tomaría un café con su hijo.

Eduard se embarró las manos de sangre para nada. Él también está muerto y su nombre ha quedado mancillado para siempre. Un simple soborno para agilizar el traslado de centro penitenciario se convirtió en homicidio cuando el funcionario empezó a preguntar demasiado y amenazó con denunciarlos al director del centro si no le ingresaban otros quinientos euros.

Escogió el momento más inoportuno para desafiarlos. El tiempo corría en sus contras y no podían permitirse una pausa para negociar.

Eduard pretendía darle una paliza de muerte que lo disuadiera de futuras amenazas,

y a la muerte lo envió. Sus puños, dominados por una furia desenfrenada, golpearon al funcionario hasta que la última gota de vida salió expulsada de su cuerpo.

Se asoma con sigilo a la puerta de la habitación y observa a la Bestia mientras duerme. No despegó los labios durante todo el trayecto y él lo agradeció. Debía concentrarse en el plan de fuga; no estarían a salvo hasta que llegaran a la cabaña.

Después de engullir las cuatro *pizzas* que los esperaban en la cocina y beberse unas cuantas latas de cerveza, el muchacho se relajó y se volvió más hablador. Necesitaba desahogarse y ser escuchado; necesitaba ser tratado como un ser humano y no como una bestia.

Le habló de su infancia, recluido con su abuela en una casucha aislada en el pueblo de Cardona. Le contó sobre las noches de invierno que su abuela lo obligó a dormir en la intemperie para que se convirtiera en un «hombre», y sobre los gatos y las gallinas narcotizados que mató con sus propias manos a la edad de cinco años.

Mientras el resto de los niños de su edad asistían a clase, a él lo educaba su abuela. Mientras el resto de los niños de su edad jugaban en el parque, él andaba a la caza de gallinas y gatos que después torturaba y degollaba.

Mientras el resto de los niños de su edad se entretenían con cuentos, él leía pasajes sobre el infierno.

Su vida había sido distinta a la del resto de los niños del pueblo. Los acechaba entre los árboles y los detestaba en silencio. Anhelaba sus vivencias, deseaba ser ellos. Envidiaba hasta los puñetazos que se intercambiaban cuando reñían y las llantinas tras caerse de un árbol por estar haciendo el mono sobre las ramas. Ansiaba convertirse en su amigo y ellos ni siquiera sabían que existía y que vivía a unos kilómetros de distancia.

Recibió una educación profana y heterodoxa. Su abuela le arrebató la infancia y la inocencia. Le extirpó la vida. El odio arrasó con cualquier atisbo de sentimentalismo y se enquistó en su alma. Un monstruo, en eso lo habían convertido y eso es lo que era.

La Bestia.

El muchacho se revuelve inquieto en la cama. Un torbellino de emociones contradictorias se agita en su interior y le impide conciliar el sueño. En breve llegará la noche señalada y será libre. Nadie volverá a

decirle nunca más lo que tiene que hacer; nadie volverá a decidir por él.

Matará a cualquiera que se interponga en su camino.

Enciende la lámpara de la mesa de noche y se sienta en el borde de la cama.

Desde allí puede ver a Xavier a través de la ventana. Ha salido a fumar, pero antes lo estuvo observando desde la puerta; primero oyó sus pasos y luego su respiración. Le cae bien; sabe escuchar. Hoy se ha ido de la lengua y le ha dado demasiada información sobre su vida, aunque tampoco debe preocuparse. A la última persona a la que Xavier verá y con la que hablará será él.

Recoge sus pantalones del suelo y extrae un folio plegado del bolsillo trasero. La carta que su abuela le entregó la mañana de su cumpleaños, el día que se enteró de que sus padres estaban vivos. Las líneas que prometían una nueva vida en familia. Palabras que pretendían justificar una decisión imperdonable. El día que nació, su padre se lo arrancó de los brazos a su madre y se lo entregó a su abuela, que lo encerró en la casa del terror hasta que le cortó la cabeza.

Eres el elegido de Satán, hijo mío, mi futuro sucesor. La Bestia, el predestinado para propagar el infierno en la tierra. Todo lo que he hecho ha sido por ti, incluso separarte de tu madre y alejarme de ti. Te prometo que te compensaré todos estos años que hemos vivido lejos.

Pronto acabará todo y estaremos juntos los tres. Tú, la pequeña Babilonia y yo. Te quiero, hijo.

«¡Mentira! No me quieres y yo a ti tampoco. Te odio con lo que me queda de alma. Tú me arrebataste a mi madre y yo te arrebaté a la tuya. Tú me mataste en vida y yo te enviaré a la muerte. Pronto nos veremos las caras, *papá*».

«Pronto nos veremos las caras, hijo mío. Pronto te devolveré a tu madre y estaremos los tres juntos para siempre —murmura el hombre mientras acaricia la imagen de la Bestia—. Espero que te hayan

gustado las *pizzas*, con salsa barbacoa y cuatro quesos, tus favoritas».

Permaneció oculto en las inmediaciones de la cabaña hasta que vio llegar el coche de Xavier y él y su hijo entraron en la casa, su morada provisional durante dos días. En solo dos días tendrá lugar la noche del rito supremo.

Ahora debe ir a por la otra protagonista del cuento.

Se acerca al portátil y contempla la imagen que eligió como salvapantallas.

La mujer de cabello negro y ensortijado, los ojos rasgados, el lunar en la nariz y ese vestido rojo que se ciñe a su cuerpo como un guante. Un ramo de rosas negras en la mano y la cruz satánica de fondo.

«Solo faltas tú».

El chantaje

Xavier vive en una de las casas de piedra que configuran el pueblo prehistórico de Tavertet, que surge sobre un acantilado a doscientos metros de altura en el norte de Barcelona. A diferencia de la casa que le había dejado a su hijo Eduard, la suya carece de blasfemias recorriendo las paredes. Escenifica el domicilio típico de un hombre soltero. Platos y vasos sucios se apilan en el fregadero, prendas de ropa forran los muebles y envases de comida rápida se esparcen en la mesa de comedor.

—De tal palo, tal astilla. Otro *gualo* como su hijo. Si la vecina china de Eduard se pasa por aquí, se le caen todos los rulos y las pinzas de la cabeza —dice Jordi mientras revuelve las latas y levanta las cajas de *pizza*.

—¿Despacho o dormitorio? —pregunta David al tiempo que señala las dos puertas que tienen enfrente.

—Mejor el despacho primero. Dejemos lo de hurgar entre los calzoncillos para el final.

Sobre el escritorio se despliegan dos hileras de fotografías. Las primeras se corresponden con el funcionario al que Xavier presuntamente sobornó y que su hijo Eduard liquidó después. Aparece asomado en una ventana con una taza de café en la mano, sacando a pasear a un chihuahua negro, saliendo de su casa vestido con un chándal azul marino, subiéndose en un Fiat amarillo, entrando en el gimnasio, tomándose un cerveza con una muchacha castaña y el chihuahua sentado en el regazo…

Su cuenta bancaria registraba una transferencia entrante de quinientos euros realizada a nombre de Xavier. A la mañana siguiente, la solicitud de traslado de centro de trabajo pasaba de ocupar los últimos puestos en la montaña de papeles a ser aceptada.

La segunda fila contiene imágenes de Caín, el compañero de celda de la Bestia, y la que debe ser su familia. Su mujer y sus dos hijas entrando en su casa, paseando por el parque, a la salida del colegio y en el supermercado…

—Las víctimas de su chantaje —dice Jordi—. El primero, para que movilizara su traslado y el segundo, para que le cubriera las espaldas

a la

Bestia en la cárcel, aunque viendo cómo se las apañaba el muchacho, creo que sobraba el papel del guardaespaldas.

Mientras David le echa un vistazo a las facturas y a los papeles dispersos sobre el escritorio, Jordi se entretiene en los cajones. Debajo de un paquete de folios encuentra tres sobres blancos. Carecen de dirección y sello.

Idéntico remitente: EL SICARIO DE SATÁN.

Contienen tres fotografías. En la primera aparece la imagen de Lilit muerta, antes de ser descuartizada, y una foto de Eva sobre su cadáver, la misma que encontraron entre las tripas del cuerpo.

Dos palabras, escritas con un rotulador rojo de punta gorda, cruzan la imagen: «LA SIGUIENTE».

La segunda instantánea muestra a Eduard y la acompaña una sola palabra:

«TICTAC».

La última la protagonizan una muchacha castaña, de unos treinta años, y una niña pequeña en su regazo, y otra amenaza enmascarada: «TU NIETA».

En el dorso de las tres fotografías figura la misma frase: «El pasado vuelve del fuego».

—Ya sabemos la razón por la que Xavier ayudó al preso a escapar —dice David—. Está siendo víctima de un chantaje que tiene que ver con su pasado y que amenaza el futuro de su familia.

—Chantajista y chantajeado. Nos mintió para proteger a sus seres queridos.

No lo culpo. ¿Por qué no acudió a nosotros?

—Para que no indagáramos en ese pasado que persigue a los miembros de esa familia y destapáramos ese secreto que los está matando uno a uno.

Eduard hubiera acabado muerto de todas maneras. Si no lo hubiera matado yo, lo habría hecho el Sicario de Satán antes de que descubriéramos que era una posible víctima. Tenemos que investigar a

fondo sus vidas y la de la Bestia. Tengo una corazonada con ese muchacho. Algo me dice que está vinculado con la figura misteriosa de Jezabel. Pero primero debemos proteger a la hija de Xavier y a su nieta y avisar a los agentes que vigilan a Eva para que extremen las precauciones, porque todos los indicios apuntan a que la tal Jezabel tiene intención de matar a toda la familia y a todo el que escarbe en su vida. Por eso están muertos Adolf, Helena, Dolors y la psicóloga Puig. La curiosidad acabó con los tres primeros y la última formaba parte de un pasado que debe ser erradicado.

Mientras Jordi se encarga de contactar con los compañeros para que localicen a la hija de Xavier y le envíen protección, David telefonea a

Adara para que le pase con los agentes que custodian a Eva. A través de ella tardará menos que llamando a la comisaría para que le faciliten sus datos.

Ningún agente vigila la habitación porque Eva ya no está ingresada allí.

—¿Quién ordenó el traslado?

—Su familia. Los papeles los firmó su tía Rocío.

—Rocío está muerta, Adara.

Eva

El hombre tumba a Eva sobre la cama y contempla su rostro dormido mientras le acaricia el cabello. Su secuestro resultó más sencillo de lo que supuso. Aprovechó el cambio de turno de los agentes que la vigilaban y los veinte minutos que tardaban en tomarse dos cafés durante el relevo. A punta de pistola obligó al enfermero a conducir hasta una vivienda abandonada en los contornos de la ciudad. Cuando él y su compañero bajaron la camilla de la ambulancia, los mató.

El conductor fue el primero en morir; lo tenía más cerca. Se le acercó con sigilo por la espalda, le tapó la boca con la mano y le seccionó la yugular.

Cuando su compañero vio el cuerpo desplomarse en el suelo y alzó la cabeza, le enterró el cuchillo en el pecho y le atravesó el corazón. Percibió en sus ojos el pánico a la muerte mientras las convulsiones lo sacudían. Su mirada suplicante implorando un soplo más de esa vida que se fugaba con cada bocanada. Murió con los ojos abiertos, clavados en su sonrisa macabra.

Introdujo los cuerpos en la parte trasera de la ambulancia y la ocultó en el cobertizo adyacente a la casucha, donde había dejado su coche unas horas antes.

Tres cuartos de hora más tarde cruzaba la puerta de su casa con Eva en brazos.

Lo consiguió.

—Lo consiguió. Al final se la llevó —dice David mientras le echa un vistazo a los papeles del traslado de Eva.

La autorización que Rocío le firmó a Helena el día que el Sicario de Satán simuló su muerte en la bañera. Contactaron con el hospital en el que se suponía que la ingresarían y la directora les comunicó que la ambulancia no había llegado. La persona que se presentó con los papeles del traslado era un individuo con una gorra negra y una chaqueta de camuflaje verde.

—Lo siento muchísimo —se disculpa Adara entre sollozos mientras entierra los dedos en sus rizos rojos—. Como me dijisteis que el Sicario de Satán estaba muerto y no sabía que Rocío también había muerto, no sospeché nada… Acababa de terminar un turno de

veinticuatro horas y preparé el papeleo de forma automática. Después llegó Samuel y…

—¿Samuel también habló con el enfermero que se llevó a Eva?

—Y le pidió acompañarlos, pero el hombre le dijo que no había hueco en la ambulancia.

—¿Estás segura de que no llegó a irse con ellos o los siguió en su coche?

—No lo creo… Los dejé hablando y me fui a cambiar. Cuando volví, ya no estaban por todo esto.

David marca el número de Samuel.

—Está apagado.

Los dos agentes se miran con los mismos ojos frustrados.

Si Samuel se empeñó en acompañar a Eva, su cabezonería podría costarle la vida.

¿Otro muerto?

Los móviles

La ambulancia que se llevó a Eva no ha llegado al hospital, ni el conductor ni su acompañante contestan sus móviles, Samuel sigue sin dar señales de vida y no está en su domicilio.

Adara se ofrece a conducirlos hasta la casa de campo del prometido de Eva, situada en el pueblo medieval de Rupit i Pruit. Perteneció a sus abuelos.

Vivió allí hasta que se mudó con Eva a Barcelona y es donde se refugia cuando necesita estar solo.

Aparcan frente a una casona de piedra entre árboles y riscos. La apariencia tétrica que la hostilidad del entorno le confiere a la construcción es magnificada por el viento que azota las ramas y que los recibe a empujones en cuanto se apean del Mini rojo de Adara. Está comenzando a lloviznar. El inspector observa los alrededores. A unos metros de la casa se levanta un cobertizo de grandes dimensiones. El grosor de la cadena y el tamaño del candado desmoralizan a cualquiera que pretenda forzar la puerta.

David hace un último intento de contactar por teléfono con Samuel mientras rodea la vivienda. Jordi aporrea la puerta vociferando su nombre.

—Su coche está aparcado detrás de la casa y hay sangre en el asiento trasero —dice David cuando regresa.

—¿Samuel iba con alguien cuando lo viste? —le pregunta Jordi a Adara.

—Estaba solo, creo.

¿A quién pertenece esa sangre? ¿Y dónde está Samuel?

Jordi se acerca a una de las ventanas y espía el interior a través de un resquicio entre las cortinas.

Lo primero que ve es un sillón orejero marrón posicionado hacia la ventana.

Sobre la mesa situada enfrente hay un libro y dos móviles.

—Sus teléfonos están ahí. Para ser hetero, esas fundas no lo dejan en muy buen lugar.

David asoma la cabeza. Reconoce esas carcasas rojas con corazones naranjas. Sus propietarias los sujetaban en la mano cuando se reunió con ellas en el hospital donde Eva estaba ingresada.

—Son los móviles de Helena y Dolors.

—¿Y qué coño hacen aquí? ¿Samuel es el Sicario de Satán?

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Para qué cojones iba a secuestrar a su prometida? El Sicario de Satán ya intentó despistarnos una vez inculpando a Eduard y ahora está haciendo lo mismo.

—¿Quieres decir que el Sicario de Satán estuvo aquí y que es posible que nos encontremos a Samuel muerto dentro de su casa?

La respuesta de David se esconde en un silencio sospechoso y en una mirada temerosa.

—Volvamos a tocar. Algo no me gusta.

Mientras vuelven junto a Adara, David repara en el hilo de gotas rosáceas que la lluvia ha difuminado en el suelo. Muere en la puerta de entrada.

Parece sangre.

Jordi sigue la mirada del inspector y también descubre el hallazgo.

—¿Echamos un vistazo? —sugiere mientras busca el juego de ganzúas en el bolsillo del pantalón.

—Tú espera en el coche —le ordena David a Adara, que no se ha percatado de nada.

Abren la puerta, desenfundan sus armas y llaman a Samuel mientras siguen las salpicaduras que recorren el pasillo hasta la estancia que se abre a mano derecha. Un conjunto de mesas de diferentes formas y tamaños se distribuye entre paredes de estanterías y una colección de sillas y sillones de varios estilos ocupa cada recoveco. El rastro de sangre acaba entre las dos estanterías situadas al fondo, pero no hay ningún cadáver.

No hay nadie.

Reculan sobre sus pasos y le echan un vistazo al resto de la casa. Está vacía.

—¿Dónde cojones está Samuel? —dice David de regreso al salón—. ¿Y a quién pertenece la sangre? ¿Quién iba con él en el asiento trasero de su coche?

—¿Él y conducía el Sicario de Satán?

David desvía la vista hacia el libro sobre el que estaban los móviles: *El libro de la ley*, de Alistair Crowley. El libro del satanismo. ¿Qué hace Samuel con un ejemplar? Las blasfemias que encontraron escritas en las paredes de la vivienda de Eduard fueron extraídas de sus páginas. Le echa un vistazo.

En la contraportada reza una frase: «Tu biblia. Jezabel».

Abre el libro por las páginas que presentan las esquinas dobladas y revisa las líneas marcadas con un rotulador rojo.

Soy la llama que arde en todo corazón de hombre y en el fondo de toda estrella. Soy vida y el dador de vida. Sin embargo, por esto el conocerme es conocer la muerte.

Surgirá otro profeta de las tinieblas. La serpiente será decapitada.

La reina será aniquilada. Otro sacrificio manchará la tumba. El cielo y el infierno se funden.

Temblad, oh, Pilares del Universo, porque la Eternidad está por parir un Hijo Terrible: generará un universo de Tinieblas, del que saltará una chispa que hará huir a su padre. Los obeliscos han sido destruidos; las estrellas se han precipitado hacia su mutuo encuentro: la Luz se ha zambullido en los Abismos: el Cielo y el Infierno se han mezclado.

Una fotografía se escapa de entre las páginas y cae al suelo. Jordi la recoge.

Una imagen antigua. Aparece Eva abrazada a su hermana Lilit.

El dorso está cubierto de frases.

No hay más dios que yo. No hay más diablo que yo.

Blasfemo de los dioses, reniego de los mortales. Soy fuego y el fuego arde.

¡Maldigo a todos los dioses! ¡Maldigo a los humanos! ¡Maldigo el mundo!

Solo yo existo. Adoradme o morid.

«Adoradme o morid», la misma sentencia grabada en el cadáver de Cati.

Los cuartos secretos

David y Jordi inspeccionan la estancia. Detrás de un conjunto de espejos de cuerpo entero descubren dos puertas. Están cerradas con llave.

Jordi fuerza la primera con su inseparable juego de ganzúas. Unas escaleras angostas y empinadas los conducen hasta un sótano de paredes negras. Más espejos y, entre ellos, dos congeladores blancos al fondo.

Uno está lleno de gatos y el otro, de gallinas.

—¿Todavía te quedan dudas de quién es Samuel? —le pregunta Jordi—. ¿Crees que el Sicario de Satán cargó con dos congeladores y con dos sacos de animales muertos solo para culparlo?

—Sigo sin encontrarle sentido a que sea el Sicario de Satán. ¿Para qué secuestrar a su prometida? ¿Por qué no esperar a que despertara del coma?

¿Para qué llevársela en ese estado?

—Te recuerdo que me dijiste hace unas semanas que en la mente de un asesino serial ocurren las ideas más disparatadas.

—Volvamos arriba y revisemos el resto de la casa.

Se dirigen a la puerta contigua y Jordi se ayuda de las ganzúas para abrirla.

Se encuentran con un despacho equipado con un sofá negro de dos plazas, una mesa auxiliar enfrente, un escritorio y una silla. El inspector se acerca al portátil abierto sobre la mesa mientras Jordi se encamina hacia la pared del fondo. Presenta un mosaico de fotografías.

El ordenador está encendido, aunque bloqueado. David prueba con la contraseña «el Sicario de Satán» de todas las formas que se le ocurren.

Primero todo en mayúscula, luego solo las letras iniciales, luego una sí, una no; una sí, dos no… Nada. Se dispone a seguir a Jordi cuando un detalle crucial, que pasó desapercibido, retorna a su mente como un *flashback*.

La imagen que Samuel escogió como salvapantallas.

La mujer de cabello negro y ensortijado, los ojos rasgados, el lunar en la nariz y ese vestido rojo que se ciñe a su cuerpo como un guante. Un ramo de rosas negras en la mano y la cruz satánica de fondo.

Es Eva en la misma imagen que encontraron entre las tripas de su hermana Lilit. La fotografía que le sacó Adolf y que, supuestamente, solo tenían él y el Sicario de Satán.

—Tienes que ver esto —lo reclama Jordi, que permanece paralizado frente al mural de imágenes colgadas en la pared.

David les echa un vistazo. Eva, su hermana melliza Lilit, su primo Eduard, su tía Rocío, su tío Xavier, el periodista Adolf, la psicóloga Puig y sus amigas Helena y Dolors. Hay meses de diferencia entre ellas, puede que incluso años. Algunas fueron captadas mientras los protagonistas se tomaban unas cañas en una terraza, vestidos con prendas veraniegas, y otras mientras bebían chocolate en una cafetería, abrigados con chaquetas, gorros y guantes. En algunas están solos y en otras aparecen acompañados. Eva con Adolf; Helena con Dolors; Dolors con su jefe y amante, el marido de la psicóloga Puig; la psicóloga Puig con Eduard; Eduard con Lilit; Lilit con Adolf...

—¿Todavía piensas que todo esto forma parte del juego de despiste del Sicario de Satán? —pregunta Jordi.

—Samuel es el Sicario de Satán, no me lo puedo creer.

Extrae el móvil del bolsillo de su inseparable cazadora marrón y llama al Gruñón para que envíe a los de la científica y agilice la orden de búsqueda y captura contra el prometido y secuestrador de Eva.

Después de soltarle un rapapolvo por «haberse pasado el procedimiento por el arco del triunfo» por centésima vez en menos de un mes y ordenarle que se presente en su despacho desde que ponga un pie en la comisaría, su jefe lo informa de que los *mossos* ya habían interrogado a Caín, el compañero de celda de la Bestia.

Les contó que Xavier lo chantajeó con matar a su familia si le ocurría algo al muchacho y también le prometió entregarles dinero si pasaba la noche en la enfermería y mantenía la boca cerrada. La Bestia le dejó su libro preferido escondido debajo de la almohada.

— *El libro de la ley* —dice David.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acabo de tener un ejemplar en mis manos. Se comprende que es el libro por el que se regía la secta.

—Tiene una dedicatoria: «De tu abuela, Jezabel».

—¿Jezabel es la abuela de la Bestia?

—Era. Lleva tres meses muerta. Al parecer, era la mujer a la que la Bestia decapitó en su cumpleaños. El día de la fuga, cuando Caín se levantó para fingir una gastroenteritis y pasar la noche en la enfermería, oyó a la Bestia maldiciendo en sueños a la «puta bruja» de su abuela Jezabel y presumiendo de haberle cortado la cabeza después de soplar las velas de la tarta.

Si Jezabel está muerta, ¿por qué dijo Rosa que fue ella?

De regreso al coche, donde Adara se entretiene enlazando sus rizos rojos en una trenza, David desvía la vista hacia el cobertizo que se levanta amenazante a su izquierda. El aura misteriosa que envuelve la construcción le provoca escalofríos. Lo repele y lo atrae a la vez.

—¿Crees que puedas abrir esa puerta con tus ganzúas mágicas? —le pregunta al subinspector mientras señala hacia el cobertizo.

Jordi le echa un vistazo al candado que sujeta la cadena.

—Y sin ellas. Estoy seguro de que la llave está en el juego que había en la mesa del salón. Voy por ella.

Cinco minutos más tarde abre la puerta y se adentran en los suburbios tenebrosos del infierno. Se encuentran con un gallinero a la derecha y una hilera de estatuas de divinidades egipcias distribuidas alrededor de un altar que se levanta en el centro; una estrella de seis puntas y un dragón de siete cabezas pintados con sangre animal en el suelo, junto a los nombres de los tres ángeles negros Satariel, Uriel y Thaumiel; las paredes forradas de espejos; cortinas de tiras coloridas y pentagramas dibujados con velas rojas en el suelo. Símbolos zodiacales, planetas y letras del alfabeto hebreo garabateados en el techo.

Encima del altar hay una lámpara tibetana verde y un portarretrato del tamaño de una libreta pequeña. Jordi lo coge y contemplan la imagen del muchacho rapado que mira hacia la cámara con el ceño fruncido y ojos de diablo.

Es la Bestia, el nieto y verdugo de Jezabel.

Bon Jovi reclama a David y atiende la llamada.

—Acaban de informarme de que la Bestia recibió visitas cuando estaba en la prisión Brians 1 y todas fueron de Samuel en su labor como periodista —dice cuando cuelga—. Creo que estamos de acuerdo en que Samuel no se presentó allí para entrevistar al preso, sino para organizar su fuga. ¿Qué relación lo une a ese muchacho?

Jordi devuelve la atención a la imagen de la Bestia, la saca del portarretrato y observa el reverso: «Mira qué grande y qué guapo está tu hijo. Te quiero, Jezabel».

—Aquí tienes la respuesta: madre, hijo y nieto. Jezabel era la madre de Samuel y la Bestia es su hijo.

Las mentiras

David relee el resultado del análisis por décimo sexta vez. Ha llamado a Andreu unas ochenta veces y el forense le confirmó esas ochenta veces que el ADN que extrajeron del cepillo de dientes se corresponde con el que tienen registrado. En las últimas cuarenta llamadas también lo «mandó a la mierda» y lo amenazó con bloquearlo si lo volvía a telefonear.

El ADN coincide.

En decenas de ocasiones ha tenido enfrente al violador y asesino de Cati. Le dio información confidencial del caso al hombre que están buscando. Le estrechó la mano e incluso se apiadó de él por su boda frustrada y el coma de Eva. Se había compadecido del hijo de puta por el que estuvo tres meses de baja.

Se deja caer en una de las sillas que rodean la mesa de la sala de reuniones, aprieta los labios y niega con la cabeza. Samuel jugó con ellos desde el principio. Conocía las raíces sectarias de Eva y las cuentas pendientes que su padre Jacob y sus tíos, Rocío y Xavier, tenían con Jezabel. Samuel estaba cumpliendo la venganza que su madre estuvo años fraguando.

¿Encontrarán a Eva muerta en algún lugar maldito? ¿La violará y la descuartizará como a Cati? ¿Cuántas veces tiene que revivir esa tragedia?

Exhala un suspiro de angustia mientras la tristeza que se ha instalado en sus ojos se derrama por sus mejillas.

Exhala un suspiro de angustia mientras la tristeza que se ha instalado en sus ojos se derrama por sus mejillas.

«Te echo de menos, mamá —lloriquea Samuel mientras acaricia el rostro de Jezabel en la fotografía en la que acurruca a la Bestia entre sus brazos—. Mataste a tu abuela, mataste a mi madre —murmura cuando desvía la vista hacia la imagen de su hijo. Tendría unos cinco o seis años en esa época—. Eres el diablo personificado. La Bestia. El odio te arde en las venas. Serás un buen sucesor. Hicimos un buen trabajo contigo. Tu abuela se sentirá muy orgullosa de ti allá donde esté».

La voz de Bon Jovi rasga el silencio apesadumbrado que flota en la

sala de reuniones. David atiende la llamada. Encontraron la ambulancia en un cobertizo abandonado. Los cadáveres de los dos enfermeros estaban tirados en la parte trasera, pero no había rastro de Eva. La camilla que la transportaba y el aparato que la mantenía con vida permanecían allí y las impresiones de neumático moldeadas en el suelo pertenecían a un todoterreno. Samuel se llevó a Eva en su coche y desintubada. Morirá si no la ingresa en un hospital, si no está muerta ya.

Si su objetivo es matarla, ¿por qué no lo hizo cuando estaba hospitalizada?

¿Para qué exponerse tanto y arriesgarse a que lo descubrieran? ¿Y a qué viene la pantomima de la boda? ¿Por qué esperó cuatro años para consumar sus planes?

Jordi entra por la puerta con un churro en la mano.

—¿Por qué no me has cogido el móvil? —lo increpa David.

—Porque se me quedó en el laboratorio. Acabo de ir por él.

—Espero que al menos traigas buenas noticias, ya que te sobró tiempo para comprarte unos churros.

—Solo fueron cinco minutos y los pedí en la cafetería de abajo. Tengo información, aunque no nos sirva para localizar a Samuel. ¿Quieres un churro? —pregunta mientras le tiende la bolsa.

—No sé cómo no te salen churros por las orejas —dice al tiempo que rechaza la invitación con la mano—. Ponme al día.

—Samuel es igual de mentiroso que todos los implicados en este caso.

Llamé a la editorial en la que, supuestamente, trabaja para pedirles su dirección en Bilbao, que es donde nos dijo que lo habían destinado. Pues bien, me pasaron con el dueño, que ya volvió de vacaciones, y me dijo que Samuel dimitió días después del incendio de la editorial. Le contó que, tras la boda, tenía pensado irse a vivir con Eva a Fuerteventura.

—Una vía de escape. Nos ocultó su dimisión para poder preguntarnos sobre el caso sin levantar sospechas.

—Y para que no sospecháramos de él por haber renunciado a su trabajo unos días después de la muerte de Adolf. El dueño también me

dijo que le echó un vistazo al artículo que Adolf escribió y le pareció escalofriante.

Trataba de una familia, una secta satánica y una amenaza mortal que los perseguía desde hacía años, pero no recuerda nada más. El tema le desagradó y le pidió a Samuel que supervisara el escrito antes de publicarlo.

Dice que si alguien puede darnos información sobre el contenido, es él. Al

parecer, Adolf y Samuel eran amigos íntimos y lo estaba ayudando con la investigación.

—Samuel nos ha manipulado desde un principio como ha querido. Nos ha mentido en todo. Me mintió cuando me dijo que no conocía a Lilit y que Eva no estaba relacionada con las sectas satánicas. También me mintió cuando me dijo que Eva había cambiado las contraseñas y que no podía acceder ni a su ordenador ni al portátil. Y volvió a mentirme cuando me dijo que Adolf no le caía bien. Nos lanzó tras la pista de su artículo a sabiendas de que nos adentraríamos en un callejón sin salida. De paso, desviaría el foco de la investigación hacia las sectas satánicas, otro muro infranqueable. Después trató de culpar a Eduard de los asesinatos. Hemos sido sus gallinitas ciegas, corriendo como gilipollas detrás de las pistas falsas que nos ha ido dejando. ¿Desde cuándo lleva planeando estos crímenes?

—Desde hace seis años como mínimo. Otra cosa, estuve husmeando en el Registro de la Propiedad y la vivienda en la que estuvimos es el único inmueble que aparece inscrito a su nombre.

David se incorpora y se asoma a la ventana con la vista perdida en todo y en nada, igual de perdido que está él. Siente que se mueven en el terreno pantanoso de la incertidumbre. Las incógnitas dan tumbos por los senderos de las sospechas levantando piedras que descubren más sospechas.

«¿Por qué? ¿Ese artículo fantasma es el desencadenante de este derramamiento de sangre? ¿Adolf descubrió lo que le pasó a tu madre y lo pensaba publicar? ¿Por qué ocultaste a tu hijo? ¿Por qué se lo quedó Jezabel y qué fue lo que le ocurrió en el pasado? ¿Por qué te llevaste a Eva y qué piensas hacer con ella? ¿Y dónde estás?».

Samuel

Samuel desliza la estantería corredera y permanece al acecho durante unos minutos. Solo oye silencio. Ya estaba a punto de llamar a su abogada para pedirle que redactara un contrato de arrendamiento pensando que los policías se quedarían a vivir allí. Los oyó trastear de aquí para allá hasta que se durmió cerca de las tres y media de la mañana. Por un momento temió que encontraran la puerta que conducía hasta el búnker que su abuelo mandó construir en época de guerras.

Echa un vistazo por la casa. Las dos puertas que cerró con llave están abiertas. La policía encontró los congeladores en los que guarda los gatos y las gallinas y también la habitación anexa. Se llevaron su portátil y las fotografías que colgaban de la pared. Camina en dirección al dormitorio. El contenido de los cajones de la cómoda y del armario se esparce por el suelo.

La ropa de cama está revuelta y el colchón, torcido.

Vuelve al salón. Los móviles de Helena y Dolors también han desaparecido.

Observa los libros abiertos sobre las mesas y en los sillones, los cojines tirados por el suelo, las cremalleras abiertas de los forros y los tres asientos reclinados contra el respaldo. Ni el libro de Alistair Crowley ni la fotografía que ocultaba entre sus páginas aparecen por ninguna parte. No le dio tiempo de guardar nada y se lo habían llevado todo.

«Con razón estuvieron tanto tiempo. Se lo pasarían en grande poniéndolo todo patas arriba, los muy hijos de puta».

Se asoma a la ventana y mira hacia el cobertizo. La cadena y el candado están tirados en el suelo. Corre hacia el edificio. Su temor se materializa en cuanto cruza la puerta y examina el altar. Falta el portarretrato. Se llevaron la fotografía de su hijo.

Después de lanzar contra el suelo la mitad de las estatuas divinas y de escupir cientos de maldiciones, vuelve al interior de la casa. Adecenta el dormitorio y baja al búnker a por Eva. Sigue dormida en el sofá donde la recostó. La coge en brazos y la lleva hasta la habitación. La tumba en la cama, le cubre el cuerpo con la manta y se sienta a su lado.

Le aparta los rizos del rostro y acaricia su mejilla. La herida de la cabeza ha mejorado bastante y no ha vuelto a sangrar. Se tropezó con una piedra cuando la cargaba en brazos hasta el coche y se cayeron de bruces. Él se levantó con un par de rasguños en las manos, pero Eva actuó como su colchón y se golpeó la cabeza contra un pedrusco. Le comprueba el pulso en la muñeca y observa el balanceo de su pecho. Se contonea a un ritmo sosegado, el ritmo pausado y monótono del estado de letargo.

«Ya solo faltan horas. Hoy es la noche del rito supremo, la noche que marcará un nuevo hito. Hoy todo cambiará. Hoy despertarás. Se acabó el papel de bella durmiente».

La besa en la boca y vuelve al salón. Comprueba entre las cortinas que todo está en orden en el exterior, extrae el móvil del bolsillo del pantalón y marca el número de Xavier. Hoy también es su gran día. Se reunirá con su familia.

¿La viva o la muerta?

El pasado

Samuel se impacienta. ¿Por qué Xavier no le coge el teléfono? Le recalcó mil veces que no se despegara de él. Lo detestó desde la primera vez que lo llamó y se negó a seguir sus órdenes. Tuvo que matar a su sobrina Lilit y amenazarlo con que la siguiente sería Eva para que se tomara en serio sus advertencias y solicitara el traslado de prisión. Después se valió de su hijo Eduard para apremiarlo con la fuga y, en vista de su pasividad, lo mordió en su punto débil: su nieta.

Puede asesinar a sangre fría y sin pestañear a mendigos, prostitutas y a cualquiera que se inmiscuya en sus planes, pero los niños son un asunto bien distinto. Nunca les tocaría un solo pelo, pero se acercaba la noche del rito supremo, su hijo seguía encerrado en la cárcel, Xavier se retrasaba con la fuga y la pequeña Esmeralda interpretaba el rol perfecto.

El funcionario de prisiones le responde al sexto tono; estaba fumando fuera y dejó el móvil sobre la mesa. La Bestia ni lo avisó de que lo estaban llamando ni se inmutó cuando Xavier se lo reprochó. Samuel le pide que le pase con el muchacho, que escucha impávido lo que su padre le comunica.

Luego le devuelve el teléfono a Xavier, que se acerca a la ventana y comprueba los alrededores siguiendo las instrucciones de su interlocutor.

Entretanto, la Bestia busca debajo del sillón el cuchillo que su padre acaba de mencionarle.

—Hoy terminará tu pesadilla, Xavier, hoy es la gran noche. ¿Sabes qué día es hoy? ¡¡¡El cumpleaños de Satán!!! —dice Samuel.

«El treinta y uno de octubre, la noche del rito supremo. Una vez cada seis años», piensa Xavier.

—¿Recuerdas la profecía? —le pregunta Samuel—. Hoy la reina será decapitada en la montaña.

«¿Eva?».

—¿Quién eres y qué quieres?

—¡El pasado vuelve del fuego! ¿Te acuerdas de Jezabel?

Se hace un silencio.

—Sí, hombre, esa que tú y tus hermanos apuñalasteis y quemasteis en un túnel.

Un segundo silencio en el que se filtra la respiración agitada de Xavier entre el susurro del miedo.

—¿Estás imbécil o qué? ¡¿Que me contestes?! ¿Te acuerdas de ella?

—Sí —dice Xavier en un murmullo.

—¿Pues sabes qué? ¡Que no murió, hijo de puta! Matasteis a su mejor amiga, que fue a visitarla y le pidió un paraguas cuando se marchaba porque había empezado a llover. Jezabel le ofreció el chubasquero rojo que solía llevar a diario y las confundisteis. Os vio pasar por la ventana y os reconoció, y en tu contra tengo que decirte que os siguió. Vio cómo Jacob apuñalaba a su amiga por la espalda y Rocío le derramaba encima una botella de gasoil. ¿Y a qué no sabes qué más vio? ¿Te lo imaginas?

Xavier traga saliva como si fueran bloques de hielo.

—¡Veo, veo! ¡Veo, veo! ¿Qué ves? ¡Una cosita! ¿Y qué cosita es? ¡Empieza por la «X»! —canturrea Samuel—. Te vio a ti, Xavier. Vio cómo encendías el mechero y prendías la chispa que acabó con la vida de su mejor amiga.

Era madre de una niña de dos meses. ¡Dejasteis huérfana a su hija, hijos de puta!

Samuel hace una pausa para deleitarse en la respiración cada vez más sofocada de Xavier. Puede oler sus dudas y el pánico que estremece su cuerpo.

—¿Y sabes qué más? Que la profecía se cumple: «Temblad, oh, Pilares del Universo, porque la Eternidad está por parir un Hijo Terrible: generará un universo de Tinieblas, del que saltará una chispa que hará huir a su padre.

Los obeliscos han sido destruidos; las estrellas se han precipitado hacia su mutuo encuentro: la Luz se ha zambullido en los Abismos: el Cielo y el Infierno se han mezclado».

Xavier cierra los ojos y suspira hondo. Acaba de entenderlo todo. Es él…

Jezabel estaba embarazada… Por eso desertó de la secta…

Las palabras de Samuel confirman sus premisas.

—Soy el hijo de Jezabel y la Bestia es mi hijo, y hemos venido a recuperar nuestro infierno —es lo último que escucha antes de sentir un pinchazo en la zona lumbar, luego otro seguido de un tercero, y otro más y después un sinfín de ellos cuando se desploma en el suelo.

La Bestia lo apuñala hasta que se aburre.

Xavier

—Tiene que ser por aquí —dice Jordi—. Esta es la zona por donde rastreamos la señal del móvil. No debemos andar muy lejos.

—Vuelve a llamar a los *mossos* y pídeles que nos envíen su ubicación.

—Ahí están —exclama mientras señala al agente que les hace aspavientos con una linterna.

David se desvía del camino y avanza entre trompicones hasta una casucha maltrecha en medio de la nada. La actitud pasiva que muestran los dos hombres que están apostados en la puerta los desmoraliza. Xavier y la Bestia se escaparon, lo ven en sus rostros frustrados.

—Hay un muerto. Xavier, el funcionario de prisiones —los informan cuando alcanzan la puerta.

Se adentran en la vivienda y se acercan al cadáver. Está tirado bocabajo, junto a la ventana, con la espalda cosida de puñaladas.

—El cuerpo está caliente y la sangre no se ha coagulado. La muerte es reciente. El asesino no debe andar muy lejos —dice el *mosso* espigado que se encuentra junto al muerto.

—Jordi, llama al jefe y pídele que envíen controles a todas las carreteras y que detengan todos los putos coches —ordena mientras se acerca al cuerpo para examinarlo de cerca.

El manchurrón de sangre que se oculta debajo de la mano izquierda capta su atención. Su morfología difiere de la de las heridas infligidas. No se trata de proyecciones ni salpicaduras, sino pintadas. Le pide unos guantes a los *mossos* y aparta la mano del muerto.

La sangre descubre una fecha y un garabato. El treinta y uno de octubre y una especie de montaña.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Jordi cuando finaliza la llamada.

—Xavier nos dejó un mensaje antes de morir.

—¿En escritura jeroglífica? ¿No podía ser más explícito? El treinta y uno de octubre es hoy. Podía haber escrito «hoy», por ejemplo, y

utilizar el resto

del tiempo que le quedaba de vida en explicarnos qué coño significa esa montaña desinflada que dibujó al lado.

—Puede que escribiera la fecha porque no se refiere a un contexto temporal, sino a lo que representa.

—La noche de Halloween, la fecha que señala el inicio del año satánico. La noche en la que los muertos conviven con los vivos. Y es hoy.

—Y el dibujo representa el lugar donde planea sacrificar a Eva.

—¿En una puñetera montaña desinflada?

—La montaña sagrada de Montjuic y su agujero del diablo. La montaña en la que los demonios se enfrentaron a Santa Madrona. Siempre ha estado vinculada con la brujería y con los rituales ocultistas y es un lugar muy frecuentado para la celebración de misas negras.

—Pues estamos apañados entonces. Aparte de su extensión, hay kilómetros de túneles subterráneos en su interior.

Samuel

Samuel contempla emocionado el escenario, ambientado en el infierno, que preparó para la celebración del rito supremo. Llegó su momento.

Sesenta y seis velas rojas dibujan un pentáculo invertido. Seis cabezas de cabra descansan al pie de seis espejos, junto a seis vasijas con carne y sangre animal. Seis gatos sin piel y seis gallinas sin cabeza se distribuyen en una alfombra de estrellas de seis puntas, cruces satánicas y planetas pintados con sangre animal en un suelo negro. En el altar que preside la estancia yace el cuerpo aletargado de Eva sobre un mantel rojo. Junto a ella, el bolígrafo de Satán, la cuchilla que rasgará el número 666 en su cuerpo.

Se acerca a un espejo y comprueba el estado de la túnica negra, con la cruz satánica roja cosida en el pecho, que su madre le confeccionó a mano para la ocasión. Cuánto la echa de menos y lo que habrían disfrutado juntos ese día. Llevaban toda la vida aguardando ese momento. Desde que tuvo uso de razón, Jezabel le habló sobre los demonios del infierno. Lo despojó del candor y le inculcó maldad. Se había dormido escuchando historias estremecedoras sobre Satán. Se había criado con biberones de fuego.

Se mira a los ojos en su reflejo. Ojos contaminados de la misma rabia indómita que vio cristalizada en la mirada de su hijo cuando lo recogió en la cabaña después de la fuga. Rabia incrustada en el alma; sudor de rabia y pupilas de rabia. Hedía a rabia engendrada durante años, apestaba al fuego inagotable del infierno.

Samuel se sonríe en el espejo. Se enorgullece de sí mismo. Lo que le ha costado llegar hasta allí y la de personas que han muerto por el camino.

El primero fue su querido amigo Adolf. Le debe la vida, a él y a su bendito fanatismo satánico. Adolf los llevó hasta Eva. Jezabel leyó uno de los artículos que publicó sobre ella y la reconoció. Habían dado con una de las hijas de Jacob después de casi dos años dándolos por perdidos, desde aquel sábado tormentoso de octubre en el que le sabotearon los frenos a su coche.

Pero fallaron en su tentativa de acabar con toda la familia, solo murió la

mujer y los supervivientes se esfumaron. Eva los conduciría hasta ellos. Los planes se reanudaban, la venganza se cocía a fuego lento.

Consiguió hacerse un hueco como periodista en la editorial en la que Adolf trabajaba. Su objetivo era trabar amistad con él, sonsacarle información sobre Eva y acercarse a ella. Y así fue como se enteró de que Eva había perdido la memoria y que estuvo viviendo un tiempo con su tía Rocío en Madrid. Una ruptura amorosa la llevó de vuelta a Barcelona para escribir su nueva vida en una página en blanco.

En este caso, la página sería negra y la tinta, rojo sangre.

Adolf se la presentó, Eva se sintió atraída por él y no se separaron durante toda la velada. Quedaron para desayunar a la mañana siguiente y se despidieron al anochecer. El romance no entraba en sus planes, pero le facilitaba el control de Eva hasta que llegara la hora de sacrificarla. Todavía faltaban años para la ceremonia del rito supremo y una relación sentimental les garantizaba mantenerla a la vista hasta esa fecha, el día de las coronaciones eternas. Ningún líder podía ser destronado en las consagraciones efectuadas esa noche. Las órdenes del nuevo mentor se consideraban irrefutables y la alternativa del debate se extinguía. Su palabra era ley y ellos, eternos. Solo la muerte podía arrebatarles ese poder absoluto que ejercían sobre sus súbditos. Una dictadura satánica.

Después aparecieron en escena Lilit y su primo Eduard. La hermana de Eva entró a trabajar en la editorial y empezó a salir con Adolf, que le habló de su musa y amiga Eva. Le mostró uno de los artículos que protagonizaba, Lilit reconoció a su hermana melliza y el plan sufrió un descalabro que culminó con un reguero de muertos.

En un arrebato de cólera, tras discutir con su tía Rocío, Lilit le habló a Adolf del pasado esotérico de su familia y del accidente en el que, supuestamente, murió su hermana, la que aparecía vivita y coleando y sonriendo en el artículo. Adolf vio el cielo abierto con la publicación de la historia y en el cielo acabó. El pasado debía quedar sepultado en el olvido.

Por medio de Eduard llegaron hasta su padre Xavier, otro de los integrantes del trío pirómano. Ahora solo les faltaba dar con Jacob, el padre de las mellizas. Su hija Eva lo haría salir de su escondrijo.

Y mientras Samuel sacrificaba a prostitutas y mendigos durante su preparación para el gran evento, el mismo día que descuartizaba a Cati, la Bestia le cortaba la cabeza a Jezabel.

Y entonces el mundo se derrumbó. Los planes de venganza se desmoronaron y Samuel desapareció durante un tiempo. Estaba como enajenado, obsesionado con la misma cuestión que lo traumatizaba y a la que su hijo nunca le daba respuesta: ¿Por qué?

Hasta que un día, en una de sus visitas a la cárcel, logró sonsacarle el motivo que lo llevó a matar a su abuela: «Satán me lo ordenó».

Y la respuesta a sus plegarias penetró en su mente como una epifanía. El demonio de la ira se había reencarnado en su hijo. El sacrificio de su madre simbolizaba una demostración de sumisión y devoción incondicional hacia Satán; un camino sin retorno hacia el infierno. El renacimiento de la Bestia.

Y se enorgulleció de su hijo y de su pericia maquiavélica, y hasta se alegró de que su madre estuviera muerta. Su hijo era la Bestia y lo había demostrado decapitando a su abuela.

La Bestia acabó en la cárcel y Samuel extorsionó a Xavier para que lo liberara, pero este ignoró sus amenazas y Samuel decidió matar a su sobrina Lilit, antes de la fecha prevista, para que Xavier entendiera que a él nadie lo desobedecía.

Ya había cumplido la primera parte de la profecía, había matado a la serpiente. Ahora solo le faltaba la reina. Su ofrenda en holocausto se materializaría la noche del rito supremo en la montaña mágica. Pero Eduard tenía a su prima vigilada día y noche, se estaba convirtiendo en un grano ciego en los huevos. Cada vez que Samuel salía del hospital, se lo encontraba en la acera de enfrente.

¿Cómo iba a llevarse a Eva sin que los viera?

Y entonces se le ocurrió la brillante idea de involucrarlo en la investigación y que fuera la policía la que se lo quitara de encima y, de paso, dejaran desatendida a Eva. Había estado siguiendo a Eduard cuando descubrió su relación de parentesco con Eva y Lilit y sabía que se había llevado de la casa de la madre de Adolf el material relacionado con el artículo sobre las sectas satánicas para proteger a su familia, e hizo recaer las sospechas sobre su figura.

Una simple paliza para robarle a Helena los papeles del traslado de hospital devino en un homicidio cuando Helena descubrió, en la casa de la tía de Eva, el portarretrato que la instigó a desempolvar el pasado de su amiga. En un despiste, Dolors se llevó el móvil de Helena, también vio la fotografía y también murió.

Una ventana al pasado donde aguardaba la muerte.

Un pasado que debía quedar entre dos familias. Un pulso de vida en el anonimato, sin público y sin jueces. Una batalla a puerta cerrada por la supervivencia. Una familia sobrevivía y la otra perecía. El trofeo: la vida o la muerte.

Había descubierto que Eduard se estaba acostando con la psicóloga Puig, que también estaba vinculada con la antigua vida sectaria de Eva. Se la quitó del medio y se llevó de su consulta el expediente de su amante para obtener información de él y arrojar más sombras de sospecha sobre su persona.

Y ahí estaba, listo para finiquitar la venganza de su madre y ocupar su puesto en el mundo. Esa noche reunificaría a su familia y no se volverían a separar nunca más. Conformarían un trío invencible. La Bestia, la pequeña Babilonia y él.

—He visto dos coches subiendo por la carretera —le dice la Bestia desde la puerta.

—Vete y echa un vistazo. Deja pasar a tu abuelo y encárgate de que nadie más llegue hasta aquí. Si fracasamos hoy, deberán pasar otros seis años, seis años más que tendrás que esperar para heredar mi puesto.

«Y una mierda. Hoy habrá dos coronaciones y dos reyes destronados. Así me habéis educado. Llevo tu misma sangre. Tú matarás a tu padre y yo al mío, *papá*».

La silueta

—¿Estarán en los jardines de Larival? —dice Jordi mientras conduce—. Hay una fuente con la cabeza de un diablo cerca de la Fuente del Gato.

—El Gruñón mandó a un grupo de agentes a inspeccionar esa zona cuando nos subíamos en el coche —dice David—. Lo están peinando todo. Ya estuvieron en la ermita de Santa Madrona y está limpia. El jefe cree que es probable que el lugar elegido sea o entre los panteones del cementerio o en los túneles de la montaña. Sigamos buscando.

—En esta zona y a esta hora, me da que podemos ir dando a Eva por muerta. Encontraremos su cuerpo al amanecer, cuando haya algo de luz.

—No seas pesimista o al menos no lo expreses en voz alta, que me contagias tu mala vibra. Esta noche no se descansa hasta que demos con Eva, viva o muerta. Los compañeros han ido a por los perros…

¡Para! —grita mientras asoma la cabeza por la ventanilla—. Hay huellas de un coche y son recientes. Da marcha atrás y métete por ese recoveco que hay entre esos árboles —dice mientras le señala la dirección.

—¿Estás de coña? Por ahí no se va a ninguna parte. ¿Ves algún camino?

—Debe haberlo si un coche pasó por ahí. Alumbra hacia allí —le pide mientras se apea del vehículo y sigue el rastro de huellas.

Aparta la cortina de ramas que dejan al descubierto un sendero pedregoso.

—Que sepas que te pienso pasar la factura del mecánico para que me pagues los arañazos que los árboles dejen en la pintura —dice Jordi cuando David vuelve al coche.

Se internan en la oscuridad y recorren el trayecto de piedras y vegetación, escrutando el exterior, rogando para que tomaran la dirección correcta.

Unos kilómetros más adelante, David repara en las ramas mustias de

un árbol situado a su derecha.

—Espera —ordena—. Apaga el motor y las luces —le pide a Jordi cuando se percata de que las ramas están fragmentadas.

Se bajan del coche e inspeccionan la zona. Un Land Rover negro se esconde entre la maleza.

—¿Es el coche de Samuel? —pregunta Jordi.

—No. Él tiene un Audi —dice mientras observa el rastro de hojas aplastadas en el suelo. Palpa el capó—. Está caliente. Su conductor no debe andar muy lejos.

Escrutan la oscuridad. En la distancia distinguen la silueta de una persona, vestida de negro, moviéndose entre el follaje. Se mueve con cautela y no ha advertido sus presencias. Lo siguen con sigilo hasta que, unos metros más adelante, los alerta el sonido de una rama crujiendo a sus espaldas.

Se vuelven y lo ven.

Esos ojos ardiendo en odio son reconocibles hasta en la oscuridad, ese rostro deformado por la rabia que atemorizaba incluso desde la fotografía adjunta en el informe policial.

Es la Bestia. Y los está apuntando con una pistola.

David y Jordi leen sus intenciones en el fuego colérico que arde en sus pupilas; escupen muerte.

No ha venido a jugar; está allí para matar.

Reaccionan a la vez y desenfundan sus armas con un movimiento rápido.

El sonido de tres detonaciones se propaga entre los árboles y se pierde en el cielo.

La Bestia

Dos cuerpos caen al suelo: la Bestia y Jordi. El primero recibió dos de los impactos, uno en el estómago y el otro en el pecho. Jordi se retuerce con las manos aferradas a la pierna y maldice al «soplapollas» de la Bestia, al

«hijo de puta» de su padre y a la «malnacida» de su abuela.

David se arrodilla a su lado, se quita la cazadora, se arranca la manga de la camisa y le aplica un torniquete en la herida.

—No ha sido nada, compañero. Otro rasguño más, como siempre.

—Cómo se ve que no eres tú el que recibió el balazo. En el mismo puñetero sitio que el otro. ¡Me cago en todo! Duele de narices. ¿Y qué coño haces aquí? Vete a por Samuel.

—No puedo dejarte solo.

—Los disparos se oirían hasta en Cádiz. Estamos rodeados de agentes especiales, darán conmigo antes de que te des la vuelta. Y no eres médico, si me tengo que morir, me voy a morir contigo o sin ti, así que vete a por ese hijo de perra. No dejes que el asesino de Cati se escape.

David contacta con el Gruñón para ponerlo al corriente de lo ocurrido y le envía su ubicación para que vayan a por Jordi. Tras comprobar que la Bestia está muerto y preguntarle a su compañero por quinta vez si está bien, reanuda la persecución. Sigue el rastro de ramas quebradas y hojas pisoteadas hasta que se tropieza con una tapia de unos siete metros de alto.

¿Dónde está la silueta?

Escudriña su alrededor. No hay nadie.

«¿Cómo pudo rebasar el muro? ¿Y qué cojones hace una puta pared en medio del bosque?».

Y cae en la cuenta. Ya sabe dónde está. Ese muro, cubierto de hiedra, resguarda la antigua batería de costa del general Álvarez de Castro. Se halla frente a los restos del almacén de armamento. En su interior se oculta una galería de pasajes secretos por lo que transportaban la

munición.

Es ahí. Ese es el lugar donde Eva será sacrificada. Ni el cementerio judío ni la Biblioteca de los Muertos con sus carrozas fúnebres, ni la Fuente del

Gato y tampoco el pantano de la Foixarda…

Tiene que haber una entrada. Busca entre la hiedra hasta que repara en el montículo de piedras desperdigadas en el suelo, unos metros más adelante, en la parte inferior del muro. Parecen proceder de la pared. Descubre una ventana.

Retira un par de piedras y se introduce por el hueco. La bombilla que pende del techo de cemento resalta unas pisadas en el suelo. Las sigue hasta que oye unas voces a lo lejos y se deja guiar por ellas.

Son dos hombres.

Se acerca con sigilo hasta la puerta que se abre a la derecha. Las voces proceden de allí. Identifica una de ellas cuando se halla a unos metros de distancia.

Es la voz ronca de Samuel.

El erizamiento espontáneo de su piel ensordece el resto de sus sentidos.

Un soplo de aliento cálido le roza la nuca seguido de un estallido de dolor, que se origina en su cabeza y se ramifica por el resto de su cuerpo. La vista se le emborrona y el mundo se aleja.

Todo se vuelve negro durante su caída hasta el suelo.

Jacob

Jacob aparca su Land Rover en un recodo del bosque y recorre a pie el trayecto hasta la antigua batería de costa, el enclave señalado para la ceremonia del rito supremo. Allí debieron ser coronadas sus mellizas seis años antes y allí será sacrificada su hija Eva si no lo evita.

Se rebela contra la profecía. Se subleva contra el mismo diablo, maldice a todos los demonios del infierno y reniega del mundo entero. Eva es su sangre, su vida; lo único que le queda. No puede perderla.

Tres disparos atronan en el bosque mientras se dirige a su destino. Suenan a su espalda. Aprieta el paso sin volverse. Un único objetivo ocupa su mente: salvar a Eva.

Accede al interior del edificio a través de una ventana, que se abre en el muro principal, y se encamina hacia la estancia ubicada a la derecha. Se encuentra con un pentagrama de velas rojas entre paredes de espejos, cráneos de cabra, gallinas y gatos muertos y varios cuencos llenos de carne y sangre. Su vista se detiene en el altar que se erige en el centro y en la mujer de rizos negros que yace encima.

Es su hija Eva. No está conectada a ningún respirador, pero su pecho se mueve.

—Sabía que vendrías —dice a su espalda la voz ronca que surge de entre los espejos—. Levanta las manos despacio y date la vuelta, y no hagas ningún movimiento sospechoso o te mato.

Jacob obedece y se da la vuelta con las manos en alto. La confusión le abofetea la mente.

«¿Samuel?».

Es su yerno, el prometido de su hija. Llevaban cuatro años juntos y Eva solo le había hablado maravillas de su novio a su tía Rocío, que quedó encantada con él cuando lo conoció. Los había seguido mientras paseaban por las calles de Barcelona y siempre se mostró cariñoso y atento con su hija. Nada lo hizo presagiar que detrás de su actitud se parapetara un monstruo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por mi madre. Se llamaba Jezabel. ¿Te acuerdas de ella? Porque ella

nunca se olvidó de ti. Siempre estuviste presente en sus maldiciones. Te deseó la muerte todos los días de su vida.

Jacob traga saliva y toneladas de miedo. Samuel conoce su secreto. Jezabel planeó vengarse de ellos y su hijo se embarcó en la aventura. Ya solo faltan Eva y él para acabar con toda la familia.

Y están en sus manos.

—Mátame a mí, pero Eva no tiene nada que ver en esto. Ni siquiera había nacido en ese entonces.

—Yo tampoco había nacido y aquí estoy, dándolo todo como un machote, y Eva tiene que ver y mucho. Es la pieza clave esta noche. Tu sucesora. Si muere, tu sucesor seré yo. La profecía se cumple: «Surgirá otro profeta de las tinieblas. La serpiente será decapitada. La reina será aniquilada. Otro sacrificio manchará la tumba. El cielo y el infierno se funden».

—Para que se cumpla, el sucesor debe ser mi hijo.

—¿Y si te digo que la otra profecía también se cumple?: «Temblad, oh, Pilares del Universo, porque la Eternidad está por parir un Hijo Terrible: generará un universo de Tinieblas, del que saltará una chispa que hará huir a su padre. Los obeliscos han sido destruidos; las estrellas se han precipitado hacia su mutuo encuentro: la Luz se ha zambullido en los Abismos: el Cielo y el Infierno se han mezclado».

Jacob siente una sacudida que le oprime el pecho y le ahoga los pulmones, como si le golpearan las costillas con un puño americano.

Ahora entiende el papel que juega Jezabel en ese festival sangriento. Ahora comprende por qué su familia está muerta.

Por su culpa.

Acudía a Jezabel cada vez que se enfadaba con María. Su compañía le resultaba terapéutica; le transmitía calma, pero esa misma tranquilidad que la envolvía le impedía verla como algo más que una simple amiga con la que se acostaba cuando reñía con su novia. Necesitaba pasión y locura, y Jezabel carecía de ambas. Sabía que ella sentía algo especial por él y que estaba jugando con sus sentimientos, pero su egocentrismo y su polla siempre acababan ganando la partida.

En uno de sus últimos revolcones se les rompió el condón. Pensaron que por una vez no pasaría nada y se despreocuparon del tema. Unas

semanas después, Jacob se reconcilió con su novia. María era la elegida, la que sus

padres escogieron para que lo acompañara en su reinado. Y se olvidó de Jezabel.

La última vez que se encontraron fue durante su acto de coronación. Jezabel insistió en hablar con él, pero él le estuvo dando largas durante toda la noche. La vio abandonar el recinto, bañada de lágrimas, instantes después de que sus padres oficializaran en público su noviazgo con María y él la besara en sus narices. María se quedó embarazada unos meses más tarde y Jacob se centró en ella y en su futura boda.

Jezabel también estaba embarazada. Eso es lo que quería contarle aquella noche. Abandonó la secta por el sufrimiento que le acarrearía verlo con María; por despecho, por dignidad, por humillación, por celos. Había apuñalado a la mujer que llevaba un hijo suyo en el vientre.

—¿Lo entiendes ahora? La mujer que acuchillaste en el túnel no era Jezabel, sino su mejor amiga. Le arrebatasteis la madre a una niña de dos meses. Olvidaste a mi madre, pero ella no se olvidó de ti y yo tampoco, *papá*.

Jacob lo mira a los ojos. Sus mismos ojos infectados de odio. Esa rabia incubada durante años que acaba necrosando el alma.

Esa misma ira irrefrenable aprieta el gatillo de la pistola que lo está apuntando.

Suena un chasquido, seguido de un disparo, y Jacob se desploma en el suelo con los ojos abiertos hacia el techo y las manos en el estómago. La sangre y la vida se le desparraman entre los dedos.

Samuel se acerca a él.

—Me gustaría contarte un secreto antes de que te mueras. Tienes un nieto.

Se llama la Bestia y estarías muy orgulloso de él. Lleva el demonio en las venas. Le cortó la cabeza a Jezabel el día que cumplía los dieciocho. ¿Qué te parece? Nuestro pequeño entró pisando fuerte en el mundo de los adultos, eh. Decapitó a su abuela, cosió a puñaladas a tu hermano Xavier y la siguiente será la hija que te queda. Hoy quemará viva a su tía Eva.

Las frases penetran como lanzas en el alma moribunda de Jacob. La vida se escapa de su cuerpo, pero el sufrimiento se aferra con fiereza a sus últimas gotas de aliento.

—Lo siento —murmura entre buches de sangre.

—Yo no —dice Samuel mientras se arrodilla a su lado y lo encañona en la cabeza—. Espérame en el infierno, *papá*.

El olor a pólvora se esparce en el aire entre pedazos de cráneo y cerebro.

El Sicario de Satán

David entreabre los ojos y parpadea varias veces, aturdido, desorientado. Una lluvia de latigazos de dolor flagela su cabeza y las ataduras que le sujetan las manos detrás de la espalda le rasgan las muñecas. Está sentado en una silla.

En el suelo, frente a él, hay un cadáver.

Presenta una herida de bala en la cabeza y otra en el abdomen. Su boca gorgotea sangre. Tiene los ojos abiertos, impregnados del vacío inconfundible de los muertos. Un hombre de unos sesenta y tantos, vestido de negro. Debe ser la silueta que estaban siguiendo por el bosque cuando la Bestia los interceptó.

—Te presento a Jacob, mi padre.

David alza la cabeza y se encuentra con la mirada diabólica de Samuel.

—¿¿¿Jacob??? ¿Tu padre es el padre de Eva?

—Era. ¿Crees que la sangre y los trozos de cerebro son de mentira y que ese tiro en la barriga es pintado? —dice mientras contempla el cadáver y esboza una sonrisa perversa—. ¿A que es curioso? Mi padre era mi suegro y Eva sería mi hermanastra y mi esposa. Si es que soy único en todo lo que hago. Bueno, pues ya está hecho. Los tres hijos de la gran puta que intentaron matar a mi madre se queman en el infierno y yo puedo empezar a construir mi legado.

Un movimiento casi imperceptible a su derecha capta la atención del inspector.

No están solos.

Una figura, con la cabeza gacha y vestida con una túnica roja y una capucha que oculta su rostro, está sentada en una silla en medio de un pentagrama de velas rojas. Debe ser la persona que lo golpeó en la cabeza.

El inspector se fija en el altar que se levanta detrás y en el cuerpo que descansa encima. Es Eva. No está conectada a ningún aparato, pero su pecho se balancea. Sigue viva, aunque por poco tiempo. El escenario que la

rodea es idéntico a los anteriores. Pentagramas, estrellas, cruces, planetas, gatos y gallinas, espejos y cráneos de cabra, velas rojas por doquier…

El *hall* de los sacrificios, la antesala de la muerte.

—Creo que no hace falta que te cuente mi historia. Imagino que ya la habrás descubierto. Lo descubristeis todo menos lo que verdaderamente importaba: mi identidad. Aquí me tienes, yo soy el Sicario de Satán. El hombre al que estabas buscando. Yo violé y asesiné a tu amiguita Cati.

Esa última frase sacude el alma de David como si hubiera recibido un cañonazo a quemarropa. La rabia se despierta y bulle en su interior. Intenta zafarse de las ataduras que lo sujetan a la silla, pero lo único que consigue es despellejarse las muñecas.

—No pierdas el tiempo ni las fuerzas. ¿Para qué? Sabéis que en vuestro trabajo os enfrentáis a diario a una baja laboral definitiva, y le tocó a ella como le pudo tocar a un camionero que muere en la carretera o a un bombero apagando un fuego. Es ley de vida. La muerte nos llega a todos y casi nunca avisa. Cati está muerta y ya no puedes hacer nada por ella. Se acabó.

—¡Se acabará cuando pagues por lo que le hiciste, hijo de puta!

—No estás en condiciones de amenazarme. Te recuerdo que estás atado a una silla y que la pistola que tengo en la mano no es de juguete. La prueba la tienes en el cadáver de mi padre. Él y sus hermanos son los culpables de estas muertes, no mi madre. Ella es una víctima más. Si no hubieran intentado matarla cuando abandonó la secta, nada de esto habría pasado. Se sintió utilizada, abandonada y traicionada por mi padre. El hombre del que estaba locamente enamorada y que la había dejado embarazada la repudió e intentó matarla, y cuando nací, me crio en el odio. Amamanté rabia y me alimenté de rabia durante toda mi vida. ¿Qué esperabas? Soy un producto de las miserias de esta sociedad. No podía suceder de otra manera. La venganza de mi madre terminó con la muerte de mi padre y dará inicio a mi reinado como su sucesor cuando Eva muera esta noche. Quiero infundir el mismo terror que Satán. Quiero que me respeten y me obedezcan, que me admiren o mueran.

Extiende los brazos en cruz, alza la vista hacia el techo, cierra los ojos y comienza a recitar los preceptos malditos que le han intoxicado la mente.

No hay más dios que yo. No hay más diablo que yo.

Blasfemo de los dioses, reniego de los mortales. Soy fuego y el fuego arde.

¡Maldigo a todos los dioses! ¡Maldigo a los humanos! ¡Maldigo el mundo!

Solo yo existo. Adoradme o morid.

—Adoradme o morid —susurra la voz femenina de la figura que viste la túnica y la capucha rojas y que se había mantenido en silencio hasta ese momento.

Se incorpora despacio y sin alzar la cabeza, y camina de puntillas hasta situarse detrás de Samuel.

Segundos después se oye el estruendo de un disparo.

Una lluvia de masa encefálica y tejido craneal se derrama sobre el inspector y el cuerpo sin vida de Samuel se estampa de bruces contra el suelo.

La expresión sobrecogida de David se descompone cuando desvía la mirada desde el cadáver hasta la autora del disparo. Se ha descubierto el rostro.

Los rizos rojos caen en cascadas sobre sus hombros.

La pequeña Babilonia

David observa a Adara sin articular palabra. Su mente trabaja a marchas forzadas analizando información a destajo y atando un cabo detrás de otro.

La enfermera es cómplice de Jezabel y Samuel.

Todo comenzó cuando se presentó en casa de Eva para interrogarla el día que se casaba. Eva le contó a Adara que había reconocido a la víctima y Adara entró en pánico. Si indagaban en el pasado de Eva, podían echar abajo los planes. Y se valió de su profesión y de sus conocimientos de medicina para neutralizarla. La drogó, le estampó la cabeza contra el lavabo para simular un desmayo y la mantuvo en un coma inducido hasta que llegó el momento de su sacrificio.

Su colaboración también explicaba la facilidad con la que sacaron a Eva del hospital, que Samuel drogara a las víctimas y envenenara a Helena y a Dolors con arsina. Los nervios le jugaron una mala pasada y Adara cometió un grave error cuando involucró a Samuel en su coartada. Intentó evitar que fueran a buscarlo a su domicilio y, a último remedio, se ofreció a acompañarlos alegando que la cobertura en la zona era casi inexistente y que tardarían horas en dar con la dirección. Avisó a Samuel antes de subirse en el Mini. Ese era el mensaje que estaba escribiendo mientras abría la puerta. Si lo descubrían, serían dos contra dos.

Les habían dado información del caso. Los habían alertado de sus pasos.

Conocían sus planes de antemano.

¿Pero por qué mató a Samuel?

—¿Dónde está la Bestia? —le pregunta Adara.

—En el bosque, muerto.

—¿Mi hijo está muerto? —Su voz suena confusa, débil, trastornada.

¿Su hijo? ¿Adara es la madre de la Bestia? ¿Tuvo un hijo con Samuel? ¿Y

por qué mató al padre de su hijo? ¿Para que la Bestia ocupara su

puesto en el reinado de los infiernos que se habían inventado y que tantas muertes había acarreado?

—Hubo un tiroteo y él y mi compañero se dispararon a la vez —miente, por temor a que Adara vaya a por Jordi cuando le vuele la cabeza, como acaba de hacer con Samuel, porque si de algo está convencido, es de que el siguiente en morir será él.

«Te buscaré cuando me muera. Te lo prometo». Habían pasado días desde que le hizo esa promesa a Cati frente a su tumba, y llegaba el momento de cumplirla.

La rabia endiablada que hierve en los ojos de la mujer cede a la tristeza. Se cubre el rostro con las manos y deja que su alma grite y se desahogue.

Aullidos desgarradores que recorren el túnel y se expanden en la noche. El sufrimiento que lleva toda una vida cargando en silencio brota de golpe.

Una vida entera de dolor, de pérdida, de abandono y de humillaciones. Una vida desgraciada con un pasado turbulento, sin futuro y con un presente devastador.

—Tanto sacrificio para nada. Tanto dolor para nada. Todo lo he aguantado por mi hijo y ahora está muerto. ¡Y todo por tu culpa y la de tu puta madre! —berrea mientras patea el cuerpo inerte de Samuel.

La desolación que asomó en sus ojos instantes antes se disipa entre las llamas del odio insurgente que se reaviva en su interior. La furia desatada con la que arremete a patadas contra el cadáver contradice las percepciones iniciales de David. Adara no está relacionada con la venganza de Jezabel ni con la coronación disparatada de Samuel. No mató al padre de su hijo para que la Bestia ocupara su puesto.

¿Qué le hicieron madre e hijo para que se ensañe con el cuerpo con esa inquina?

—Siento mucho que la Bestia haya muerto y también siento en el alma lo que sea que te hicieron Samuel y Jezabel.

Esas últimas palabras actúan como un bálsamo sobre Adara, que interrumpe su embiste a golpes y lo mira con la cabeza ladeada. Sus ojos cargan un mundo de odio y pena. Tiene la mirada fatigada. Está cansada de sufrir.

—La Bestia es mi hijo, pero no formo parte de los planes de esos dos psicópatas. Soy una víctima más de sus desvaríos. Esa arpía solo dejaba muertos a su alrededor. Mi madre fue la primera. Era la mujer que los tres hermanos apuñalaron y quemaron en un túnel, la que confundieron con Jezabel. Mi padre solo existió en nuestra vida durante la noche que me engendró y me quedé sola en el mundo con dos meses de vida. Jezabel se

encargó de mí. La muerta debería haber sido ella, era el objetivo y, de alguna manera, se sentía culpable por haberme dejado sin madre.

Hace una pausa para coger aire en lo que se coloca los rizos rojos detrás de las orejas y se seca las mejillas con la manga de la túnica.

—Me obligaron a acostarme con Samuel para darles un sucesor y me lo arrebataron de los brazos el mismo día que lo parí. Esa fue la primera y la última vez que lo tuve cerca. No registraron su nacimiento y lo recluyeron en Cardona para aleccionarlo como discípulo de Satán. Lo convirtieron en un monstruo. Me amenazaron con llevárselo lejos para siempre si intentaba acercarme a él y me obligaron a ayudarlos con su venganza si quería recuperarlo.

—¿Por qué no los denunciaste?

—Por él. Una madre es capaz de hacer cualquier cosa por un hijo, incluso de matar —dice mientras le lanza una mirada odiosa al cuerpo de Samuel—. Les tenía pánico, estaban locos. Adolf, Helena, Dolors y la psicóloga Puig no formaban parte de la venganza, pero Samuel era incapaz de controlarse y mataba a todo el que representara el más mínimo riesgo para sus planes. Adolf murió por querer cumplir su sueño como periodista; Helena y Dolors, por haber visto una simple foto y la psicóloga Puig, por tener un pasado sectario. Su secretaria fue un daño colateral, según él. Así de simple y de cruel. Así de incomprensible. Igual de aberrante que la relación de incesto que mantenía con Eva y sus intenciones de casarse con ella antes de matarla. Solo en la mente de un psicópata caben esas atrocidades. Sabía que mientras él viviera, la que no viviría sería yo. Me advirtió el mismo día que di a luz. Me dijo que, por órdenes de su madre, se debía en cuerpo y alma a la misión, pero que una vez llevara a cabo la venganza de Jezabel y fuera coronado, volvería a por mí y viviríamos juntos con nuestro hijo para siempre.

»Me olvidé de su advertencia hasta que, hace unas semanas, me recordó esa promesa que me hizo hace tantos años. Y entendí que nunca me libraría de él. Estaba condenada a huir toda la vida o a vivir

en el miedo.

Hace un pausa para limpiarse las lágrimas traicioneras que desobedecen su voluntad de mantenerse fuerte.

—Me llamaba la pequeña Babilonia y me repetía a diario que pronto estaríamos juntos los tres y que solo nos separaría la muerte. Una disyuntiva simple: o él o nosotros. Samuel tenía que morir para que mi hijo y yo

pudiéramos sobrevivir. Llevo dieciocho años esperando para recuperar a mi hijo y ahora está muerto. Mi hijo está muerto —solloza.

Unos resuellos quejumbrosos se filtran entre sus lamentos. Provienen del altar. Eva se está despertando.

Adara se acerca a ella. Le acaricia los rizos negros y la mejilla. Eva entreabre los ojos, agita los párpados, cabecea y vuelve a caer en un sueño profundo.

—Eva, la dulce Eva. Ni te imaginas la de veces que me tuve que follar al baboso del doctor que te trataba para que dejara de hacer preguntas sobre tu estado y tu expediente. Tu coma me ha salido caro, hija de puta —dice mientras la encañona en la frente.

Dispara a bocajarro, sin pestañear y sin apartar la vista del rostro de su supuesta mejor amiga.

El desenlace

—¡¿Por qué la mataste?! —pregunta David mientras Adara se retira del rostro las salpicaduras de sangre y tejido cerebral.

—Porque la detesto; estaba harta de ella y de su felicidad de mierda.

Mientras yo me revolcaba en la angustia cada día y lo único que me motivaba a levantarme de la cama era la idea de recuperar a mi hijo y que nadie nos volviera a separar nunca más, ella vivía en el mundo de Bob Esponja sin enterarse de nada. Vivía sin recuerdos y la envidiaba por eso.

Yo también quería despertarme sin memoria, sin pesadillas y sin miedos.

Deseaba que me borraran el cerebro.

»Todo el mundo la adoraba, todos se enternecían con su historia y se volcaban con ella. Eva tenía un algo que pocas personas poseen. Su personalidad sociable atraía a cualquiera. Sin tan siquiera proponérselo, se convertía en el centro de atención allá donde fuera, y la odiaba por eso.

Estar a su lado implicaba ocupar un segundo plano. Su presencia me hacía sentir insignificante, quería ser como ella y sabía que nunca lo conseguiría.

Eva tenía algo que la hacía especial: su esencia, y la esencia no se puede imitar.

»Es mejor que esté muerta. Así ya no le hará sombra a nadie más. Además, su sangre y su mente estaban envenenadas y en algún momento empezaría a recordar. ¿Y si le daba por fundar una nueva secta y les hacían a otras mujeres lo mismo que a mí? Violarlas y arrancarles a sus hijos cuando nacieran. Sus padres y sus tíos llevaron a cabo sacrificios humanos en las misas negras. ¡Quemaron vivas a sus víctimas! ¿Lo entiendes? Hay atrocidades que no deberían existir, como hay tipos de personas que tampoco deberían existir. El mundo no nos corrompe, nosotros lo intoxicamos. Lo envenenamos con nuestras acciones y nuestra inacción, con nuestras vilezas, con nuestras penurias. El mundo no funciona como debería, las personas no actúan como deberían, y a veces hay que saltarse las reglas para reordenar un poco el caos. No culpabilizo al mundo de lo que me

ocurrió, culpo a Samuel y Jezabel. Nadie merece pasar lo mismo

que me hicieron a mí. Mi vida no ha sido nada fácil, pero me iré sabiendo que he aportado mi granito de arena.

»Y ahora es momento de terminar con esto, que me estoy poniendo nostálgica —dice mientras se seca las mejillas—. Te deseo suerte, David.

Me caes bien. Eres un buen tipo. Date una oportunidad. El asesino de tu compañera está muerto. Cógete una excedencia y empieza una nueva vida.

No pierdas ni un solo segundo en dramas. Haz lo que te apetezca. Sé feliz.

Vive por mí, por mi hijo, por todas esas personas que son víctimas de las circunstancias que las rodean y no han podido elegir. Y gracias por enseñarme que hay personas buenas y honestas en el mundo —dice con la sombra de una sonrisa.

Una sonrisa rota, de soledad y de pena, igual de vacía que su mirada. No queda nada en ella. Su hijo falleció. Su única esperanza de vida se extinguió.

Se lleva el cañón a la sien y aprieta el gatillo sin dejar de sonreír. Su alma ya estaba muerta antes de que el proyectil le atravesara la cabeza.